



# *NERO WOLFE*

**REX STOUT**



**SOBRE MI  
CADAVER**

**Rex Todhunter**  
**Stout**

**Sobre mi cadáver**

*(Over My Dead Body)*

# GUÍA DEL LECTOR

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

ARTURO: Criado negro de la academia de Nikola Miltan.

BARRET (Donald): Hijo de John P. Barret.

BARREt (John P.): Banquero,

componente de la firma «Barret & De Russy».

BRENNER (Fritz): Criado de Nero Wolfe.

CRAMER: Inspector jefe de la Brigada Criminal.

DRISCOLL (Nat): Alumno de la sala de armas de Milton.

FABER (Rudolph): Agente secreto de una nación extranjera.

GILL (Ted): Alumno de la academia de baile.

GOODWIN (Archie): Avispado ayudante de Nero Wolfe.

HORTSMANN: Jardinero de Nero Wolfe.

JOHNNY            KERME,            ORRIE

CATHER Y FRED DURKIN:  
Destacados auxiliares de Nero Wolfe.

LOVCHEN (Carla): Gentil  
muchacha, profesora de esgrima en la  
academia Milton.

LUDLOW (Percy): Discípulo de  
Neya.

MILTAN (Nikola): Dueño de una  
academia de esgrima y baile.

MILTAN (Jeanne): Esposa de  
Nikola.

PANZER (Saúl): Destacado agente  
de Wolfe.

READE (Belinda): Atractiva mujer  
asidua de la academia Milton.

ROWCLIFF Teniente de policía.

STAHL: Agente secreto del Servicio

Federal de Investigación.

STEBBINS (Purley): Sargento de policía.

THOMPSON : Abogado de Driscoll.

TORMIC (Neya): Agraciada amiga de Carla Lovchen y compañera de profesión en la citada academia.

WOLFE (Nero): Experto y flemático detective, ferviente coleccionador de orquídeas.

ZORKA: Famosa modista norteamericana.

# CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el timbre de la puerta. Acudí a la llamada, abrí y vi por vez primera a nuestra visitante.

—Buenos días, señorita —dije cortésmente a la recién llegada.

—Buenos días, señor —contestó ella—. Desearía ver al señor Nero Wolfe.

El acento con que pronunció estas palabras, que no era ciertamente el de

los habitantes de Middle West, ni de New England, ni de Park Avenue, ni siquiera de East Side, me irritó un poco. No obstante, la invité a que pasara, la conduje al despacho y le ofrecí una silla, preguntándole acto seguido su nombre, que tuvo que repetirme tres veces consecutivas y luego deletrearlo.

—El señor Wolfe estará ocupado hasta las once —declaré, echando una ojeada al reloj de pared que había frente a mi mesa—. Yo soy Archie Goodwin, su secretario particular... Si desea evitar un dispendio inútil de tiempo, puede empezar a...

No me dejó terminar. Movi6 enérgicamente la cabeza y dijo:

—Dispongo de bastante tiempo, señor Archie Goodwin.

Le pregunté si quería entretenerse leyendo un libro o una revista.

Ella volvió a mover la cabeza y yo decidí dejarla en paz y me senté a mi mesa, reanudando mi interrumpida tarea de escribir con grandes caracteres un montón de cartelitos que habían de ser utilizados arriba. Cinco minutos más tarde había terminado mi labor y estaba comprobando los rótulos, cuando oí su voz detrás de mí.

—Creo que me agradecería leer un libro, señor... ¿Me permite?

Le señalé la estantería, le dije que eligiera el que más le gustara, y proseguí

con mi obra de arte. Cuando levanté la cabeza la vi acercarse con un libro en la mano.

—¿Lee esto el señor Wolfe?

Tenía una voz deliciosamente modulada que habría sonado como música celestial en mis oídos si se hubiera tomado el trabajo de aprender a pronunciar bien. Miré el título del volumen y le contesté que el señor Wolfe lo había leído hacía algún tiempo.

—Pero... ¿lo estudia?

—¿Para qué...? El señor Wolfe es un genio... No necesita estudiar nada...

—Entonces, ¿lo lee una vez y ya está?

—Eso es.

La muchacha se dirigió a su butaca. De pronto se volvió de nuevo.

—¿Y usted...? ¿Lo lee también?

—No —respondí enfáticamente.

Ella sonrió.

—¿Resulta demasiado complicada para usted la historia de los Balcanes, señor Goodwin?

—No sé; no he intentado leerla nunca... Pero según tengo entendido, todos los reyes de aquellas regiones mueren siempre asesinados... Prefiero leer las crónicas de sucesos en los diarios.

La visitante cesó de sonreír, sentóse en la butaca con el libro en la mano y pareció absorberse en su lectura. No se

movió cuando, pocos minutos más tarde, recogí mi trabajo y salí del despacho.

Subí los dos tramos de escalera que conducían al piso superior, atravesé la rampa que daba a la terraza y crucé por entre las orquídeas que lo llenaban todo a excepción del invernadero y del rincón donde dormía Hortsman. Pasé a través de las dos primeras habitaciones, descendí por los pasillos que formaban las estanterías plateadas y los bancos de cemento repletos de macetas que contenían desde los primeros gérmenes hasta los *odontoglossums* y *dendrobiums* más desarrollados, y encontré a Nero Wolfe en la estufa, con las manos en las caderas, mirando ceñudo a Hortsman

que, a su vez, increpaba acerbamente a un enorme capullo de *coelogyne* con pétalos blancos y quilla anaranjada.

—¡Dos semanas ya...! O por lo menos, doce días cumplidos... A ese paso no serás nunca nada... Si se pudiera forzar... ¿Qué hay, Archie?

Alargué mi obra a Hortsman.

—Son para la hornada de *miltonians* y *lyncates*... He incluido las fechas de germinación exactamente igual que usted me las dio. Señor Wolfe, abajo hay una extranjera que quiere hablar con usted... Yo creo que ha venido a pedirle un libro... Tiene unos veintidós años y magníficas piernas, rostro adusto, aunque agradable, y ojos negros,

hermosos e inquietos... Posee una voz armoniosa, pero habla como Lynn Fontanne en «El placer del idiota»... Se llama Carla Lovchen.

Wolfe había tomado los cartones de mano de Hortsman para examinarlos, pero interrumpió su tarea para dirigirme una rápida mirada.

—¿Cómo has dicho, Goodwin...? ¿Cómo se llama?

—Carla Lovchen... L, O, V, C, H, E, N... —sonreí—. A mí también me ha extrañado... Recuerde que leí «El regreso del indígena»... Esa muchacha tiene un apellido que recuerda el nombre de una montaña... La Montaña Negra... Monte Lovchen. Tsernagora.

Montenegro; la variante veneciana de Monte Nero, y usted se apellida Nero... Es posible que se trate de una mera coincidencia; pero cuando se aspira a ser buen detective...

—¿Qué quiere esa señorita?

—Dijo que quería hablar con usted, pero yo creo que ha venido a que le preste un libro... Tomó del despacho el volumen de «Yugoslavia Unida», de Henderson, y me preguntó si lo había leído usted, si lo estudia, si lo leo yo. La dejé leyéndolo con reconcentrada atención... Pero, como le he dicho antes, parece inquieta... Estuve a punto de decirle que, dada la excelente situación de nuestra cuenta corriente...

Me interrumpí al comprobar que no me escuchaba. Reflexionando que aquél era un gesto inusitadamente pueril, puesto que faltaban solamente tres minutos para las once, hora en que invariablemente abandonaba sus plantas para dirigirse al despacho, tosí violentamente y volví a la escalera.

Le extranjera se hallaba en la butaca, leyendo, pero había dejado el libro, sustituyéndolo por una revista. Busqué el volumen para colocarlo en su puesto habitual, pero vi que se había adelantado en la acción, cosa que hizo mejorar mi opinión sobre ella, ya que sé por experiencia lo negligentes que son la mayoría de las muchachas en lo que se

refiere al orden de las cosas de la casa.

Le anuncié que Wolfe no tardaría en bajar, saqué mi libro de notas y un puñado de cuartillas en blanco, y no había hecho más que quitar la cubierta de mi Underwood, cuando oí chirriar la puerta de su ascensor particular y un instante después Nero Wolfe entró en el despacho.

Detúvose a un paso de su mesa para saludar a su visitante con un movimiento de cabeza casi imperceptible; luego prosiguió avanzando hasta llegar a su butaca, hundióse en ella, echó una ojeada al jarrón en que se marchitaba un ramo de *cattleyas*, otra al correo de la mañana, recogido debajo del

pisapapeles, pulsó el timbre para pedir cerveza, se arrellanó en su asiento y exhaló un suspiro.

La visitante, con la revista cerrada sobre su regazo, lo contemplaba con los ojos entornados.

Wolfe dijo bruscamente:

—¿Lovchen...? ¡Usted no se llama así! No hay nadie que se llame así... Agitáronse los párpados de la muchacha.

—Mi nombre es el que he dado —respondió casi sonriente—. Digamos que lo he elegido para no irritar a los americanos con un nombre como Kraljevitch, por ejemplo...

—¿Usted se apellida Kraljevitch?

—No.

—Bien... No importa... ¿Para qué quería usted verme?

Abriéronse los labios de ella para soltar una risita suave.

—Parece usted un tsernagore... o un montenegrino, como dicen los americanos. Sin embargo, se diferencia usted de los tsernagores en que ellos crecen hacia arriba, mientras que usted sólo ha crecido hacia los lados... ¡Ja, ja, ja...! No obstante, cuando le oigo hablar me da la sensación de que estoy en casa... Así es precisamente como un tsernagore hablaría a una señorita.

Volví la cabeza para ocultar una sonrisa. Wolfe preguntó, casi irritado:

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Lovchen?

En la mirada de ella apareció la expresión de inquietud.

—¡Ah, sí...! Lo había olvidado... Es usted un hombre célebre, aunque no lo parece... Se asemeja usted más a un... — Se interrumpió, formó un pucherito con los labios y prosiguió—: El caso es que es usted famoso y que ha estado en Montenegro... Como ve, sé muchas cosas acerca de usted. *Hvala Bogu...* Desearía que se ocupase usted de un asunto muy desagradable...

—Lamento...

—No se trata de mí —continuó Carla precipitadamente—, sino de una

amiga mía, una muchacha que ha llegado de América no hace mucho... Se llama Neya Tormic... —parpadearon las larguísimas pestañas negras—, como yo me llamo Carla Lovchen... Las dos trabajamos en el estudio de Nikola Miltan, en la calle Cuarenta y Ocho... ¿Lo conoce? Se dan clases de esgrima y de baile.

—Recuerdo que me presentaron a Nikola Miltan en casa de mi amigo Marko Vukcic —respondió Wolfe secamente—, pero en estos momentos, señorita...

—Neya y yo somos excelentes esgrimistas. Corsini nos enseñó en Zagreb el manejo del florete, la espada y

el sable... En cuanto al baile, es extraordinariamente sencillo. Aprendimos el *lambeth walk* en veinte minutos y luego nos hemos dedicado a enseñarlo a personas ricas que pagan generosamente, aunque a nosotras no nos llegan más que unos céntimos... Este es el motivo de que Neya y yo no podamos ofrecerle para que nos saque de nuestro apuro el precio que acostumbra usted a percibir por sus servicios, pero procuraremos que quede contento de nosotras... Además está el hecho de que somos las dos de Zagreb, ¿comprende...? No es un apurillo cualquiera el que atormenta a Neya, no... Se trata de un caso sumamente

desagradable, tanto más cuanto que no ha tenido culpa alguna, ya que ella no es una ladrona, como cualquiera que no fuese americana se daría cuenta en el acto... Si no actúa usted rápidamente, señor Wolfe, la meterán en la cárcel...

En el rostro de Nero Wolfe había aparecido una mueca que demostraba que se hallaba en la angustia de una agitación extraña a su crónica desgana de atormentar su cerebro con casos complicados cuando el balance de su cuenta en el Banco arrojaba un saldo compuesto de más de cinco cifras.

Extendiendo una mano con la palma vuelta hacia ella, intentó decir:

—Le repito que lamento...

Ella se puso en pie de un salto y dijo:

—He venido yo en lugar de Neya, porque ella tiene que dar algunas lecciones importantes esta mañana y no queremos que nos despidan de nuestros empleos. Pero tiene usted que verla, para lo cual es necesario que vaya usted allá... Milton ha convocado para hoy a todo el mundo con objeto de dilucidar el caso de una vez para siempre... Confiamos en que esta tarde se aclarará todo... Es el absurdo más grande que se puede imaginar pensar que Neya haya podido meter la mano en el bolsillo de uno de nuestros clientes para robarle sus diamantes; pero será terrible lo que

suceda si esos diamantes no aparecen...  
¡Espere un momento...! Déjeme decirle...

Abrí la boca asombrado. Después de pasarse un par de horas de pie entre las plantas, cuando entraba en su despacho a las once en punto y se hundía en su butaca, después de oír algunas tonterías mías y hacerse servir la cerveza helada por Fritz Brenner, Wolfe permanecía habitualmente tan inmóvil como una roca de dos toneladas; pero ahora se estaba levantando... Se levantó, murmuró algo entre dientes, que lo mismo podía ser una excusa que una imprecación, y sin mirarnos a ninguno de los dos, salió del despacho por la puerta que daba al vestíbulo.

La extranjera volvió a mí sus ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Se ha puesto enfermo el señor Wolfe? —preguntó.

Yo moví la cabeza.

—No, señorita. Eso es excentricismo... Es posible que sea una enfermedad, pero no se trata de nada tangible, como la conmoción cerebral o la tos ferina... Una vez, precisamente cuando un abogado respetabilísimo se hallaba sentado en la misma butaca que ocupa usted ahora... ¿Qué hay, Fritz?

La puerta que había cerrado Wolfe al salir, se abrió de nuevo para dar paso a Fritz Brenner, en cuyo semblante se pintaba el asombro.

—Archie, le esperan en la cocina...

Me levanté, murmuré unas palabras de excusa y me dirigí a la cocina. Sobre la mesa se hallaban diseminados los ingredientes para el almuerzo, pero era evidente que no había sido la curiosidad por enterarse de los pormenores de la minuta lo que había arrastrado hasta allí a Nero Wolfe.

Éste estaba al otro lado de la nevera, cuando yo entré, y mirándome de un modo inconveniente e incomprensible, me dijo con extraordinaria brusquedad:

—¡Échala!

—¡Dios mío! —Confieso que me indigné un poquito—. ¿No ha dicho que pagaría algo...? Eso es suficiente para

helar la sangre de un reptil... Y si es que ha leído usted en sus ojos que su amiga Neya robó realmente las piedras, lo menos que podía usted hacer...

—¡Archie! —Jamás había notado en su voz un acento tan hostil—. No he huido en mi vida más que ante una persona... una montenegrina... Sucedió hace muchos años y todavía no he podido olvidarlo... Ni intento ni quiero explicarte lo que he sentido al oír la voz de esa muchacha que decía: *Hvala Bogu...* ¡Échala!

—Pero, ¿no hay...?

—¡Archie!

Vi que todo era inútil y regresé lentamente al despacho.

—Señorita Lovchen, lamento tener que decirle que el señor Wolfe está ocupadísimo y le es de todo punto imposible ocuparse del caso de su amiga...

Ella alzó la cabeza para mirarme y vi en sus ojos una expresión de incredulidad.

—No puede... Tiene que...

Dio un paso hacia mí con un brillo en la mirada, que me hizo retroceder. — ¿Ignora que somos de Tsernagora...? Ella... mi amiga... es... La indignación no la dejó continuar.

—Es inútil, señorita —dije bruscamente—. No quiere... Hay veces que consigo hacerle mudar de parecer,

pero en ésta no hay nada que hacer...  
¿Qué significa *Hvala Bogu*?

—Gracias a Dios... Cuando lo vea,  
le diré...

—No debió decir eso, señorita Lovchen. Le irrita enormemente oír a una montenegrina hablar montenegrino. Es una especie de alergia. Lo siento; pero no hay la menor esperanza de convencerlo. Lo conozco bien y es más testarudo que una mula. Cuando dice que no, es que no.

—Tengo que verlo, señor Goodwin, y decirle...

La muchacha también pecaba de testaruda y tuve que emplear cinco largos minutos para persuadirle a que se

marchara, y como los únicos prejuicios que yo tenía contra las montenegrinas estaban basados en su pronunciación, cosa que, después de todo, no es de importancia vital, no fui grosero con ella. Cuando conseguí cerrar la puerta de la calle detrás de Carla Lovchen volví a la cocina y anuncié sarcásticamente:

—Desapareció el peligro, señor Wolfe. Venga detrás de mí y en cuanto vea la menor señal de alarma, eche a correr.

Por el gruñido que soltó Wolfe al volver la espalda para dirigirse al despacho, comprendí que no estaba el horno para bollos, por lo que, cuando él

llegó y se instaló en su sitio de costumbre, unos minutos más tarde, no hice el menor intento para darle a conocer mi opinión sobre lo sucedido.

Él se bebió la cerveza y empezó a hojear un montón de catálogos, mientras que yo comprobaba unas cuantas facturas de Hohen.

Tres minutos después me rogaba atentamente que abriera un poco una de las ventanas y entonces comprendí que la tensión se relajaba hasta llegar a lo normal.

Si alguno de los dos tenía la idea de que habíamos terminado con los Balcanes por aquel día, no tardamos en convencernos de lo erróneo de nuestra

prematura suposición.

Era costumbre de Fritz abrir la puerta desde las once en adelante, horas en que yo me hallaba en el despacho con Wolfe. Alrededor de las doce y media lo vimos entrar, dar los tres pasos de ritual, cuadrarse militarmente y anunciar con voz gruesa y campanuda que un caballero llamado Stahl deseaba hablar con el señor Wolfe; no había querido decir el motivo de su visita, aunque había declarado, sin preguntárselo, que era agente secreto del Servicio Federal de Investigación.

Dejé escapar un pequeño silbido y exclamé cautamente.

—¡Ajá!

Wolfe abrió los párpados una centésima de milímetro, hizo una seña a Fritz y éste salió para introducir a nuestro visitante.

En el curso de nuestras actividades no habíamos tratado jamás con un agente del servicio secreto y cuando éste entró le hice el honor de examinarlo cuidadosamente de pies a cabeza. Estaba realmente bien, de mediana estatura, buenas espaldas y excelentes ojos, aunque muy descuidado el afeitado y unos zapatos que pedían betún a gritos.

Nos dijo su nombre otra vez, sacó una cartera de cuero del bolsillo interior de su flamante americana, la abrió y se la enseñó a Wolfe con amistosa sonrisa.

—Mis credenciales —dijo con educada voz. Poseía, ciertamente, buenos modales, algo así como los de un inspector de Seguros.

Wolfe dio una ojeada a la cartera, movió la cabeza afirmativamente y le ofreció una butaca.

—Usted dirá en qué puedo servirle, caballero.

El agente secreto dijo con acento apologético:

—Lamentamos tener que importunarle, señor Wolfe, pero no tenemos más remedio que cumplir con nuestro deber. Deseaba preguntarle si conoce la disposición del Gobierno recientemente promulgada, en la que se

ordena a todos los agentes al servicio de firmas extranjeras y residentes en nuestro país, que declaren sus actividades en la subsecretaría de Estado.

—No estoy muy bien enterado, pero recuerdo haber leído algo de eso en los periódicos.

—¿Luego conoce la disposición?

—Sí.

—¿Y ha ido a declarar?

—No, porque no soy agente de ninguna firma extranjera.

El agente secreto se cruzó de piernas.

—La ley se refiere a agentes de firmas extranjeras, sean individuales u

organizaciones, así como de gobiernos extranjeros.

—Perfectamente.

—Y también estipula que están obligados a inscribirse tanto los extranjeros como los ciudadanos americanos. ¿Es usted ciudadano estadounidense?

—Sí. Nací aquí.

—¿Y no fue agente del gobierno austríaco?

—Sí, pero cuando era todavía un niño, y no aquí, sino en el extranjero. Fui muy poco tiempo... Luego ingresé en el ejército montenegrino y estuve a punto de morir de hambre en mil novecientos dieciséis... Tuvimos que hacer frente a

los austríacos sin poder oponer a sus ametralladoras más armas que las uñas... Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra recorrí seiscientas millas para reunirme con ellos y sólo entonces pude comer, después de haberme mantenido durante una infinidad de tiempo con hierbas secas... Terminada la guerra regresé a los Balcanes, vi perderse allí otra de mis ilusiones y por lo mismo al poco tiempo volví a América.

—*¡Hvala Bogu!* —exclamé.

Stahl me lanzó una mirada rápida. .

—¿Es usted montenegrino por casualidad?

—No, señor. Soy de Ohio nada más. La exclamación ha sido involuntaria.

Wolfe, sin hacerme caso, continuó:

—Quiero decirle, señor Stahl, que mi temperamento me inclina a desconfiar y oponerme al intento de cualquier individuo a investigar en mi vida o en mis asuntos privados. Ahora bien, a usted no lo considero un individuo... Usted representa al Gobierno Federal y es realmente, América misma, sentada en mi despacho, haciéndome preguntas sobre mi humilde persona... Yo estoy muy agradecido a mi país de origen por las pocas cosas decentes que ha logrado conservar... ¡Y a propósito! ¿Quiere un trago de cerveza norteamericana?

—No, muchas gracias.

Wolfe oprimió el botón del timbre y se arrellanó en su butaca.

—Voy a responder a su pregunta, señor Stahl. No represento a ningún jefe extranjero, ni a empresa, individuo, organización, dictador o gobierno alguno. De vez en cuando hago pesquisas aquí, en mi profesión de detective, a ruegos de algún colega de Europa, especialmente del señor Ethelbert Hitchcock, de Londres, que las hace a su vez por mí en su país cuando yo se lo solicito. En la actualidad no persigo a nadie. No soy agente del señor Hitchcock ni de ningún otro.

—Perfectamente —repuso Stahl—, pero ¿podría decirme si en sus estancias

anteriores en la vieja Europa ha conocido al príncipe Donevitch?

—Lo conocí hace mucho tiempo. Creo que está muñéndose en París.

—No me refiero a ése. ¿No hay otro?

—Sí; el sobrino del anciano Pedro. El príncipe Estéfano Donevitch. Tengo entendido que vive en Zagreb. Cuando estuve allí en mil novecientos dieciséis contaba seis años de edad.

—¿Ha tenido usted recientemente comunicaciones de alguna clase con él?

—No. Ni ahora ni nunca.

—¿Ni le ha enviado dinero, sea a él mismo, a alguna organización suya, a la causa que representa?

—No.

—¿No ha hecho nunca transferencias de dinero a Europa?

—Desde luego que sí —murmuró Wolfe haciendo una mueca—. Siempre de mi peculio particular... He enviado dinero a... la traducción es Liga de la Juventud Yugoslava.,..., pero no creo que el príncipe Estéfano Donevitch tenga nada que ver con eso.

—No sé... ¿Y qué me dice usted de su propia esposa, señor Wolfe? ¿No se casó usted allí?

—¿Casado...? No. Eso es lo que...

Wolfe se estremeció en la butaca y añadió:

—Se me ocurre, señor Stahl, que ha

tocado usted un punto en que hasta un americano agradecido lo enviaría a freír espárragos.

Yo dije enfáticamente:

—Yo lo haría y no tengo más que un sesenta y cuatro por ciento de indio.

El agente secreto sonrió:

—Supongo —dijo levantándose— que no tendrá inconveniente en firmar la declaración que acaba de hacerme. ¿No es así?

—Si me lo pide, ¿por qué no?

—Perfectamente. Queda entendido que usted no representa a ningún extranjero directa ni indirectamente.

—Así es.

—Pues eso es únicamente lo que

quería saber. Muchas gracias.

—De nada, señor. Buenos días.

Salí el primero para abrir la puerta de la calle a América y convencerme de que se hallaba fuera cuando la cerré otra vez. Wolfe podía permitirse sentimentalismos, pero a mí no me agrada que ningún extraño meta las narices en mis asuntos privados, aunque lo haga en nombre de una nación de ciento treinta millones de habitantes.

Cuando regresé al despacho, Wolfe se hallaba reclinado en su butaca con los ojos cerrados.

—¿Está viendo? —exclamé impulsivamente—. Solamente porque tiene un buen saldo en el Banco ha

rehusado nueve casos en el espacio de tres semanas, sin contar a esa pobre muchacha extranjera que tiene una amiga cleptómana. Se ha negado a investigar por cuenta de nadie; y ¿qué sucede entonces? Que América entra en sospechas, pues no es de americanos rehusar hacer dinero, y envía a un agente secreto... Ahora tendrá que investigarse a sí mismo. No necesita...

—¡Archie, cállate! —abrió los ojos—. Eres un embustero. ¿Desde cuándo eres indio en un sesenta y cuatro por ciento?

Antes de que yo pudiera parar su contraataque apareció Fritz para anunciar que el almuerzo estaba servido.

Sabía que teníamos pastel de pato y no quise perder el tiempo discutiendo.

# CAPÍTULO II

Ya habían dado las dos cuando terminamos de tomar el café y regresamos al despacho. Wolfe fue andando, como era su costumbre; yo, a grandes zancadas.

Allí, en vez de hojear catálogos o jugar con algunos de sus otros juguetes, se arrellanó en la butaca, cruzó beatíficamente las manos sobre el depósito en que se cocían los trozos de pastel de pato y cerró los ojos. No era que se encontrara en un estado

comatoso, pues varias veces, en el transcurso de la hora que permaneció así, le vi hacer pucheros con los labios y mordérselos, por lo que adiviné que estaba pensando furiosamente en algo.

Y de repente habló:

—Archie. ¿Por qué creíste que aquella muchacha quería que le prestara un libro?

Había estado pensando todo aquel tiempo en la montenegrina.

—Fue una broma... Una inocentada...

—No. Me dijiste que ella preguntó si yo lo había leído.

—En efecto.

—Y si lo estudio.

—También.

—Y si tú lo estabas leyendo.

—Exactamente.

Casi abrió los ojos.

—¿Y no se te ocurrió la idea de que ella quería cerciorarse de que ninguno de nosotros dos había de mirar ese libro en un futuro demasiado próximo?

—No, señor. Tenía ocupada mi mente en aquel momento. Estaba sentado y ella se hallaba frente a mí, por lo que no pude pensar en otra cosa que no fuesen sus deliciosas curvas.

—Eso no es pensar, Archie. Los nervios que utilizabas en aquel instante no se encuentran en el cerebro, sino en la médula espinal... ¿Dijiste que el libro era «Yugoslavia Unida», de Henderson?

—Sí, señor.

—Tráemelo, haz el favor.

Crucé la habitación, recogí el volumen de su anaquel y se lo entregué.

—¿Dónde estaba cuando volviste al despacho?

—En su puesto, señor. Creo que para una montenegri...

—Cállate.

Acarició el libro un instante, luego lo suspendió cogiéndolo con los índices por los dos extremos del lomo y cayó sobre la mesa un papel que había estado entre las hojas.

El papel estaba plegado en varios dobleces. Él lo desdobló, mientras yo tomaba asiento con los dientes

apretados.

—¿Quieres que te lo lea, Archie? — preguntó Wolfe.

—Si es usted tan amable, señor.

Empezó a decir algo incoherente en una jerga farfullada que no tenía nada de humano. Sabía que él esperaba que yo estallara en alaridos, por lo que contuve mis deseos de hacerlo y continué apretando furiosamente los dientes. Cuando terminó, sonreí comprensivamente.

—Muy bien —dije—; pero no me explico por qué no me dijo en mi cara todo lo guapo y seductor que le parecía en vez de escribirlo y meter la carta en ese libro. Especialmente esta última...

—Está escrito en servo-croata...

¿Hablas servo-croata, Archie?

—No.

—Entonces te lo traduciré. Está fechado en Zagreb, el veinte de agosto de mil novecientos treinta y ocho y lleva el sello de los Donevitch. Dice así, poco más o menos:

*«La portadora de la presente, mi esposa, la princesa Vladanka Donevitch, queda autorizada, sin reserva de ninguna clase, para hablar y obrar en mi nombre y comprometer mi nombre y honor con su firma —que aparece bajo la mía al*

*pie de este documento— en todos los asuntos financieros y políticos relacionados conmigo y con la dinastía de los Donevitch, especialmente en lo que atañe a la concesión de los bosques de Bosnia y a la disposición de ciertos créditos confiados actualmente a la custodia de Barret & De Russy, banqueros de Nueva York. Encomiendo lealmente hacia ella a mis fieles y la cooperación de aquellos intereses están unidos a los míos.»*

Wolfe plegó el papel y cerró la mano, apoyándola encima.

—Está firmado por Estéfano Donevitch y por Vladanka Donevitch y las dos firmas han sido debidamente legalizadas.

—Lo que prueba que dio a ganar unos centavos a un notario... Pero déjeme pensar... ¿Cómo sabía usted que ese papel estaba en el libro?

—No lo sabía... Lo deduje preguntándote...

—Comprendo... Desperté su curiosidad y... ¿Quiere decir que la muchacha es una auténtica princesa de los Balcanes?

—Lo ignoro. Estéfano se casó hace apenas tres años. Me he enterado precisamente por este libro... No me

molestes, Archie... Este asunto no me gusta en absoluto. Todo por igual. De todas las actividades del hombre, la intriga internacional es la más repugnante. Conozco superficialmente la corrupción. El regente que gobierna en la actualidad Yugoslavia corteja tortuosamente la amistad de ciertas naciones. Es un Karageorgevitch; mientras que el príncipe Estéfano, jefe de la casa Donevitch, ahora que el viejo Pedro está agonizando, es utilizado por otras naciones, que él emplea a su vez para lograr su máxima ambición... ¡Y ahora, mira! —golpeó el papel con la palma de la mano—. ¡Han traído esto a América! ¡Si pudiera utilizarlo para

aniquilarlos, lo haría!

Interrumpióse un instante. Lanzó luego una exclamación despectiva:

—¡Bah!

Y finalmente simuló escupir, cosa que no le he visto hacer más que en aquella ocasión durante los muchos años que conviví bajo su techo.

—¡Puf! ¡Concesiones de bosques bosnios de un Donevitch! En cuanto vi a aquella muchacha y oí su voz adiviné que me rondaba el diablo... ¡Malditos sean por cruzar el océano y venir hasta aquí!. ¡Maldita sea ella por entrar en mi despacho y ensuciar uno de mis libros con este... este nauseabundo...!

—¡Conténgase!

—exclamé—.

¡Respire profundamente tres veces...!  
¿Cómo sabe que fue ella la que lo puso ahí...? Hace muchos meses que no ha tocado usted ni lo más mínimo ese libro y es posible que alguien...

—¿Quién? ¿Cuándo?

—¡Dios mío! ¿Yo qué sé...? Pero Vukcic es también montenegrino...

—¡No digas estupideces!

—Está bien. Entonces fue la muchacha extranjera la que lo hizo y es una princesa de los Balcanes de incógnito o no lo es... ¿Y por qué había de serlo...? ¿No podría darse el caso de que ella hubiese robado ese papel a la verdadera princesa y viniera a esconderlo aquí...?

—Archie...

—Dígame, señor.

—Escribe a máquina un sobre con la dirección de la señorita Carla Lovchen, estudio de Nikola Miltan... Encontrarás las señas en el listín telefónico. Mete esto en el sobre y ponlo en el correo inmediatamente... ¿Qué hay, Fritz?

Fritz Brenner, que acababa de entrar, dio los tres pasos reglamentarios, se cuadró y dijo:

—Una señorita desea verle, señor. La señorita Carla Lovchen. Se me escapó un silbido. Wolfe se le quedó mirando con ojos atónitos. Fritz, impasible, tuvo que esperar dos minutos la respuesta de Wolfe, que finalmente

preguntó:

—¿Dónde está?

—En la sala de enfrente, señor. He creído que...

—Cierra esa puerta y ven aquí.

Fritz obedeció y se aproximó a la mesa de despacho.

Wolfe se volvió a mí.

—Dirige un sobre al domicilio particular de Saúl Panzer y ponle un sello en una esquina.

Descubrí la máquina, seguí sus instrucciones y pregunté:

—¿Certificada o especial?

—Ninguna de las dos cosas. Es de lo poco que podemos jactarnos en América. El correo se entrega siempre

intacto y rápidamente.

Metió el papel plegado en el sobre, humedeció con la lengua el borde engomado, lo cerró y dijo a Fritz:

—Llévalo al buzón de la esquina...

¡De prisa!

—La señorita...

—Ya la atenderemos.

Fritz se marchó. Wolfe esperó a que oyéramos el sonido de la puerta de la calle al abrirse y cerrarse y entonces me dijo en voz baja:

—Recuerda que has de telefonar a Saúl para advertirle el envío del sobre, diciéndole que tenga mucho cuidado con él... Y ahora vete a buscar a la muchacha y acompáñala aquí.

Cuando conduje a la señorita Lovchen a presencia de Wolfe, éste le dijo secamente:

—Esta mañana le envié recado con el señor Goodwin advirtiéndole que no podía ayudarla a salir de su apuro... Bueno, que no podía ayudar a su amiga...

Ella movió la cabeza.

—Sí... Y me marché muy disgustada, porque nosotras somos de Yugoslavia y sabemos que usted ha estado allí... No teníamos a nadie más a quien acudir. Cuando se lo he dicho a mi amiga Neya, ella también se disgustó muchísimo. Crea que si no se tratara de una cosa tan seria no nos habríamos atrevido a molestarle. Tiene usted que sacarnos de

este aprieto, señor Wolfe...

—No —repuso Wolfe secamente—. No puedo comprometerme a eso; pero me gustaría saber...

—No pregunte nada... Tiene que hacerlo... A las cinco en punto se reunirán todos y hay un individuo que está dispuesto a perdernos... Le juro que se trata de un tremendo error...

—Lo siento mucho, señorita, pero...

—Tiene usted que ayudarnos... Está obligado a hacerlo, porque mi amiga, Neya Tormic, es... su hija.

Los ojos de Wolfe se abrieron desmesuradamente y no gustándome su mirada, transferí la mía a la muchacha.

—¿Mi hija? —estalló Wolfe—.

¿Qué patraña es ésa?

—No es ninguna patraña... Es su hija...

—¡Mi hi...!

Wolfe quedó ahogado momentáneamente; luego logró encontrar un hilillo de voz y añadió:

—Me dijo usted que se llamaba Neya Tormic.

—Le dije que su nombre en América es Neya Tormic como el mío es Carlota Lovchen.

Wolfe, erguido, la miraba con aterradora fijeza.

—No lo creo... No puedo creerlo... Todo esto es una trama indigna... Mi Hija desapareció...

—Usted no la ha visto desde que tenía tres años... ¿No es así?

—En efecto.

—Pues ahora la verá. Es muy guapa. Abrió su bolso y buscó algo en él.

—Ya suponía que lo pondría en duda —añadió—, por eso hice que Neya me diera algo que usted no habrá olvidado... ¡Mire!

Entregó a Wolfe un papel que éste examinó con escrupulosa atención. Yo observé que a medida que lo hacía ceñía más su entrecejo.

Cuando terminó su inspección, lo plegó deliberadamente y se lo guardó en el bolsillo.

La señorita Lovchen extendió una

mano.

—No —dijo—, tiene que devolvérmelo... He de dárselo a Neya, a menos que quiera hacerlo usted mismo...

Wolfe la miró y repuso:

—No sé nada sobre esto; pero el documento parece auténtico. Es mi firma sin duda alguna y pertenecía a mi hija... Pero, ¿quién me asegura que no se lo robaron?

—¿Para qué? —exclamó ella encogiéndose de hombros—. Es usted suspicaz hasta la exageración... ¿Cree en serio que se lo iban a robar y traerlo a través del Océano para inducirle a que nos ayudara en este trance...? No sea estúpido... Me lo dio ella misma para

que se lo mostrara a usted... ¿Qué hace ahí sin moverse...? ¿Es usted duro como la piedra...? ¿Va a dejar que metan en la cárcel a su hija, a la que va a ver después de veintitantos años, pudiendo salvarla?

—No sé... Desde luego no soy insensible, pero tampoco un cándido... No pude dar con el paradero de esa muchacha, cuando regresé a Yugoslavia. No la conozco.

—Pero América la conocerá... ¡La hija de Nero Wolfe encarcelada por robo...! Con la coincidencia de que jamás ha robado nada... ¡Puf!

Wolfe exhaló un suspiro profundo. Hubo un largo silencio durante el cual

distinguí la respiración de los dos. Finalmente murmuró él:

—¡Es absurdo, grotesco...! ¡Por muchas jugarretas que uno piense, la vida nos hace siempre la mejor...! He metido a mucha gente en la cárcel, pero también he salvado a otras de la reclusión. Señorita Lovchen, tenga la bondad de suministrar al señor Goodwin los detalles del aprieto en que se encuentra su amiga.

Arrellanóse en su butaca y cerró los ojos.

De la atropellada narración de la joven pude comprender que ella y su amiga enseñaban baile y esgrima en el estudio de Nikola Miltan, en la calle

Cuarenta y Ocho Este. Era una especie de club particular con clientela escogidísima y precios apropiados a las lecciones. Obtuvieron sus empleos por la recomendación de Donald Barret, hijo de John P. Barret, de la firma Barret & De Russy, banqueros.

La sala de armas, situada en el piso superior, se componía de una habitación grande y dos pequeñas. Había también dos guardarropas, uno para hombres y otro para mujeres, donde los clientes cambiaban sus trajes de calle por el de esgrima.

Uno de los discípulos de esgrima era un individuo llamado Nat Driscoll, de edad más que mediana, gordo y rico. La

tarde anterior había declarado a Nikola Miltan que cuando se dirigía al vestuario, después de terminar su lección de esgrima, que le había dado la señorita Carla Lovchen, había visto a la otra profesora de esgrima, Neya Tormic, junto a la puerta abierta del guardarropa, registrando los bolsillos de su americana, ponerla luego en la percha, cerrar la puerta y dirigirse tranquilamente al vestíbulo. Después de practicar una inspección en su traje, cosa que hizo lo antes posible, comprobó que su pitillera de oro estaba en ella con el contenido intacto, y hasta que no estuvo vestido no se acordó de los diamantes, que guardaba en una caja

de pildoras. Registróse minuciosamente todos los bolsillos y no los pudo encontrar. Habían desaparecido. Inmediatamente Driscoll exigió que se los devolvieran.

A las preguntas de Nikola Miltan, la señorita Tormic negó que conociera hasta la existencia de los diamantes, así como la aseveración del señor Driscoll de que ella le había registrado la americana. La acusación, dijo, era ultrajante, infame y falsa. Ella no había estado en el vestuario y jamás se le había ocurrido curiosear los bolsillos de los clientes.

Neya se sometió a un registro de su persona, que efectuó Jeanne Miltan, la

esposa de Nikola. Todos los que se encontraban en el estudio en aquel momento, empleados y clientes, fueron interrogados por Milton. Driscoll declaró reiteradamente que había visto a Neya registrando su americana y que reconoció perfectamente su rostro, y que estaba seguro de que iba vestida con el traje de esgrima.

Neya y Carla insistieron a una en que se le registrara una vez más antes de abandonar el estudio para regresar a casa.

Milton se hallaba frenético ante la amenaza que el escándalo suponía para la reputación de su establecimiento y resistió victoriosamente la exigencia de

Driscoll de que se avisara en el acto a la policía. Empleó dos horas aquella misma mañana suplicando a Neya que le dijera dónde estaban los diamantes, lo que había hecho con ellos, a quién se los había dado y quién era su cómplice; pero ella le contestó con el desprecio que sus palabras merecían.

En un intento desesperado de resolver el misterio sin el concurso de la policía y para evitar la enojosa publicidad, citó a todos cuantos se habían hallado en el estudio, en cualquiera de sus dos pisos, el día del robo, para que se reunieran aquella misma tarde a las cinco en punto.

En presencia de Neya Tormic,

Miltan dijo a su mujer que iba a requerir la ayuda de Nero Wolfe para poner en claro el asunto, y Neya, sabiendo que éste era su padre, declaró impetuosamente que Nero actuaría en su favor. Pero no era partidaria de revelar su identidad a su padre por razones comprensibles para él, y Carla, cuando se dirigió al despacho de Wolfe, había prometido no contar el secreto a nadie que no fuese el interesado.

Terminada su narración, Carla miró su reloj de pulsera y exclamó: .

—¡Las cuatro menos cinco...!  
Tenemos que marcharnos inmediatamente...

Sin mover los párpados, Wolfe

gruñó:

—¿Por qué no denunció el señor Driscoll a Neya Tormic en el acto, cuando la vio, como asegura, registrando los bolsillos?

—Porque estaba desnudo. Venía de la ducha.

—¿Y es tan gordo, que prefirió perder los diamantes a afrontar el ridículo de que le vieran desnudo?

—Dijo que estaba demasiado sorprendido para poder hablar y que la ladrona cerró rápidamente la puerta y desapareció en dirección al vestíbulo. Luego, como encontró la pitillera de oro y la cartera, no volvió a pensar en lo sucedido hasta que, ya vestido, recordó

los diamantes... En cuanto a lo de gordo, no alcanza lo de usted.

—Ya lo supongo. ¿Tienen llave los guardarropas?

—Sí, pero son muy descuidados allí. Las llaves las dejan en cualquier lado.

—¿Asegura usted que la señorita Tormic no robó los diamantes?

—Lo juro.

—¿Y no tomó ninguna otra cosa de los bolsillos del señor Driscoll...? ¿Algo cuya mención haya omitido él inadvertida o intencionadamente, como cartas, documentos o terrones de azúcar?

—Nada... Nada en absoluto.

—¿Estuvo la señorita Tormic en el

vestuario?

—¿A qué había de ir?

—Contésteme... ¿Estuvo?

—No.

—Fantástico...

Los ojos de Wolfe estuvieron a punto de abrirse, pero se mantuvieron cerrados después de un ligero parpadeo.

—¿Desde cuándo sabe que es mi hija? —siguió preguntando.

—Lo sé toda mi vida... He sido su... más íntima amiga y por ella supe su... nombre...

—Iba usted a decir mi deplorable intransigencia, ¿no es eso? —inquirió de repente Wolfe con extraordinaria violencia—. ¡Ah, insensatas, que

hinchís vuestros pechos con ardor al pensar en las heroicidades de los pasados siglos! ¿Acuden todavía las ratas a recordar las migajas de debajo de la mesa de Donevitch?

—Nosotras somos...

Levantó la barbilla y sus ojos lanzaron llamas.

—Preservan el honor —añadió—. Y compartirán la gloria.

—Lo que compartirán algún día será la ignominia, locos, ciegos y egoístas... ¿Es usted una Donevitch?

—No.

El pecho de la muchacha se hinchó, pero no con ardor al parecer.

—¿Cómo se llama?

—Carla Lovchen.

—¿Cómo se llama en su patria?

—No estoy en mi patria ahora.

La muchacha alzó una mano en un gesto de impaciencia y agregó:

—¿A qué vienen todas estas preguntas acerca de mí? ¿No se da cuenta de lo que le he dicho de Neya? ¿De su hija? Le repito que si no procura poner esto en claro, intervendrá la policía y...

Wolfe se levantó. El reloj de pared marcaba las cuatro y dos minutos y su rutina diaria, que incluía una sesión vespertina en las habitaciones destinadas a las plantas desde las cuatro en punto hasta las seis, se suponía que

habría sido inalterable por el fuego, el agua o el asesinato. Quedé estupefacto al observar que, aunque echó una ojeada al reloj, se limitó a ponerse en pie.

—Archie —me dijo—, haz el favor de conducir a la señorita Lovchen a la habitación de enfrente y vuelve a recibir instrucciones.

Ella intentó protestar...

—No hay tiem...

—Por favor —interrumpióle Wolfe—. Déjeme obrar a mi modo. Vaya con el señor Goodwin.

Salí y ella me siguió. Cuando, después de encerrarla con llave en la habitación vecina, regresé al despacho, Wolfe me dijo:

—Me he retrasado. No vale la pena decir nada al señor Driscoll ni a nadie hasta que tú hayas estado allí y me informes. Tendré que telefonar al señor Hitchcock, de Londres, antes de ir arriba. Dame el libro en que está anotado su teléfono particular.

Lo saqué de la caja fuerte y se lo entregué.

—Gracias. Ve con ella a ver a la señorita Tormic. Según este documento, tiene perfecto derecho a llevar mi nombre. Si así es, desecho por completo la posibilidad de que haya sustraído diamantes del bolsillo de la americana de un hombre. Parte de ese principio.

—La señorita Lovchen quiere que se

le devuelva ese documento.

—Nada de eso. Lo conservaré por ahora. Aparentemente no encontrarás en contradicción más que un solo no. No descuides nada ni a nadie. Nikola Miltan es también de la península, de la Serbia del Sur, la antigua Macedonia. Ve a la señorita Tormic y habla con ella. Tu primera preocupación serán los diamantes; la segunda, el documento que la señorita Lovchen guardó en mi libro. Si no puedes resolver la contradicción entre los diamantes y el señor Driscoll insiste en avisar a la policía, tráemelo aquí.

—¿Cómo y en cuántos pedazos?

—Tráelo. Tú sabes hacerlo.

—Muchas gracias por tan favorable opinión; pero creo que es mejor que le presente mi dimisión...

—¿Tu dimisión?

—Sí, señor Wolfe. Usted aseguró al agente secreto que no se ha casado jamás. No obstante, tiene usted una hija... No es que yo sea puritano, pero hay límites...

—No seas estúpido. Se trata de una huérfana a la que adopté...

Moví la cabeza escépticamente.

—Es una buena salida, pero demasiado transparente. ¿Qué cree usted que diría mi madre si se enterara?

Vi en el rostro de Wolfe que no estaba para bromas, y sin decir una

palabra recogí del vestíbulo mi abrigo y mi sombrero, saqué del gabinete a la princesa inmigrante y salí de la casa. Cuando subimos al coche y enfilé la Avenida del Parque reflexioné que Wolfe debía estar dispuesto a hacer cualquier cosa por su hija cuando no había vacilado en gastar veinte dólares en una conferencia trasatlántica con Londres, aunque no podía comprender en aquel momento cómo lograría mi jefe proporcionar a su hija la ayuda que solicitaba.

# CAPÍTULO III

Hasta cierto punto la reunión de las cinco en el estudio de Nikola Miltan se parecía a un juego de prendas pasado de moda, en que «el castigado» debía preguntar a todos los asistentes: «¡Diamantes, diamantes! ¿Quién tiene los diamantes?»

Las pretensiones del lugar eran más reales que aparentes. No había nada que no fuese nuevo allí, pero no daba la impresión de que todo hubiese sido dispuesto para causar agradable

sensación a los clientes. Seguí a Carla en sus intentos para localizar a Neya y eché una mirada a lo que me rodeaba.

Tratábase de una de esas casas viejas de cuatro pisos. En el entresuelo había una sala de recepción, un despacho grande y dos pequeños; subiendo un tramo de escalera se llegaba a un largo pasillo con una alfombra gris y puertas que conducían a las habitaciones particulares destinadas a las clases de baile; dos escalones más y se encontraba la sala de armas, con dos habitaciones de medianas dimensiones, una grande y las duchas y vestuarios; en el piso superior vivían Milton y su esposa. A éstos no los vi

entonces.

Encontramos finalmente a Neya en el vestuario de señoras. Carla la trajo al pasillo donde yo permanecí esperando, me la presentó y nos estrechamos las manos.

—¿Podrá usted hacer algo en este horrible asunto, señor Goodwin? —me preguntó—. ¡Tiene que hacerlo...! ¡Ese hombre que me acusa, miente...! Yo esperaba que Nero Wolfe, mi padre...

Su voz tenía un ligero acento extranjero, pero pronunciaba las palabras mucho mejor que Carla. Desde luego que no se parecía en nada a Nero Wolfe, pero es que cualquier mujer que se hubiese asemejado a él habría podido

exhibirse en las barracas de feria, en la seguridad de hacerse rica en poco tiempo.

Tenía los ojos tan negros como Carla y era casi de la misma estatura, una pulgada más alta de lo normal, pero su barbilla y todo su rostro producían la idea de que era una de esas mujeres que parecen decir sin mover los labios: «Acércate, pero no me toques.»

Conociendo a su padre desde hacía mucho tiempo, la sometí a un examen preliminar con mucho más interés del que hasta entonces había puesto en cualquier otra mujer y mi primer fallo fue que había en ella excelentes cualidades, tanto físicas como morales,

pero para poder llegar a un juicio definitivo sobre ella debía esperar a un análisis ulterior.

Cuando me la presentaron llevaba sobre su vestido una bata verde con cinturón, cerrada negligentemente por delante, dejando ver una blusa blanca de lienzo, una faldita corta del mismo color y zapatos de gimnasia.

—Estaba dando una clase —dijo—. Milton me pidió que lo hiciera. No quiere que haya escándalo... Pero ese idiota de Driscoll parece empeñado en que lo haya. Si ese embustero hubiese estado en mi país, ya le hubiésemos dado lo que se merece... ¿Cómo es que no ha venido mi padre, señor Goodwin?

—¿Nero Wolfe...? ¡Ah, señorita! Es un caso típico de inercia perniciosa. Jamás va a ninguna parte por nadie.

—Es que yo soy su hija adoptiva.

—Eso tengo entendido. Sin embargo, ha estado usted en Nueva York un par de meses y el nombre de Nero Wolfe se halla en todos los listines de teléfono.

—Es que, señor Goodwin, me abandonó... Me enseñaron a odiarle y no se me habría ocurrido...

—...Darse a conocer si no se hubiese encontrado en ese trance difícil, ¿no es así...? Mi impresión es que fue usted la que lo abandonó al cumplir los tres años. Pero no discutamos. Me han enviado aquí para impedir que la

enchiqueren y el tiempo es corto. Me parece usted lo suficientemente inteligente para comprender que tendrá que decirme toda la verdad sin omitir un detalle. ¿Qué hacía usted con la chaqueta de Driscoll?

Levantó la barbilla y me horadó con los ojos.

—Nada. Yo no toqué la chaqueta.

—¿Qué estaba haciendo entonces en el vestuario de hombres?

—No estuve allí.

—¿Hay aquí alguna otra muchacha que se le parezca a usted?

—No... No lo creo...

—¿No hay quien se le asemeje lo suficiente para que Driscoll pudiera

confundirla con usted?

—No.

—¿Qué hacía usted ayer tarde a la hora en que Driscoll asegura que la vio registrando su americana?

—Daba clase al señor Ludlow.

—¿De esgrima?

—Sí, de espada.

—¿En la sala grande?

—No; en la pequeña que hay en el fondo.

—¿Quién es el señor Ludlow?

—Un caballero que viene a tomar clases de esgrima de espada.

—¿Está usted segura de que se hallaba con él a la hora en que Driscoll pretende que la vio registrando su

chaqueta?

—Sí. El señor Driscoll fue a ver a Milton a las cinco menos veinte. Dijo que había tardado un cuarto de hora en vestirse. Yo empecé la lección con el señor Ludlow a las cuatro y todavía estábamos con la lección de esgrima cuando Milton envió a buscarme.

—¿No abandonó usted la habitación en que estaba dando la clase en todo ese tiempo?

—No.

Carla Lovchen intervino para decir:

—Neya... ¿Olvidas que Belinda Reade asegura que te vio, en el pasillo, un poco antes de las cuatro y media?

—Belinda miente —repuso Neya

con calma.

—El caballero que había con ella te vio también.

—Pues miente también él.

Pensando que la reunión de familia habría de efectuarse en el calabozo si la cosa continuaba así, pregunté:

—¿Y el señor Ludlow? ¿Miente también?

Neya titubeó, enarcó las cejas y antes de que pudiera responder se oyó una voz masculina al mismo tiempo que el dueño de la voz aparecía en el recodo del pasillo que conducía a la escalera. Era de mi misma edad y estatura, con un buen par de ojos claros y un traje gris de corte irreprochable, que demostraba que

el cortador no era uno de esos sastres que surten a los almacenes de prendas confeccionadas.

—La estaba buscando —dijo acercándose con una sonrisa convencional—. Milton le ruega que baje a su despacho. Se trata de ese ridículo asunto.

Carla Lovchen dijo:

—Señor Ludlow, el señor Goodwin.

Nos estrechamos las manos, se encontraron nuestras miradas y me causó buena impresión, no porque en sus ojos leyera candor o amistad, sino porque demostraba buen sentido.

—Señor Ludlow —pregunté—, ¿le dio ayer tarde clase de esgrima la

señorita Tormic?

—Sí, señor.

—¿Estuvo continuamente con usted desde las cuatro hasta las cuatro y media?

Enarcó las cejas y sonrió.

—Verá usted... Comprenderá que lo único que sé de su persona es que se llama usted Goodwin.

—Represento a la señorita Tormic. Ella ha solicitado los servicios de Nero Wolfe y yo soy su ayudante.

Ludlow miró a Neya, que afirmó con la cabeza.

—¿Nero Wolfe...? El podrá ayudarla... Bien... Tengo entendido que la señorita Tormic aseguró ayer que

estuvo todo el tiempo conmigo.

—¿Y qué dice usted?

Ludlow enarcó las cejas de nuevo.

—No quisiera llamar embustera a la señorita Tormic... ¿Quiere que bajemos al despacho...? Driscoll no llegó todavía, pero no tardará.

Mientras descendíamos la escalera, yo iba pensando en el modo de apoderarme de Driscoll y conducirlo a la calle Treinta y Cinco, pues no veía otra solución para impedir que Neya Tormic fuese a parar a la cárcel.

El despacho era la habitación grande situada al fondo del piso inferior. En su interior se veía una gran alfombra roja, dos mesas escritorio y varias sillas

diseminadas. Las paredes estaban decoradas con cuadros en que aparecían hombres y mujeres bailando y esgrimiendo o de pie, con un florete en la mano. De esta clase había un retrato al óleo del mismo Milton, vestido con una especie de uniforme. También se veían espadas y dagas colgando por doquier.

Supe que el retrato era de Milton porque Carla Lovchen me tomó de la mano y me presentó a él y a su esposa. Nikola era pequeño y delgado, casi un enano, pero nervudo, con ojos y cabellos negros y un gran bigote cuyas guías señalaban a Este y Oeste. Parecía azorado y actuaba como si lo estuviera.

Tan pronto como hubo estrechado mi mano se excusó y salió del despacho. Su esposa, a pesar de sus ropas neoyorquinas y de su peinado mil novecientos treinta y ocho, parecía uno de esos grabados coloreados que vemos en la Geografía Pintoresca, con un pie que dice: «Mujer campesina de Wzcibrrcy llevando un oso a la iglesia.» Por otra parte, era guapa para los que gustan de estos tipos y tenía ojos perspicaces.

Me coloqué junto a una vitrina de cristal que contenía numerosas curiosidades, entre ellas un delgado estoque sin filo y con punta roma que, al parecer, no era un estoque, pues en una

tarjeta apoyada sobre él se leía:

«Esta espada fue usada por Nikola Miltan en París en 1931, ganando con ella el campeonato del mundo.»

Eché una ojeada a mi alrededor y vi al campeón al otro lado de la habitación, elevándose sobre las puntas de los pies para hablar, con un individuo de anchos hombros, seis pies de estatura, unos treinta años de edad, nariz ligeramente respingona y mirada inexpresiva.

Continué mirando. Si la hija tanto tiempo perdida por Wolfe no había sustraído los diamantes de Driscoll, era probable que la persona que lo hizo

estuviese entre los presentes.

Oí de pronto la voz de Carla Lovchen junto a mi oído:

—¿Pero no hace usted nada?

Me encogí de hombros.

—No puedo hacer nada, señorita... Por lo menos ahora. ¿Qué espera Miltan?

—El señor Driscoll no ha venido todavía.

—¿Dijo él que vendría?

—Desde luego que sí. Accedió únicamente a esperar hasta ahora para avisar a la policía.

—¿Con quién habla Miltan? Carla volvió la cabeza y contestó:

—Se llama Gill. Es un alumno de

baile. Era el que estaba con Belinda Reade ayer cuando vieron a Neya en el pasillo. Por lo menos eso dicen ellos.

—¿Quién es Belinda Reade?

—Aquella que está de pie junto a una silla. La más guapa, con cabellos como ámbar amarillo, que habla en este momento con aquel joven.

—Parece una muñequita con traje nuevo de seda... En cuanto al joven, me parece haberle visto en las películas... ¿Quién es?

—Donald Barret.

——¿El hijo de John P. Barret, de la firma Barret & De Russy? ¿El mismo que proporcionó a ustedes el empleo?

—Justamente.

—¿Quiénes son las otras muchachas?

—Las tres del rincón y la que hay sentada en un extremo de la mesa son profesoras de baile. La que está hablando en este momento con la señora Milton es Zorka.

Enarqué las cejas.

—¿Zorka?

—Sí, la famosa modista. Cobra cuatrocientos dólares por un vestido... Más de veinte mil dinares...

—Pues tiene un gran parecido con una señora que hay en un grabado de la biblioteca que tenemos en mi casa y se aprovechó del sueño de Sansón para cortarle el pelo... No recuerdo el

nombre de la dama a quien me refiero, pero apostaría a que no es Zorka... ¿Vende diamantes en su establecimiento?

—Lo ignoro.

—Claro que los robados no los vendería tampoco. ¿Quién ese fenómeno sin mentón? Atención, Miltan va a pronunciar un discurso.

El campeón de espada, con Percy Ludlow a su lado, se trasladó al centro de la habitación para atraer la atención de los presentes. Pero algunos continuaron distraídos y tuvo que batir palmas para que volvieran a él los ojos. Dos prosiguieron hablando y la señora Miltan los redujo al silencio con un ¡chist! enérgico.

—¡Por favor! —Estaba tan azorado como parecía—. Señoras y caballeros... El señor Driscoll no ha llegado todavía... Es muy desagradable para mí tener que rogarles que aguarden un poco más... Entretanto el señor Ludlow dirá a ustedes algo muy interesante.

Percy Ludlow clavó sus ojos en los rostros de los que le rodeaban con completo aplomo.

—Bien —observó con tono de conversación—. Realmente no veo porqué hemos de esperar a Driscoll... Él ha sido el que ha armado este escándalo... Quiero hacer una declaración que me gustaría oyeran todos ustedes... Todos conocen la

absurda acusación de Driscoll con respecto a la señorita Tormic. Podrán comprender perfectamente lo sucedido, si examinan el vestido que yo llevo y que es el mismo que traje ayer tarde. ¿No han observado ustedes nada peculiar en él?

—Yo sí —clamó una voz.

Ludlow sonrió.

—¿Qué observó usted, *Madame Zorka*?

—Que el material es del mismo tejido que el traje que llevaba el señor Driscoll.

Dos voces femeninas más exclamaron simultáneamente.

—¡Yo también me di cuenta!

Ludlow asintió con la cabeza.

—Al parecer —dijo—, Driscoll utiliza los servicios del mismo sastre que yo.

En su voz se notaba una especie de resentimiento, como si aquel hecho le pareciera deplorable.

—El corte es idéntico —prosiguió diciendo—. Me extraña que ninguno de ustedes lo mencionara ayer tarde... Esta coincidencia explica por qué Driscoll, cuando vio a la señorita Tormic sacando la cigarrera del bolsillo de mi americana, creyó que estaba registrando sus ropas. El armario en que cuelgo mi traje cuando me cambio está junto al suyo...

Hubo un coro de exclamaciones. Las miradas se apartaban de! rostro de Ludlow para clavarse en el de Neya y viceversa. Los dedos de Carla Lovchen se clavaron nerviosamente en mi brazo, pero no reaccioné porque quería tener el cerebro claro y dispuesto para la acción.

Ludlow añadió en el mismo tono casual:

—Ayer tarde, cuando la señorita Tormic oyó la terrible acusación de Driscoll quedó estupefacta. Impulsiva y tal vez insensatamente, negó que hubiese estado en el vestuario. Al oír su denegación me sorprendí. Si la hubiese contradicho, mi aseveración habría producido una impresión desafortunada,

por lo que decidí confirmar su declaración de que había estado conmigo incesantemente... No obstante, después de reflexionar, me he convencido que hice mal... Driscoll está seguro de haber visto a la señorita Tormic registrando su americana. La señorita Reade y el señor Gill aseguran asimismo que la vieron en el pasillo, junto a la puerta del vestuario, poco antes de las cuatro y media. Está claro que el único modo de desvirtuar la acusación que pesa sobre la señorita Tormic es decir la verdad que es ésta: Ayer tarde, cuando estábamos con la lección de esgrima, se me rompió la correa del peto y tuve que cambiarla.

Mientras lo estaba haciendo tuve ganas de fumar... Ni la señorita Tormic ni yo teníamos cigarrillos encima, por lo que le di las llaves de mi armario y la envié a buscarlos...

Dejé de observar el rostro de Ludlow para examinar el de Neya, pero no pude leer nada en su semblante ni en sus ojos. No estaba ni asustada, ni contenta. Parecía sorprendida más que otra cosa; yo así lo habría asegurado, aunque fuese improbable.

Hubo un murmullo en la habitación, que interrumpió Milton al decir, dirigiéndose más bien al espacio que a la concurrencia:

—¡Luego, estuvo allí!

Ludlow asintió negativamente.

—Sí, estuvo allí; pero fue a registrar mi chaqueta, no la de Driscoll. Estoy seguro, porque regresó con mi encendedor y con los cigarrillos. Dimos unas cuantas chupadas y luego reanudamos los asaltos hasta que llegó el recado de que Milton deseaba ver a la señorita Tormic...

Se interrumpió y perdió a sus espectadores. Abrióse la puerta y entraron dos hombres. El primero era un individuo de cabellos grises, cargado de dignidad y con un aire que infundía respeto. Detrás de él, prácticamente escondido tras el primero, entró un ejemplar de obesidad de cincuenta años

de edad, labios gruesos y calvas cejas. Milton salió al encuentro de los recién llegados.

—Le estábamos esperando, señor Driscoll...

—Lo lamento —dijo el gordinflón tartamudeando—. Crea que lo sien... to mu... chí... si... mo, señor Milton. Le presento al señor Thompson, mi abogado.

El hombre de cabellos grises alargó displicentemente la mano a Milton y dijo con voz sonora:

——Soy el consejero del señor Driscoll... Creí preferible venir personalmente a poner en claro este asunto tan extremadamente

desagradable... ¿Tiene la bondad de presentarme a la señorita Tormic?

—¿Señorita Tormic?

El abogado se inclinó cortésmente ante Neya y dijo:

—¿Son éstas las personas ante las cuales la acusó ayer el señor Driscoll?

Neya permaneció silenciosa. Milton se apresuró a responder por ella:

—Así es. Estábamos esperando al señor Driscoll para...

—Lo sé. Nos hemos retrasado porque mi cliente no quería venir y tuve que persuadirle de que su presencia era absolutamente necesaria. Señorita Tormic, lo que voy a decir va dirigido principalmente a usted, pero en honor a

la justicia deben oírlo también todos estos señores y señoritas que nos rodean. Vamos con los hechos. Cuando el señor Driscoll salió de casa ayer por la mañana, llevaba en el bolsillo una cajita de píldoras que contenía cierto número de diamantes que se proponía llevar a un joyero para que los engastara en una pulsera. Desde su despacho llamó por teléfono al joyero y discutieron el asunto. Su secretario se hizo cargo de la cajita con los diamantes para llevarla a la joyería, donde está en este momento. Luego, más tarde, el señor Driscoll olvidó inexcusable, pero inocentemente, que su secretario...

Interrumpióle un coro de

comentarios. Sonrió a Neya, pero ella no le devolvió la sonrisa. Driscoll había sacado un pañuelo y se secaba el sudor que brotaba de su frente congestionada, intentado vanamente encontrar un lugar donde fijar la vista sin hallar un par de ojos clavados con expresión rencorosa en los suyos.

Miltan balbuceó:

—¿Quiere usted decir que esta infamante... que esta vil...?

—¡Por favor! —El abogado levantó una mano—. Déjenme terminar. El eclipse amnésico del señor Driscoll es inexcusable, pero él estaba honradamente convencido de que había visto a la señorita Tormic registrando su

chaqueta...

—¡Era la mía! —exclamó Ludlow—. Como usted puede comprobar, el tejido es idéntico.

—Eso lo explica todo... ¿Estaban en el mismo armario?

—No. La mía estaba en el contiguo... Y el señor Driscoll debió cerciorarse bien antes de hacer una acusación tan grave.

—Tiene usted mucha razón. —El abogado asentía a todo—. Ni siquiera la similitud de las prendas constituye una excusa para mi cliente. Por eso insistí en que viniera a presentar sus excusas a la señorita Tormic en presencia de todos ustedes. Su vacilación es comprensible.

Está extremadamente embarazado y humillado.

Volvióse a su cliente y añadió:

—¡Hable!

Driscoll, con el pañuelo en la mano, se dirigió a Neya Tormic.

—Le pre... sen... to... mis ex... cu... sas, se... ño... ri... ta... Crea que lo sien... to mucho...

Nikola Miltan dijo gravemente:

—Tiene usted motivos para sentirlo, señor Driscoll. Esto habría sido desastroso para la señorita Tormic y para mí, si hubiese llevado usted a cabo su propósito de avisar a...

—Ya le he dicho que lo lamento mucho...

El abogado intervino para decir amable:

—¿Podemos esperar que nos perdone usted, señorita Tormic?

Sacó un sobre del bolsillo y prosiguió:

—He traído una carta del señor Driscoll en que le presenta sus excusas confirmando lo que ya se ha dicho verbalmente... ¿Querría usted firmar una notita renunciando a demandar a mi cliente por la injuria que le ha hecho? Estoy seguro de que...

—¡Un momento! —dije interrumpiéndole—. Represento a la señorita Tormic y...

El modo con que me miró era una

amenaza.

—¿Y quién es usted, señor, si puede saberse? —me preguntó—. ¿Es usted abogado?

—No, no lo soy —le respondí—; pero hablo inglés, represento a la señorita Tormic y no estamos ante un tribunal... ella no firmará nada...

—¿Por qué no, mi querido señor? Se trata simplemente de un par de frases sin carácter de formalidad...

—Pues ése es el caso, que odio las informalidades... ¿Qué sucedería si Milton, disgustado por este escándalo, la pusiera de patitas en la calle? ¿Qué, si la cosa se ha extendido por la ciudad y todo el mundo la señala con el dedo...?

Ya sabe usted lo que dice el proverbio sobre la calumnia...

Miltan dijo gravemente:

—No tengo la menor intención de despedir a la señorita Tormic, pero convengo en que no es necesario que ella firme nada. Tengo la seguridad de que no intentará causar al señor Driscoll la menor molestia... ¿Verdad, señorita Tormic?

Neya habló por vez primera.

—No... Desde luego que no.

Lo dijo con indiferencia extraña en una muchacha que acababa de escapar del peligro de ser tratada como una ladrona. Diome la sensación de que estaba pensando en otra cosa.

El abogado insistió:

—Entonces, señorita Tormic, si piensa así no tendrá inconveniente en firmar.

—¡Maldita sea! ¡Déjela en paz de una vez! —exclamó airadamente el señor Driscoll—. ¡Malditos abogados! ¡Si no me hubiese faltado el valor habría venido yo solo y lo habría hecho mejor que él!

Enfrentóse con Miltan y añadió:

—Ya le he presentado mis excusas... Lo lamento, lo lamento extraordinariamente... Usted no puede figurarse lo que me disgusta esto... Hace muchos años que estoy exageradamente gordo. Lo he probado todo para perder

grasa... He hecho ridículos ejercicios, he estado en sanatorios campestres, he participado en odiosos juegos de niños tirando balones al aire y corriendo, remando, nadando... He montado en caballos tan altos como rascacielos... Lo único que he hecho para perder grasa, que me haya gustado, ha sido la esgrima... Seré un mal esgrimista, pero me gusta una enormidad... No me importa que la señorita Tormic firme ese papel o no... Lo que quiero es continuar siendo amigo del señor Milton... ¡Señorita Lovchen! También desearía continuar siendo amigo suyo... La señorita Tormic es su amiga y yo me he comportado con ella como un imbécil.

¿Querrá usted seguir dándome clase de esgrima o no?

Alguien soltó una risita. Los asistentes empezaron a moverse. El abogado recobró su aspecto digno.

Carla dijo:

—Soy una empleada del señor Milton y seguiré sus instrucciones.

Nikola pronunció algunas palabras diplomáticas de conciliación. Era indudable que Driscoll no se vería privado de su diversión. Me volví a ver lo que sucedía detrás de mí. El fenómeno sin mentón, cuyo nombre ignoraba aún, un muchacho rubio de labios delgados y nariz agresiva que andaba y se conducía como un militar, se

acercó a Neya sonriendo débilmente y le dijo algo que quería ser agradable, siguiéndole Donald Barret, que le imitó en todo. La señora Milton dio a Neya unos golpecitos en la espalda. Percy Ludlow se aproximó a la muchacha y estuvo hablando con ella unos instantes.

—Supongo que no se habrá enfadado conmigo, señorita —dije sonriendo, cuando vino hacia mí—. Nero Wolfe no le habría permitido firmar nada que no hubiese sido un cheque a su favor.

—Voy a dar la clase de esgrima al señor Ludlow. Muchas gracias por haber venido, señor Goodwin.

—Le brillan mucho los ojos, señorita.

—Siempre me brillan.

—¿No me dice nada para su padre?

—Ahora no...

—¿Por qué no va a saludarlo?

—Ya iré cualquier día... Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Al volverse, Neyá tropezó con el abogado, que se deshizo en excusas. Luego, el señor Thompson se encaró conmigo.

—¿Quiere decirme su nombre, señor?

Se lo dije.

Él repitió:

—Archie Goodwin... Muchas gracias... ¿Me permite preguntarle en

qué concepto representa usted a la señorita Tormic?

Yo estaba exasperado.

—Óigame —le dije—, convengo en que un abogado tiene derecho a vivir, pero estoy convencido de que, cuando se muera, ni los gusanos querrán entrar en su ataúd por miedo a que les haga firmar algún papel. Supongo que, si no le firman ese que lleva, le va a dar un síncope... ¡Tráigalo!

Del sobre que sostenía aún en la mano, extrajo el documento y me lo entregó. Una mirada me convenció de que sus dos frases, sin carácter de formalidad, eran cinco párrafos de los grandes, repletos de conceptos legales.

Saqué mi estilográfica y con mi mejor letra escribí en el lugar marcado con una cruz al pie del memorial: «La Reina Victoria.»

—Tome —dijo entregándoselo y saliendo escapado antes de que pudiera reaccionar, pues sé muy bien de lo que es capaz un hombre a quien se hiere en su dignidad.

La habitación estaba casi vacía. La esposa de Miltan se hallaba junto a una mesa de escritorio hablando con Belinda Reade, Carla Lovchen y los demás habían desaparecido, probablemente para proporcionar al rico gordinflón su diversión favorita.

Tomé el sombrero y el abrigo, que

había dejado en la percha del vestíbulo y tras ponerme ambas prendas salí a la calle.

El reloj de pulsera me anunció que eran las seis menos cuarto. Wolfe estaría todavía en las habitaciones destinadas a las plantas; y aunque no le agradaba mucho que le molestaran cuando se hallaba allí, yo consideré que en esta ocasión no se trataba de negocios, sino de un asunto de familia, y entrando en el primer establecimiento con teléfono público, pasé a la cabina y marqué el número de mi jefe.

—¡Oiga! ¿El señor Wolfe? Soy Goodwin. Estoy en una droguería, entre la calle Cuarenta y Ocho y Lexington...

Todo ha terminado... Ha sido una comedia en tres actos. En el primero, ella... me refiero a su hija... parecía estar más enfadada que preocupada... En el segundo, un individuo llamado Percy Ludlow, aseguró que Neya había estado registrando su americana, buscando cigarrillos por encargo suyo: esta confesión asombró a la muchacha, a juzgar por su expresión... En el acto tercero entró Driscoll acompañado de un aguafiestas y de una carta de excusas. No llevaba diamantes en los bolsillos ayer tarde, por lo que no se los habían podido robar. Fue un error. Dijo muchas veces que lo sentía mucho... He decidido regresar a casa, pero antes

quiero añadir que ella no se le parece a usted en nada y que es una muchacha deliciosa...

—¿Estás seguro de que se ha puesto todo en claro?

—Yo no lo aseguraría, pero parece que sí.

—Te di dos comisiones. ¿Qué me dices de la otra?

—Nada en absoluto. Había mucha gente y cuando se deshizo la reunión las dos balcánicas salieron para dar sus clases de esgrima.

—¿Quién es ese Percy?

—Percy Ludlow. Un hombre de mi edad y estatura, muy parecido a mí, educado, distinguido... ,

—¿Dices que mi... que la señorita Tormic parecía enfadada? ¿Tiene aspecto de estúpida...?

—Nada de eso. Tal vez sea un poco, ¿cómo lo diría yo...? compleja; eso es, compleja... pero no tiene nada de estúpida.

Hízose un silencio que duró tanto que al fin exclamé:

—¿Está ahí, señor Wolfe?

—Sí. Tráemela. Quiero verla.

—Ya me lo figuraba. Es un sentimiento natural que le honra mucho; pero ya le pregunté si quería algo para usted y me dijo que no, que irá a visitarle cualquier día... En este momento está midiendo las armas con

Percy...

—Vuelve allá, espera a que termine y tráemela.

—¿Lo dice en serio?

—Sí.

—Tendré que raptarla, porque...

Colgó, dejándome con la palabra en la boca, una de las cosas que más rabia me dan en este mundo.

Entré en un bar, pedí un vaso de jugo de uvas y mientras lo bebía estuve reflexionando sobre la forma de persuadir a Neya a que me acompañara sin necesidad de utilizar la fuerza bruta, pero no logré hallar ningún razonamiento que me convenciera por lo que pagué y descendí por la calle

Cuarenta y Ocho en dirección al teatro de operaciones.

En el despacho no estaban más que Nikola Miltan y su esposa. Parecióme que ésta se dirigía a la puerta cuando yo entré, pero así que vio que colgaba mi sombrero en la percha y que, quitado el abrigo, lo dejaba junto a aquél, al mismo tiempo que les manifestaba mi intención de esperar a que la señorita Tormic terminara de dar su clase para hablar con ella, la señora Miltan mudó de parecer decidiendo permanecer junto a su esposo.

Miltan me ofreció una silla y me senté a corta distancia de la mesa donde él se hallaba, mientras su esposa abría

la puerta de la gran vitrina y ponía en orden lo que realmente no estaba desordenado.

—Recuerdo haber sido presentado al señor Nero Wolfe —empezó a decir Milton cortésmente.

—Eso tengo entendido —asentí con un gesto.

—Es un hombre notable, notabilísimo...

—Conozco a un señor que es de su mismo parecer.

—¿A uno solamente?

—Por lo menos a uno. Al señor Wolfe.

—¡Ah! Es una humorada... —rio cortésmente—. Creo que hay muchos

otros. En realidad... ¿Qué es, Jeanne?

La señora Miltan acababa de lanzar una exclamación en lengua extranjera, exclamación que lo mismo podía ser de sorpresa que de espanto.

—¡El *col de mort*! —dijo al fin—. No está aquí... ¿Lo has cogido tú?

—No... Desde luego que no... Estaba ahí... Estoy seguro...

Se levantó y se acercó trotando a la vitrina. Yo le imité. Los dos esposos estuvieron mirando algunos segundos hacia un punto determinado. Luego Miltan empezó a abrir y cerrar cajones.

—No —dijo la señora Miltan—. No está aquí... Y no falta más que eso... Hace tiempo que quise comprar un

candado para aquí.

—Pero, querida —respondió Nikola—. No hay motivo plausible para suponer que alguien haya robado el *col de mort*. Es un objeto curioso, pero sin ningún valor intrínseco...

—¿Qué es un *col de mort*? —pregunté.

—Pues una pieza pequeñita.

—¿Qué clase de piececita?

—No sé cómo explicárselo... Mire...

Pasó un brazo a través de la puerta abierta de la vitrina y golpeó un dedo en la punta de la espada que había en ella.

—Como puede usted apreciar, la espada no pincha, pues es chata...

—Ya lo veo.

—Una vez, en París, y hace muchos años, un hombre quiso matar a otro y se fabricó una cosita con una puntaafiladísima, un dispositivo muy ingenioso que se podía adaptar al extremo de la espada.

Sacó el arma de la vitrina y la empuñó.

—Luego, después de haber colocado su dispositivo en la espada, hizo un ataque en cuarta.

Y se tiró a fondo sobre una imaginaria víctima situada tan cerca de mí y con una celeridad tan inesperada e increíble, que di un salto de costado con una agilidad que jamás habría sospechado poseer. Levanté un brazo

dispuesto a adjudicarle el campeonato y vi que con la misma celeridad que se lanzara a fondo había recobrado su posición normal.

—Así —sonrió, a tiempo que volvía el arma a su sitio— lo hizo. Una estocada una cuarta atraviesa teóricamente el corazón; en aquella ocasión no fue teoría precisamente. Un policía que era amigo mío me dio la diminuta pieza como mera curiosidad. Los periódicos la bautizaron con el nombre de *col de mort*. Cuello, no, cuello, no... Collar de muerte. Porque se adapta al extremo de la espada como si fuese un collar. Me gustaba tenerlo.

—Y ahora ha desaparecido —

murmuró su esposa.

—Espero que no —repuso Milton, frunciendo las cejas—. No hay motivo para que lo roben. Ya se ha hablado bastante de robos aquí... Lo encontraremos. Preguntaremos a todos.

—Dios quiera que no se equivoque —asentí—. Y ahora que habla de preguntar, ¿me permitiría que hiciese un par de preguntas a la persona encargada de la limpieza de las salas de esgrima?

—¿Para qué?

—Es mera curiosidad. ¿Quién hace la limpieza?

—El portero, pero no puedo adivinar para qué...

Su mujer le interrumpió asietándome

con los ojos.

—Quiere sabe si se ha encontrado puntas de cigarrillos y ceniza en la salita donde la señorita Tormic dio ayer tarde clase de esgrima al señor Ludlow — dijo ella serenamente.

Hice una mueca y declaré:

—Si me permite una observación personal, señora Miltan, le diré que debí haber adivinado en sus ojos que es usted muchísimo más inteligente de lo que parece.

Ella continuó mirándome en silencio.

—Por mi parte —dijo Miltan—, no comprendo en qué pueden interesarle las puntas de cigarrillos ni por qué ha

podido adivinar mi mujer que le interesan. Soy un poco tardo.

—Es la justa compensación por esa endemoniada agilidad que posee usted para pinchar con ese juguete. ¿Me permite ver al portero?

—No —contestó Jeanne.

—¿Por qué no?

—Porque no es necesario. Ignoro lo que se propone, pero creo que la señorita Tormic está equivocada si cree que es usted amigo suyo. Si quiere saber si ella y el señor Ludlow estuvieron fumando, ¿por qué no se lo pregunta a ella misma?

—Así pienso hacerlo; pero antes quisiera hablar con el portero... ¿Qué

daño puedo acarrearle con eso?

—No lo sé. Tal vez no abrigue usted malas intenciones, pero el asunto de hoy se ha terminado... Habría resultado muy perjudicial para nuestro establecimiento... Era algo muy delicado, tratándose de un lugar como éste. Un soplo puede destruir lo que tanto trabajo nos ha costado edificar. Por eso no le extrañará que, aunque no pretenda usted causar daño a la señorita Tormic ni a nosotros, advierta al portero que no responda a sus preguntas. Y ahora vaya a la sala de armas y examine los petos para ver si está rota alguna correa.

—¿Cómo sabe que pienso hacerlo?

—Me fundo, simplemente, en que no le creo tonto. Si sentía curiosidad por los cigarrillos, también le picará por la correa rota.

Me encogí de hombros.

—Está bien... Ha empleado usted la palabra precisa... Soy un curioso... Todos los detectives lo somos... Pero si conoce usted a Nero Wolfe, sabrá que sólo ocasiona molestias a los que se las buscan.

La señora Miltan me miró un instante, corrió la puerta de vidrio de la vitrina y se volvió a mí de nuevo.

—Esta mañana —dijo—mi marido anunció que estaba dispuesto a encargarse a Nero Wolfe que investigara la

desaparición de los diamantes del señor Driscoll. La señorita Tormic estaba presente y declaró que antes había solicitado ella que Nero Wolfe actuara a su favor. Poco después su amiga, la señorita Lovchen, me pidió permiso para salir a hacer unos encargos. No sólo los detectives poseen el defecto de la curiosidad. Si yo...

Se interrumpió y quedó con la boca abierta y el cuerpo rígido. Miltan giró sobre sus talones para volverse hacia la puerta del pasillo. Yo hice lo mismo. El alarido que acababa de resonar estremeciendo las paredes era algo que, aunque se hubiese esperado, habría hecho temblar de pavor, si se hubiese

oído en plena jungla durante la noche.

Cuando resonó el segundo alarido, los tres nos lanzamos de tácito acuerdo hacia la puerta. Milton se adelantó y en el pasillo aumentó la velocidad con dirección a la escalera, pisándole nosotros los talones. No se oyeron más gritos, pero sí rumores de conmoción, pasos, voces... En el segundo piso la gente que salía de todas las puertas nos obstruyó el paso. Milton parecía un canguro. No le habría alcanzado, aunque me hubiesen ofrecido un premio. En el descansillo del segundo tramo de escalera tuvimos que hacer alto. Un hombre de color se debatía entre los brazos del fenómeno sin mentón; Nat

Driscoll, en camisa, pero sin pantalones, daba saltos de epiléptico y las dos muchachas de los Balcanes, con traje de esgrima, se apoyaban, palidísimas, contra la pared. Zorka, sin más atavío que sus pendientes de oro, gemía sistemáticamente un poco apartada del grupo.

Antes de que Nikola Miltan pudiese avanzar un paso y de que yo le alcanzara, Jeanne me empujó bruscamente hacia un lado y se me adelantó.

—¡Arturo! —gritó con voz que habría detenido a un huracán—. ¿Qué ha ocurrido?

El negro cesó de debatirse, volvió

sus ojos a ella y dijo algo que no comprendí, pero ella sí, pues se lanzó instantáneamente hacia el pasillo. Yo la seguí y noté que alguien venía detrás de mí. Jeanne llegó a la última puerta, la de la habitación del fondo. Estaba abierta y pasó a través de la abertura sin disminuir la velocidad. De pronto se detuvo en seco y yo no pude imitarla a tiempo, por lo que tropecé con ella. Vi entonces a Percy Ludlow, tendido sobre un costado, tan inclinado que habría adoptado la posición de decúbito supino de no habérselo impedido la punta de la espada que le había atravesado de parte a parte.

# CAPÍTULO IV

Jeanne Milton y yo dimos media vuelta a un tiempo. Donald Barret y el fenómeno sin mentón venían hacia nosotros.

—No vayan a la habitación del fondo. Percy Ludlow ha sido asesinado. Procuren reunir a todos en el despacho. Eso simplificará las cosas para cuando venga la policía.

Y sin prestar atención a la oleada de preguntas que siguió a esta declaración, me lancé a la escalera seguido de la

señora Milton.

Al llegar abajo, ella se dirigió a la parte de atrás, donde estaba el despacho, mientras que yo continuaba hacia la puerta que daba a la calle después de atravesar el vestíbulo. Por un momento estuve tentado de salir para avisar por teléfono a Nero Wolfe, pero inmediatamente pensé que, si cruzaba la puerta de la calle, me costaría trabajo entrar luego y decidí apostarme junto a ella como un vulgar cancerbero.

Desde el lugar en que me hallaba podía ver todos los ocupantes de la casa apelotonados en la escalera. La mayoría estaban silenciosos y asustados, pero dos de las profesoras de baile charlaban

sin cesar.

Belinda Reade, la muñequita con traje nuevo de seda, vino hacia mí en vez de dirigirse al despacho y me dijo con acento resuelto que tenía una cita importantísima, a lo cual le contesté que nos hallábamos en el mismo caso, pero que ambos tendríamos que aplazarlas para mejor ocasión.

Donald Barret, que se había mantenido en segundo término, se aproximó a nosotros.

—Oigame, señor... Comprendo que yo me quede aquí, ya que soy casi un espectador de lo ocurrido; pero esta joven... ¿Es usted policía?

—No.

—Entonces, mi querido amigo, vuelva usted la espalda, hable conmigo un momento y deje que la señorita salga y acuda a la cita.

—Y antes de un cuarto de hora toda la policía irá tras ella y la atraparán en un santiamén. No sean tontos. Ustedes no han intervenido nunca en ningún asesinato, ¿verdad...? Claro que no... Lo peor que pueden hacer es huir y dar motivos de sospechas a la policía... ¡Señorita Tormic!

Aparecieron las dos serbias, que cruzaron con Donald y la otra muchacha, miradas que si tenían para ellas alguna significación para mí no tuvieron ninguna.

Belinda Reade dijo de pronto:

—Vamos, Don.

Y se dirigió con el joven al despacho.

Carla se había echado un albornoz sobre su traje de esgrima y Neya llevaba todavía la bata verde, cerrada tan negligentemente como antes, con una mano escondida entre sus pliegues.

—No hay tiempo para hablar, señoritas. Voy a hacerles una pregunta y es posible que la vida de dos dependa de la respuesta que me den.

Clavé mis ojos en los de Neya e inquirí:

—¿Mató usted a Ludlow?

—No.

—¿Repítalo! ¿Lo mató usted?

—No.

Me volví a Carla.

—¿Y usted?

—Tampoco, pero debo decirle...

—No hay tiempo para que me diga

nada... Pero podrían... ¡Por los cuernos de Belcebú! ¡Ya están ahí!

Salieron corriendo hacia el despacho al mismo tiempo que los policías atravesaban el vestíbulo. Abrí la puerta vidriera para que entraran y luego la volví a cerrar de nuevo. Eran dos agentes uniformados.

—¿Son ustedes agentes del distrito?

—No... Radio patrulla... ¿Quién es usted?

—Archie Goodwin, detective particular de la agencia de Nero Wolfe. Me encuentro aquí por pura casualidad. Me quedaré vigilando. Allí, en el despacho, están la señora Milman, su esposo y otros y otras y dos pisos más arriba hay un cadáver.

—¿Quiere quedarse de vigilancia un ratito más? Vamos, Bill.

Se dirigieron hacia el despacho mientras yo jugueteaba con los dedos. Dos minutos después uno de ellos volvió al vestíbulo y empezó a subir la escalera. Dos minutos más tarde llegaron otros agentes de paisano, pero se veía a cien leguas que eran del distrito, no de la brigada criminal. Les

hice un breve bosquejo de lo sucedido. Uno de los de ellos me relevó en la puerta, otro echó andar escaleras arriba, y el tercero se dirigió al despacho, haciéndome que le acompañara.

El radiopatrullero, con la lengua entre los dientes, anotaba nombres en un libro de notas. El agente del distrito habló con él un instante y ambos avanzaron hacia la señora Milton.

Decidí ocultarme junto a la percha. Clientes y empleados hallábanse diseminados por el despacho, unos sentados, otros de pie, silenciosos. Eché una ojeada a sus rostros buscando algo interesante o significativo, y de repente vi algo ante mis ojos que me sobresaltó.

Mi abrigo estaba en el lugar donde lo había dejado, colgado de la percha, pero la aleta del bolsillo izquierdo estaba metida por dentro y el mismo bolsillo apareció hinchado por algo que había en su interior. No es que yo presuma de elegancia ni mucho menos, pero jamás se me ha ocurrido salir a la calle con las aletas de los dos bolsillos del abrigo metidas hacia dentro. Además, el bolsillo a que me refiero estaba vacío cuando colgué el abrigo. Estaba seguro.

Estuve a punto de extender la mano para palpar el contenido de mi bolsillo, pero me contuve. Miré a mi alrededor para ver si me observaba alguien, y convencido de lo contrario tomé de la

percha tranquilamente el abrigo y el sombrero y me dirigí con extraordinaria serenidad hacia la puerta del pasillo. Un gruñido que sonó detrás de mí me hizo detener.

—¡Eh! ¿Adónde va usted, amigo?

Di media vuelta y dije en voz alta, pero sin grosería, al policía que acababa de hablar:

—La dirección de este establecimiento no se hace responsable de los sombreros y abrigos que puedan desaparecer, y como quiera que todavía vendrá mucha gente he decidido guardar los míos bajo llave en un armario por lo que pudiera ocurrir.

Y al terminar de decir esto eché a

andar muy decidido hacia la puerta. Había una probabilidad contra tres de que el sabueso abandonara a la señora Milton y se lanzara en mi persecución, pero no lo hizo.

En el pasillo ni siquiera miré hacia la izquierda, donde se hallaba un policía de guardia. Sabía que habría sido inútil intentar convencerle de que me dejara pasar. Volví hacia la derecha y llegué a una puerta estrecha que ya había visto antes. La abrí y vi una escalera de madera que conducía abajo. Había un interruptor eléctrico a mi alcance, pero sin abrirlo cerré la puerta detrás de mí, encendí mi linterna de bolsillo y descendí la escalera en silencio, pero

sin perder tiempo. Haciendo oscilar la luz de mi linterna comprobé que me hallaba en una habitación de techo bajo llena de cajas de cartón y de embalaje. Éstas ocupaban todo el centro de la estancia. Di la vuelta a su alrededor buscando el fondo de la habitación, donde veía los rectángulos de dos ventanas separadas entre sí por un corto espacio.

De pronto me quedé inmóvil al descubrir, ayudado por la luz de mi linterna, la punta de un zapato que sobresalía de una pila de cajas. Por su posición deduje que había un pie dentro del zapato y que el dueño del mismo había advertido mi presencia.

Inmediatamente moví la linterna hacia arriba, me metí la mano en el bolsillo y dije en voz alta, aunque no demasiado:

—¡No se mueva! Le estoy apuntando y confieso que estoy muy nervioso. Si tiene las manos vacías, sáquelas por encima de las cajas. Si no lo están...

Salió un sonido detrás del montón de cartón, mitad gemido, mitad lamento. Saqué la mano del bolsillo y avancé con un gesto dé disgusto.

—¡Por amor de Dios! ¿De qué te has asustado, Arturo?

El negro gimió:

—¡Lo he vis... to!

—Yo también. Mira, Arturo, no

dispongo de tiempo para perderlo discutiéndote de lo estúpido de tus supersticiones. ¿Qué piensas hacer...? ¿Quedarte aquí gimoteando hasta que te mueras de hambre?

—No quiero volver arriba, señor. Le digo que...

—Está bien.

Dejé la linterna encima de una caja. Me puse el abrigo y el sombrero, me guardé la pistola en el bolsillo posterior del pantalón y recogí de nuevo la linterna.

—Voy a la parte de detrás de la casa para impedir que se escape el asesino. Lo mejor que puedes hacer tú es quedarte donde estás... ¿Tienes la llave

de aquella puerta?

—No tiene llave... Hay un pasador...

—¿Y al otro lado...? ¿Un patio con una verja alrededor?

—Un muro, señor.

—¿Con puerta?

—Sin puerta, señor.

Sobre mi cabeza, pues el techo de la habitación correspondía al piso del despacho, oí docenas de pasos pesados, entre los cuales me pareció reconocer las pisadas de los zapatos del cuarenta y cinco del inspector Cramer. Ya había venido la brigada criminal.

Tuve suerte, pues al echar a andar descubrí una escalera de la altura de un niño apoyada sobre las cajas. La tomé,

advertí a Arturo que gritara pidiendo socorro si oía venir a alguien, corrí el pasador de la puerta trasera y salí al patio con la escalera.

El patio tenía unos cuarenta pies de largo por treinta de ancho y los muros eran un metro más altos que yo. Llegué al final del patio, apoyé la escalera en el muro y antes de saltar miré lo que había ante mis ojos. Era un patio parecido al que yo me hallaba, pero con una porción de objetos vagos diseminados por él y un objeto menos vago que los demás. Tratábase de una persona corpulenta, vestida de blanco y un delantal. El individuo parecía estar haciendo ejercicios respiratorios a juzgar por el

modo como jadeaba. A pocos metros más allá de él salía la luz por una puerta abierta.

Sin pensarlo más me encaramé al muro y salté limpiamente al otro lado. Al ruido que hice él levantó la cabeza, pero antes de expresar su asombro le pregunté:

—¿Ha visto usted al gato?

—¿Qué gato?

—El gato de mi esposa. Un animal monstruoso de pelo amarillo. Lo vimos correr hacia acá y saltar la tapia. Como lo encuentre lo estrangulo. Usted debe haberlo visto.

—Pues no lo he visto, señor.

—No tiene más remedio... Bueno, es

posible que no lo haya visto, pero estoy seguro de que vino hacia acá... Tal vez le atrajo el agradable tufillo que viene de la cocina...

Entré en ésta, y ante las asombradas miradas que recibí de pinches y cocineros, me limité a decir:

—Voy buscando un gato.

Seguí a un camarero que salía con una bandeja y llegué al restaurante propiamente dicho, donde multitud de camareros se afanaban en servir con su acostumbrado celo a los parroquianos. Uno de ellos me bloqueó el paso y le dije secamente:

—Voy buscando un gato.

El camarero se apartó como si le

hubiese dicho que estaba atacado de lepra. En el salón el ujier de las propinas se me quedó mirando estupefacto y la muchacha del guardarropa extendió instintivamente las manos hacia mí; pero yo repetí por última vez:

—Voy buscando un gato.

Atravesé dos puertas más y salí finalmente a la calle.

Mi primer impulso fue doblar la esquina y subir a mi coche, pero inmediatamente pensé que lo tenía parado a pocos metros de la puerta de Milton y podría resultar peligroso y decidí tomar un taxi.

Hice parar a uno, subí a él, di al

conductor la dirección de Wolfe y resistí a la tentación de mirar el objeto que tenía en el bolsillo, por temor a que el taxista pudiese verlo también por el retrovisor.

Cuando atravesé el vestíbulo colgué el sombrero en la percha, pero conservé puesto el abrigo.

Wolfe estaba sentado ante la mesa de su despacho teniendo frente a él la cajita de metal que se guardaba ordinariamente en un departamento de la caja fuerte de la que él sólo tenía la llave y que jamás había abierto en mi presencia. Siempre había supuesto que contenía documentos privados, pero o mismo podían haber sido rizados de cabellos o las claves

secretas del ejército japonés.

Le vi meter algo en la cajita y cerrar la tapa. Luego me miró con expresión inquisitiva.

—¿Qué hay? —me preguntó. Moví la cabeza.

—Fracasé. La habría traído si hubiese tenido la más pequeña ocasión de poner en juego mis dotes de fascinación personal, pero circunstancias imprevistas...

—¿Qué circunstancias han podido obligarte a volver solo?

—No me han obligado exactamente, señor. ¿Recuerda que mencioné cuando hablé con usted por teléfono a un individuo llamado Percy Ludlow que

aseguró que su... que Neya Tormic había ido a buscar cigarrillos a su americana por su propia petición...? Pues bien, lo han asesinado.

Le referí detalladamente todo lo ocurrido, viendo pintarse en su rostro gordinflón la sorpresa que el caso le producía. Cuando hube terminado me preguntó:

—¿Y qué objeto es el que has encontrado en el bolsillo del abrigo?

—Lo ignoro —dije quitándome el abrigo y extendiéndolo en su mesa—. Pensé que sería más divertido si lo miráramos juntos. Al tacto me ha parecido ser un trozo de cañamazo... Sí, es un cañamazo.

Metí dos dedos y lo saqué.

Era un envoltorio que al desenrollarlo demostró ser un guantelete de cañamazo con palma reforzada. Una pieza diminuta de metal cayó sobre la mesa.

—¡No lo toque! —sugerí, inclinándome para examinar el extraño objeto.

En su parte media tenía un cuarto de pulgada de grueso. En un extremo poseía tres ganchos en forma de dedal y el otro era largo y agudo como un punzón.

—¡Me lo figuraba! —murmuré, irguiéndome.

—¿Qué diablos es eso?

—¡No se ha dado cuenta, señor

Wolfe? ¡Es el *col de mort*!

—¿Y crees que este objeto ha sido utilizado para...?

—No tengo la menor duda, señor. El extremo de la espada que mató a Ludlow era tan chato como su nariz y Milton aseguró que no lo habría podido atravesar de aquel modo. Por consiguiente, esta pieza la desprendieron de la espada después de haberse efectuado el asesinato. Considero innecesario hacerle observar las manchas existentes sobre el guante en que venía envuelto el *col de mort*.

—Gracias, ya las he visto.

—También se habrá dado usted cuenta de que se trata de un guantelete

de mujer. Parece grande por la forma en que está hecho, pero no es lo suf...

—Gracias, Archie; lo he observado todo.

—Supongo que habrá pensado lo que habría podido ocurrir si me hubiesen registrado allí y me hubieran encontrado esa piececita en el bolsillo...

Me interrumpí porque vi que se movían sus labios. Había cerrado los ojos y estuvo de este modo, silencioso, unos treinta segundos. Luego pulsó el botón del timbre y Fritz apareció como un genio benéfico, vestido con un gorro y un delantal similares a los del individuo del patio vecino al de Milton que no había visto el gato de mi mujer.

—Apaga la luz del vestíbulo y no abras la puerta de la calle, llame quien llame —dijo Wolfe.

—Está bien, señor.

—Si suena el teléfono, responde desde la cocina. Archie no está aquí y tú no sabes ni dónde se encuentra ni cuándo volverá y yo estoy ocupado y no quiero que me molesten. Echa las cortinas de las ventanas y... Antes de nada, ¿queda algún pan completo de esos italianos redondos?

—Sí, señor.

—Tráelo, así como un cuchillito pequeño y un rollo de papel encerado.

Cuando salió Fritz le seguí, colgué mi abrigo en la percha y eché el cerrojo

de la puerta principal. Al regresar al despacho, Fritz había vuelto con una bandeja en la que traía los objetos pedidos y Wolfe atacó el pan con el cuchillo que cortaba como una navaja de afeitar. Describió un círculo de cuatro pulgadas de diámetro en el centro del pan y luego cavó un agujero redondo hasta la otra corteza de abajo, dejando ésta intacta. Entonces tomó el *col de mort* con las puntas de los dedos pulgar e índice, lo colocó en la palma del guantelete, lo envolvió todo en papel encerado y lo introdujo en el agujero abierto en el pan. El espacio que quedó libre lo rellenó con trozos de papel, poniendo encima un trocito del papel

encerado para tapar la abertura.

En toda la operación no empleó más de tres minutos. Cuando hubo terminado, dijo a Fritz:

—Haz una crema helada de chocolate, cubre con ella el pan y ponlo en la nevera. Llévate las migajas y cómetelas si te gustan.

—Sí, señor.

Fritz recogió la bandeja y se marchó para hacer lo encargado.

—Pongo ese objeto a buen recaudo porque hay alguien que sabe que está aquí.

—¿Quién?

—Pues la misma persona que te lo metió en el bolsillo. ¿Quién tuvo la

oportunidad de hacerlo?

—Todos. Estaban todos en el despacho mientras yo me hallaba vigilando en la puerta.

# CAPÍTULO V

A las diez menos cuarto nos levantamos de la mesa y volvimos al despacho. Una vez allí empecé a hacer llamadas telefónicas. Johnny Keems y Orrie Cather habían salido de sus domicilios y les dejé recado para que llamaran al despacho tan pronto como regresaran. Conseguí hablar con Fred Durkin y con Saúl Panzer y les dije que esperaran órdenes, informando al último sobre la próxima recepción del sobre.

No hacía cinco minutos que me

había sentado cuando llamaron al timbre de la puerta. Wolfe me autorizó para abrir y cuando esperaba una nube de policías entró una persona conocidísima de todos nosotros, con el sombrero de fieltro echado sobre uno de los dos ojos hundidos y airados y con un cigarro apagado en la comisura de una boca amplia y voluntariosa.

—Muy honrado —dije, haciéndome a un lado—; muy honrado, inspector.

—Vayase al infierno —gruñó el inspector Cramer entrando.

Cerré la puerta, tomé su abrigo y su sombrero, los colgué en la percha y volví al despacho.

Wolfe le tendió una mano, lo saludó

amablemente y aseguró que su visita constituía un placer que no había tenido ocasión de sentir desde hacía varios meses.

Cramer tomó asiento, se sacó el cigarro de la boca, se lo colocó en una posición mejor, me miró con expresión colérica y dijo:

—¿Dónde ha estado usted, Goodwin? No, no hable... Sé que no me dirá la verdad... Es usted el diablo más oportuno con quien he tropezado en mi vida. Infinitas veces le he tenido molestándome, sin poder sacar de usted nada de provecho y hoy voy a investigar un asesinato, me dicen que un importantísimo testigo de cargo acaba

de tomar su abrigo y su sombrero y marcharse tranquilamente y resulta que ese testigo es usted... ¡La única vez que debía estar en un sitio cuando yo llegara había desaparecido! Le he dicho en otras ocasiones que lo estrangularía por un centavo. Hoy, mi querido Goodwin, lo haría gratis.

Pregunté sin inmutarme:

—¿Encontró usted a Arturo?

—Encontramos... No le importa a usted lo que encontramos. ¿Por qué huyó?

—Para no quedarme cesante, inspector. El señor Wolfe me envió allí con una comisión e instrucciones precisas para que viniera a informarle

tan pronto como hubiese terminado el asunto que allí me llevaba. Usted sabe que el señor Wolfe no admite excusas.

—¡Contésteme, Goodwin! ¿Qué sucedió en el espacio de tiempo que transcurrió entre la llegada de los agentes y el momento en que usted tomó su sombrero y su abrigo de la percha y desapareció?

—Nada.

—Sí, sucedió algo y lo sabré.

—Se equivoca usted, inspector. No sucedió nada. Uno de los agentes me relevó en la puerta y como ya no tenía nada que hacer allí y el señor Wolfe me estaba esperando...

—Puedo asegurarle, inspector —

dijo Wolfe lentamente—, que la misión que confié a Goodwin no era para prevenir ni para provocar asesinatos. Realmente ignorábamos que se fuese a cometer uno.

—Sé perfectamente a lo que fue. Al asunto de los diamantes de Driscoll. Pero olvidemos eso. Goodwin estuvo vigilando en la puerta hasta la llegada de los agentes de distrito; es decir, los de radiopatrulla. Éstos entraron y lo dejaron solo en la puerta. Poco más tarde llegaron nuevos agentes y entonces lo relevaron. Goodwin sabe perfectamente cómo actúa la brigada criminal, cuando se presenta un caso de éstos. Si hubiese tenido necesidad de

venir a informar a usted sobre lo sucedido no tenía más que tomar el coche y venir en un momento. En vez de eso esperó la llegada de los agentes urbanos, pasó luego al despacho y de repente cogió el sombrero y el abrigo, descendió al sótano, amenazó con un revólver a Arturo, el criado negro, salió al patio con una escalera, saltó la tapia, dijo al cocinero del restaurante contiguo que buscaba el gato de su mujer, llegó a la calle Cuarenta y Nueve y tomó un taxi, ordenando a su conductor que lo trajera aquí a toda velocidad... ¡Y dice que no sucedió nada en el intervalo de tiempo comprendido entre la llegada de los agentes y el momento en que decidió

huir de la casa de Miltan! ¿Qué le parece?

—Me parece sencillamente un proceso cerebral retardado. Estoy acostumbrado a esas cosas, desgraciadamente.

—Goodwin no tiene nada de idiota.

—No lo es... Es decir, no lo es del todo... ¿Quiere un poco de cerveza, inspector?

—No, gracias.

Wolfe pulsó el botón, se arrellanó en su asiento y se apoyó las manos en el voluminoso vientre.

—Realmente, señor Cramer... Necesita usted dormir... Considerando el punto que acababa de exponer,

responderé por Archie diciéndole que no quería que sus hombres le tuvieran allí hasta medianoche como acostumbran. Si algo sucedió en el intervalo que ha citado, huelga afirmar que no tenemos la menor intención de decírselo, por lo menos por ahora; así que no vale la pena insistir. Por otra parte, ¿qué podría decirle Archie que no le hubiesen dicho ya sus agentes?

Llegó Fritz con una bandeja que contenía una botella de cerveza y un vaso. Wolfe destapó la botella, se sirvió y continuó diciendo:

—¿Quiere saber a qué envié allí a Archie? Es muy sencillo. Una muchacha llamada Carla Lovchen, a quien ninguno

de los dos habíamos visto en nuestra vida, vino esta tarde a pedirme que practicara una investigación en favor de una amiga suya llama Neyá Tormic, que había sido acusada de hurto. Este asunto se aclaró por la intervención del mismo señor Driscoll que, al parecer, es un cretino incurable. ¿Me preguntará ahora por qué, terminado el asunto, volvió Goodwin a casa de Milton, después de haberse marchado? Yo le responderé que me informó por teléfono de lo ocurrido y yo le ordené que regresara. Usted sabe perfectamente que cuando me encargan una cosa me gusta que me paguen. Tal vez sean síntomas de vejez, pues se dice que los ancianos son

tacaños y avaros, pero me gusta cobrar lo estipulado, aun cuando, como en este caso particular, haya puesto en el asunto más voluntad que ingenio. Hice al señor Goodwin volver a hablar con la señorita Tormic y la estaba esperando en el despacho de Milton cuando oyeron los alaridos del portero.

Cramer se rascó la barbilla con expresión de incredulidad. Observó a Wolfe mientras se bebía el vaso de cerveza y luego se volvió a mí y exclamó:

—No tiene usted nada de idiota, Goodwin. Algún día, cuando no esté ocupado, le diré lo que es usted, pero no es idiota... ¿Querrá contarme algo?

—Desde luego que sí... Me hallaba en el despacho hablando con el señor y la señora Miltan, cuando oímos los alaridos...

—No, no... Empiece la historia desde mucho antes; desde cuando llegó allí y sin olvidar los detalles.

Hícelo así, con mi mejor estilo. Por el tono de Wolfe comprendí que la táctica a seguir era sembrar el relato de lo ocurrido con datos sin importancia, cosa que hice concienzudamente. Cuando terminé, Cramer me hizo algunas preguntas que no ofrecían dificultad, concluyendo con algunas alusiones a lo sucedido en el intervalo comprendido entre dos fracciones determinadas de

tiempo. Mi única adición a mi explicación primera fue que me había sentido hambriento.

Cramer permaneció silencioso un instante, masticando su cigarro y frunciendo las cejas. Luego se volvió a Wolfe y exclamó:

—¡No lo creo!

—¿No? ¿Qué es lo que no cree, señor Cramer?

—No creo que Goodwin sea idiota. No creo que saliera del modo como lo hizo porque sintiera aburrimiento ni hambre. No creo que volviese allí a cobrar de la señorita Tormic. No creo que no esté usted interesado en el asesinato.

—¿Le he dicho yo que no estoy interesado?

—¿Lo está, pues?

—Sí —repuso Wolfe con una mueca—. Al parecer, sí. Mientras Archie estaba de guardia en la puerta, se le acercó la señorita Tormic y le pidió que solicitara mi ayuda para demostrar su inocencia. Él aceptó en mi nombre y esperó ganar una buena suma... Eso es lo que sucedió y por ese motivo Archie quiso comunicarme conmigo rápida y privadamente. Como puede usted ver, señor Cramer, yo también soy capaz de ser ingenuamente sincero cuando se presenta la ocasión.

El inspector clavó los dientes en el

cigarro y dijo rabiosamente:

—¡Lo sabía!

Las cejas de Wolfe se alzaron un milímetro.

—¿Lo sabía?

—Lo supe en el momento en que me enteré de que Goodwin había estado allí y luego huyó fingiendo que cazaba un gato. Ya había empezado a parecer como un rompecabezas de los buenos... ¡Conque usted tiene un cliente! Y apostaría a que era su cliente la que estaba en la sala de esgrima con la víctima cuando ésta fue asesinada. Mire, Wolfe; vine aquí decidido a que colaboráramos a pesar de la sucia treta de Goodwin... ¿Y qué he conseguido?

Quiere hacerme creer que en diez segundos su secretario, o lo que sea, aceptó en su nombre encargarse de un caso de homicidio... ¡Cascaras...! Conozco perfectamente sus artimañas y como un tonto he venido esperando sostener una conversación desinteresada... Y usted me dice que... No le creo una palabra...

Levanté la mano y le hice callar. Había sonado el teléfono y no oía una palabra. Llamaban a Cramer.

Éste se levantó con un gruñido, acercóse a mi mesa y estuvo escuchando silenciosamente durante varios minutos. Al parecer, le decían algo desagradable, pues violó la ley sobre el uso de la

blasfemia por teléfono. Dio algunas instrucciones, colgó el aparato, volvió a su asiento y exclamó:

—¡No faltaba más que eso! — Mordióse los labios rabiosamente y añadió—: El caso está casi resuelto. No tengo que preocuparme más de él.

—¿De veras? —murmuró Wolfe.

—De veras. Tres agentes federales han llegado allá. Cualquiera habría supuesto que un asesinato en Manhattan sería asunto propio de la brigada criminal de la que soy indigno jefe, pero no... ¿Qué soy yo comparado con un agente del Gobierno? Pero esto presenta ahora dos aspectos agradabilísimos. En primer lugar, significa un ángulo

enteramente nuevo, que ninguno de nosotros habría sospechado... En segundo, quienquiera que lo resuelva, como quiera y cuando quiera que sea, serán los agentes federales los que se llevarán la gloria, como siempre ha ocurrido.

—Tenga en cuenta, inspector —dije yo—, que un agente federal es el representante del pueblo americano, y no sería muy exagerado afirmar que un agente federal es América...

—¡Cállese! ¡Ojalá lograra un empleo en el Departamento de Investigación y lo enviaran a Alaska! Pondría en juego toda mi influencia para que lo hicieran.

—No creo que tenga usted influencia para tanto, inspector. Pero ¿hay alguna ley que impida que un hombre, horrorizado ante la vista de la sangre, tomara un taxi y se viniera a casa?

—¿Dónde vio usted esa sangre?

—No la vi. Se trata de una Figuración de dicción.

—Metonimia —murmuró Wolfe.

—Búrlense... No me enfadaré... ¿Conque tiene usted una nueva cliente, Wolfe?

—En principio, sí. Archie aceptó en mi nombre, pero yo no la conozco ni siquiera de vista. Cuando la vea y hable con ella sabré si es culpable o no, y...

—¿Admite usted que pueda serlo?

—Desde luego que sí, pero no le serviría de nada interrogarme, señor Cramer, ya que, como usted ha dicho, no creería nada de lo que yo le contestara, y yo, por mi parte, no podría darle luz alguna en este asunto por desconocer en absoluto a mi cliente... Sin embargo tal vez lográramos algo si usted me permitiera que yo lo sometiera a un interrogatorio.

—¡Gran idea! ¡Maravillosa!

—Así lo creo.

Cramer echó su masticado cigarro al cenicero, sacó otro del bolsillo, se lo metió en la boca y dijo: —Empiece.

—Gracias. En primer lugar, vamos con los resultados obtenidos. ¿Ha

arrestado usted a alguien?

—No.

—¿Ha podido establecer algún motivo adecuado para el crimen?

—No.

—Ha sacado alguna conclusión definida?

—Ni definida ni indefinida.

—¿No ha logrado saber nada por el examen de huellas dactilares, fotografías, hallazgo de objetos acusatorios, etcétera?

—Nada. Deberíamos haber encontrado un objeto o dos, pero no lo conseguimos. ¿Sabe usted algo sobre esgrima?

Wolfe movió la cabeza.

—Ni una palabra, mi querido señor Cramer.

—Pues bien, el instrumento con el que se cometió el crimen es un objeto al que dan el nombre de espada. Es de sección triangular, sin filo, y su extremo inferior es tan romo, que si intentara atravesar con esta arma a un hombre, lo único que conseguiría sería romper la hoja, que es extremadamente flexible. Al esgrimir se acostumbra colocar en ese extremo un botón de acero provisto de tres puntitas minúsculas, con el fin de señalar en la chaqueta del contrario cuándo éste ha sido tocado, pero la parte gruesa del botón no permitiría que la espada horadase el peto que llevan los

esgrimistas ni la máscara con que se protegen el rostro.

Yo dije:

—Pues la víctima no llevaba máscara alguna.

—Ya lo sé... Y eso demuestra que no estaba esgrimiendo cuando lo asesinaron. Milton me ha asegurado que nadie esgrime nunca la espada sin utilizar la careta. La que Ludlow había llevado estaba sobre un banco junto a la pared, y la espada que lo atravesó no tenía botón, pero con la punta roma es imposible que pudiera hacerlo. Hay un pequeño dispositivo cuya desaparición descubrió la señora Milton estando presente Goodwin y que ella llamaba un

*coldemó*... Usted, que sabe francés, sabrá decirlo mejor que yo.

—*Col de mort.*

—Eso es... Hay un millón de probabilidades contra una de que ese dispositivo desaparecido haya sido usado en la espada con que se asesinó a Ludlow. A una distancia de algunos pasos y con el arma en movimiento, la víctima no pudo darse cuenta de que había sido sustituido el habitual botón por ese artefacto infernal... Pero el *coldemó* no estaba en la espada. Alguien se apresuró a quitarlo. Se registró a todo el mundo. Se practicó, por veinte de mis mejores hombres, una búsqueda minuciosa. No lo pudimos encontrar.

Solamente una persona, de todas las que se hallaban en la casa cuando se cometió el asesinato, se había ausentado... Goodwin... ¿No se lo traería él como recuerdo?

Wolfe sonrió levemente.

—No lo creo. ¿Ha pensado en la posibilidad de que lo arrojaran por una ventana?

—Desde luego que sí. Están buscando aún en la oscuridad, con ayuda de linternas. También buscan otro objeto desaparecido. La señorita Tormic ha declarado que echa de menos un guantelete del armario que hay en el vestuario de señoras, pero la señorita Lovchen y otra llamada Zorka, dicen que

la señorita Tormic se equivoca, y que no falta nada. La señora Miltan no se atreve a opinar. Nadie parece saber el número exacto de guanteletes de esgrima que había allí.

—¿Y el botón que hubieron de quitar de la espada para reemplazarla por el *col de mort*?

—En el cajón de uno de los armarios. Se contaron y estaban todos.

—Bien. Los únicos dos objetos que hubieran podido servirle de algo, señor Cramer, han desaparecido. Yo le prometo que si Archie los tomó, haré que se los entregue a usted tan pronto como yo los haya examinado... ¿Quiere decirme cuántas personas había en la

casa cuando se halló el cadáver?

—Contando a todos, veintiséis.

—¿Cuántas personas ha eliminado usted?

—A todas, menos a ocho o nueve.

—¿Que son...?

—La primera, la que estaba esgrimiendo con la víctima. Su cliente.

—Si continúa siendo mi cliente, cuando yo haya hablado con ella, la eliminaré yo mismo. ¿Y los otros sospechosos?

—Nikola Miltan y su esposa. Cada uno de ellos prueba la inocencia del otro, pero es una coartada de dos un níquel. Tenemos también a la muchacha que vino a verle a usted. Carla

Lovchen... Ella había estado dando clase de esgrima a Driscoll, pero cuando terminó se fue al vestuario. Desde allí pudo deslizarse furtivamente a la habitación del fondo y cometer el crimen. Los otros sospechosos son Driscoll, Zorka, Ted Gill, que se hallaba con aquélla, Belinda Reade, Donald Barret y un individuo llamado Rudolph Faber.

—¡El fenómeno sin mentón!

—Eso es. Por él no se ha efectuado todavía ninguna detención. ¿Cuántos hacen en total?

—Diez.

—Diez, pues. Y no se ha podido indagar el motivo que pudiera empujar a

ninguna de esas diez personas a...

Interrumpióse al sonar el timbre del teléfono. Contesté a la llamada. Querían hablar con Cramer.

—Es el jefe.

—¿Quién?

—El comisario de policía.

Cramer se levantó resignado y tomó el auricular con un gruñido. Habló largo rato.

# CAPÍTULO VI

Aquella conversación telefónica se efectuó en dos sesiones. Durante la primera, que fue bastante larga, Cramer llevó la voz cantante, informando con voz respetuosamente belicosa sobre la situación y la falta de resultados positivos hasta el momento. Durante la segunda, que duró mucho menos, se limitó a escuchar algo que no debía ser particularmente agradable para él, a juzgar por sus gruñidos y la expresión de su rostro cuando finalmente cortó la

comunicación y volvió a sentarse.

Wolfe dijo:

—Lamentaba usted la falta de motivo...

—¿Qué...? ¡Ah, sí...! Perdería con gusto una noche de descanso con tal de saber lo que usted sabe en este momento, Wolfe.

—Le costaría a usted mucho más de una noche, señor Cramer... He leído muchos libros.

—¡Al diablo los libros! Tengo la seguridad de que conoce usted muchas cosas relacionadas con este suceso, que yo ignoro por completo. Si pudiera adivinar algo mirándole al rostro, le diría, sin quitarle los ojos de encima,

que el comisario acababa de anunciarme que hace diez minutos le llamaron por teléfono del Consulado General Británico. El cónsul le ha dicho que ha recibido con estupefacción y sorpresa la noticia de la muerte violenta y repentina de un súbdito británico llamado Percy Ludlow, y que esperaba que no se ahorraría ningún esfuerzo para dar con el autor de tan horroroso crimen y castigarle merecidamente.

Wolfe movió la cabeza negativamente.

—No podrá servirle de mucho mirarme a la cara.

—Estaba convencido de eso.

—Mi única reacción ante esa

noticia, señor Cramer, es el pensamiento de que el cónsul general británico debe poseer maravillosas fuentes informativas. Son las diez y media de la noche y el asesinato tuvo lugar hará unas cuatro horas.

—No hay nada maravilloso en eso. Oyó la noticia por la radio.

—¿Fueron ustedes los que la proporcionaron a la Prensa?

—Naturalmente.

—¿Y descubrieron ustedes que Ludlow era súbdito británico?

—No. Ninguno de los asistentes le conocía bien.

—Entonces, sí hay algo de maravilloso, o por lo menos de notable

en el hecho de que habiendo la radio dado meramente la noticia de que un individuo llamado Percy Ludlow había sido asesinado en la sala de armas de Milton, calle Cuarenta y Ocho, haya podido deducir el cónsul inmediatamente y por estos datos, que el asesinado era súbdito británico. No solamente eso, sino que no espera hasta mañana, cuando se acostumbra a llevar la comunicación a la policía... El cónsul telefonea inmediatamente al comisario... De esto deduzco que Percy Ludlow era, o bien un gran personaje o estaba encargado de una comisión de importancia excepcional. Tal vez el cónsul pueda suministrarle detalles a

este respecto.

—Muchas gracias. El comisario tiene una cita con él a las once. ¿Qué le parece si entretanto me los adelantara usted?

—No sé nada en absoluto. Oí el nombre del señor Ludlow por primera vez poco después de las seis de la tarde de hoy; pero ¿podría usted decirme por qué se debe a Rudolph Faber que no haya practicado usted detención alguna?

—No debería decirle nada, pero no soy rencoroso... Al parecer, la única persona que pudo cometer el crimen era su cliente, Neya Tormic. Ella confesó que había estado dando clase de esgrima al señor Ludlow y no hay muestra de que

ninguna otra persona hubiese entrado en la salita, aunque pudo hacerlo sin que la viesen. La señorita Tormic añadió que, cuando ella salió de la habitación, el señor Ludlow le dijo que pensaba entretenerse un rato todavía con el dummy. El dummy es un dispositivo fijo en la pared con un brazo mecánico al que se puede adaptar una espada. Neya asegura que se dirigió seguidamente al vestuario, donde dejó su peto, su guantelete y su careta, y luego...

—¿Y la espada?

—Declaró que la había dejado en la sala de esgrima. Hay una docena o más en un armero. En el suelo, no lejos de Ludlow, había una provista de botón,

que debía ser la que usó la víctima. Ludlow no tenía careta, pero después de la declaración de la señorita Tormic tampoco hay motivo para que la tuviese, a no ser que el asesino hubiese querido hacernos creer que Ludlow estaba esgrimiendo cuando fue asesinado. Tampoco hay razón lógica alguna para que sacaran el coldemó después de cometido el crimen... Bueno está todo... En lo que se refiere a Faber, éste se hallaba abajo en una de las salas de baile, con Zorka, hasta que ésta salió con Ted Gill para enseñarle a manejar la espada. Entonces él fue arriba y se vistió el traje de esgrimir, con la idea de practicar con Carla Lovchen cuando ésta

hubiese terminado de dar la lección a Driscoll. Hallábase en el pasillo superior cuando vio salir a Neya Tormic de la habitación del fondo acompañada de Ludlow. Éste, al ver a Faber, le rogó que entrara un rato a practicar con él, pero Faber le respondió negativamente, por lo que Ludlow, después de asegurar que haría muñeca con el dummy, volvió a la habitación del fondo y cerró la puerta. Faber y la señorita Tormic se dirigieron entonces a una salita situada al otro extremo del pasillo y se sentaron a fumar. Aún se hallaba allí cuando el portero entró en la habitación del fondo para limpiar, creyendo que no había nadie y se encontró a Ludlow muerto.

Neya y Faber salieron al oír los gritos del negro así como los demás.

Wolfe, que había cerrado los ojos, los abrió una fracción de milímetro y murmuró:

—No podía arrestarla, después de eso, aun cuando hubiese sabido que era mi cliente, señor Cramer. ¿Podía ver algo de lo que pudo suceder en el pasillo mientras estaban sentados?

—No. Forma recodo.

—¿Hacía mucho que fumaban cuando empezaron los gritos del negro? .

—Quince o veinte minutos.

—¿Los vio alguien?

—Sí. Donald Barret. Estaba buscando a la señorita Tormic para

invitarla a cenar. Llamó a la puerta del vestuario de señoras y la señorita Lovchen le dijo que Neya no estaba allí. Barret fue a buscarla a la salita y llevaba unos cinco minutos con Faber y con Neya cuando el negro inició aquellos alaridos.

—¿No se le ocurrió ir a buscarla a la habitación del fondo?

—No, porque la señorita Lovchen le informó de que Neya había estado allí a dejar el peto, el guantelete y la careta, por lo que supuso que Neya había terminado ya la lección.

Después de un instante de silencio, Wolfe exhaló un suspiro.

—Bien —dijo suavemente irritado

— No veo por qué diablos sospecha usted de mi cliente. Parece estar envuelta en un manto de inocencia de pies a cabeza.

— Eso no es más que las apariencias. Hay un par de detalles que la acusan. Por lo que se sabe, solamente ella estuvo en aquella habitación con la víctima y estuvieron precisamente atacándose con espada. En cuanto a la coartada que le ha suministrado Faber es una de éstas tan infantiles que puede ser verdad en un noventa y nueve por ciento, y no obstante, ser totalmente falsa. Sustrayendo la parte de su declaración según la cual vio y habló con Ludlow cuando la señorita Tormic salió de

aquella habitación, el resto queda reducido a la nada, y esta aseveración de Faber no se puede comprobar. Claro que no conozco ninguna razón que me pueda hacer sospechar que Faber...

La interrupción fue debida a la entrada de Fritz, que se detuvo un instante, y cuando Wolfe le hizo seña para que se acercase, llegó hasta él y le tendió la bandeja de las tarjetas de visita.

Wolfe tomó la tarjeta, la leyó y enarcó las cejas.

—Mire, Cramer —dijo—, puesto que se dispone usted a marchar, yo podría hacer pasar a este visitante a la salita de enfrente hasta que usted

hubiese salido. Pero me gusta colaborar cuando puedo. Uno de sus diez sospechosos ha eludido la vigilancia de sus sabuesos; a menos que lo hayan seguido hasta aquí, como es la táctica habitual.

—¿Cuál de ellos?

Wolfe miró la tarjeta de nuevo.

—Rudolph Faber.

—¿Y decía usted que no lo conocía?

Es extraño que un desconocido venga a visitarle a una hora tan intempestiva.

—Desde luego que sí. Hazle pasar, Fritz.

Observé admirado al fenómeno sin mentón. Podía avergonzarse de su barbilla, pero no de sus nervios. Es

posible que no hubiese motivo alguno para que la inesperada presencia del inspector Cramer le produjera terror, pero sí sorpresa; sin embargo, no pude leer en su rostro impresión alguna. Detúvose simplemente de un modo que debía haber hecho sonar sus tacones, pero no sonaron, enarcó una ceja y luego siguió avanzando.

Cramer le gruñó algo, diónos las buenas noches a Wolfe y a mí, y salió. Yo me levanté para recibir al recién llegado, dejando la ceremonia de despedida del inspector a Fritz. Wolfe estrechó la mano del fenómeno y le señaló la butaca que acababa de abandonar Cramer.

Faber, después de darle las gracias amablemente, se volvió a mí y dijo:

—¿Cómo consiguió escapar de allí?  
¿Sobornó al policía?

No me gustó el tono que empleó al hacer esta pregunta y le respondí adecuadamente:

—Hágame esa consulta por carta certificada y haré que le responda el secretario de mi secretario.

—Ya está bien, Archie —dijo Wolfe sin mirarme, pues tenía los ojos clavados en el visitante—. Al parecer, señor Faber, es usted poco simpático al señor Goodwin. No se lo tenga en cuenta. ¿En qué puedo servirle?

—En primer lugar —dijo Faber en

perfecto inglés— creo que debía instruir a su subordinado para que respondiera a las preguntas que se le hacen. .

—Ya lo intentaré en otra ocasión.

¿En qué otra cosa puedo serle útil?

—¿No existe la disciplina en su país, señor Wolfe?

—Claro que la hay. La flor de un hombre es la cizaña de otro. Tenemos varias clases de disciplina. Nos sometemos a las leyes del tránsito y a las disposiciones sanitarias; sin embargo, somos extraordinariamente aficionados a ciertas libertades. Pero supongo que no habrá venido únicamente a disciplinar al señor Goodwin, ¿verdad? Si así fuese, le

aconsejaría que no lo intentara. ¿Qué otra cosa...?

—Vine a satisfacer mi curiosidad en cuanto a su situación e intenciones en lo que concierne a la señorita Neya Tormic.

—¿Su curiosidad?

—He querido decir mi interés. Puedo explicarme bajo ciertas condiciones y usted saldría beneficiado si me lo permitiera. Conozco su reputación y sus métodos. Sé que gasta usted mucho y que necesita dinero.

—Me gusta el dinero y sé gastarlo. ¿Se trata de su dinero, señor Faber?

—Será suyo cuando yo se lo dé.

—Perfectamente. ¿Qué he de hacer

para ganarlo?

—No sé. Se trata de un asunto apremiante que exige mucha discreción. ¿Me garantiza usted que no es un agente secreto de la policía?

—No sé cómo garantizárselo. Puedo darle a usted mi palabra, pero yo sé perfectamente lo que vale y usted no. Ahora bien; antes de entrar en discusión sobre el asunto que le ha traído aquí, quiero que me diga usted su propia situación e intenciones respecto a la señorita Tormic. Ya comprendo que no es hostil hacia ella, cuando le ha suministrado una coartada tan perfecta en el momento en que se disponían a acusarla de homicidio premeditado.

Rudolph Faber me lanzó una mirada y dijo a Wolfe:

—¡Hágale salir de aquí!

Me disponía a hacerle una mueca de burla, pero me quedé helado al oír decir a Wolfe:

—Hazme el favor de salir, Archie.

Me levanté tambaleándome; pero cuando ya estaba en la puerta, Wolfe me detuvo para añadir:

—A propósito. Prometimos telefonar al señor Green. Llámale desde la habitación del señor Brenner.

—Está bien, señor —dije.

Cerré la puerta detrás de mí y di tres pasos hacia la cocina. Me detuve al llegar a la pared izquierda, la que

separaba la cocina del vestíbulo, donde había un artesonado dividido en tres secciones, estando las dos de los lados unidas a las del centro por medio de bisagras. Hice girar la sección de la derecha, me incliné un poco —pues había sido hecha al nivel de los ojos de Wolfe— y miré por el agujero practicado allí, que estaba disimulado en el otro lado por medio de un cuadro cuyas dos aberturitas correspondientes habían sido cubiertas con tupida gasa.

Pude ver el perfil de Faber y el rostro de luna llena de Wolfe. Apliqué el oído y oí lo que hablaban; ambos decían cosas insustanciales y decidí entrar en la cocina.

Fritz estaba allí en calcetines, leyendo un periódico, con las zapatillas encima de una silla, a su lado, por si lo llamaban.

—¿Quieres un poco de leche, Archie? —preguntó al verme entrar.

—No. Habla en voz baja. El agujero está destapado.

—¡Ah! —brillaron sus ojos. Amaba extraordinariamente las conspiraciones y las cosas siniestras—. ¿Un buen caso?

—¡Diabólico! La segunda guerra mundial. Empezó esta tarde en la calle Cuarenta y Ocho. Pero más vale no hablar.

Estuve sentado al borde de la mesa dos minutos justos y luego me dirigí al

teléfono interior instalado contra la pared y llamé al despacho.

—Goodwin al habla —dije al reconocer la voz de Wolfe—. Green dice que quiere hablar con usted.

—Dile que estoy muy ocupado... No, espera... Tal vez se trate de algo interesante... Que no se retire del aparato... Voy en seguida.

—Está bien.

Colgué y volví al artesonado de la pared del pasillo. Un instante después se abrió la puerta del despacho y salió Wolfe, cerrándola tras sí. Llegó rápidamente adonde yo estaba, ocupó mi puesto y murmuró en voz muy baja:

—Atención a mi señal.

No hacía diez segundos que Wolfe había aplicado su ojo derecho al agujero, cuando levantó una mano y la agitó. Inmediatamente me puse en movimiento hacia el despacho pisando fuerte. Abrí la puerta y avancé hacia la mesa.

Faber, en actitud de hombre sorprendido, se hallaba de espaldas al armario biblioteca, pero tenía las manos vacías. Me miró una vez, pero yo observé que su rostro continuaba impassible. Yo tomé asiento ante mi mesa, abrí un cajón, saqué un montón de papeles y empecé a hojearlos, como si buscara algo.

Él no dijo una palabra, ni yo

tampoco. Terminé con el primer montón de papeles y saqué otro. Estaba dispuesto a continuar así indefinidamente, mas no fue necesario. Cuando me hallaba en la mitad del segundo montón oí pasos en el pasillo y un instante después levanté la cabeza y recibí una sorpresa.

Nero Wolfe acababa de entrar provisto de abrigo, sombrero, bufanda, guantes y bastón.

—Lamento no poder atenderle, señor Faber —declaró—. Me veo precisado a salir en este momento. Si quiere que continuemos nuestra conversación, tenga la bondad de volver mañana entre once y una, dos y cuatro o

seis y ocho, que son mis horas de oficina. Archie, llevaremos el sedan. ¡Fritz! ¡Fritz! ¿Quieres ayudar al señor Faber a ponerse el abrigo?

Esta vez los tacones de Faber sonaron fuerte. El visitante salió sin prometer que volvería al día siguiente.

Cuando Fritz regresó, Wolfe le dijo: —Toma esto.

Y le tendió el bastón, el sombrero, los guantes, la bufanda y el abrigo.

—Había venido a registrar «Yugoslavia Unida»... ¿Verdad, señor Wolfe? —pregunté.

Wolfe asintió con la cabeza.

—Tenía sus manos encima del libro cuando abriste la puerta.

—Fue un feliz acierto...

—Te equivocas... Fue un experimento... En todo el tiempo que estuvo aquí no dijo nada lógico ni tenía la menor intención de decir nada... Pero quería que tú salieras de la habitación... ¿Por qué? ¿Para estar más libre?

—Esa deducción me parece buena, pero ¿cómo esperaba hacerle salir a usted también?

—Lo ignoro... Pero salí.

—Tal vez lo haya enviado una de las muchachas de los Balcanes para que recogiera ese papel... También puede ser que haya obligado a la señorita Tormic a que le diga el escondrijo, ya que él constituye su coartada... ¡Eureka! ¡Ya he

dado con el quid... \ ¡Él es el príncipe Donevitch!

—No digas insensateces, Archie...  
No estoy de humor para oírlas.

Disponíame a responder adecuadamente cuando sonó el teléfono.

—Oficina de Nero Wolfe —dije en el micrófono—. Archie Goodwin al habla.

—¡Ah, es usted, mister Goodwin! Yo soy *Madame Zorka*.

—¿De veras? —Hice una seña a Wolfe para que escuchara en su teléfono y añadí—: La vi esta tarde allá...

—Sí... Por eso es por lo que telefoneo... Lo sucedido es horrible.

—Dice usted bien.

—Sí... La policía me ha sometido a un largo interrogatorio... Pero no les dije que había visto a *miss* Tormic poner algo en el bolsillo de su abrigo, míster Goodwin.

—¿No?

—No... Pensé que no era asunto mío y no quena que me molestaran más. Pero ahora estoy muy preocupada... Se trata de un asesinato y la conciencia no me deja descansar.

—No llame todavía a la policía. ¿Dónde está usted?

—En mi piso... Calle Sesenta y Ocho, quinientos cuarenta y dos Este.

—Pues bien, voy a recoger a la señorita Tormic e iremos a verla. Si

usted cree que somos asesinos, cosa que no es verdad...

—¡Oh, no tengo miedo, pero estoy muy preocupada...!

—Deje de preocuparse por unos minutos. Antes de una hora estaremos ahí.

Colgué el aparato y me volví a Wolfe. Pero éste había cerrado los ojos y me hizo señas de que me callara. Finalmente dijo en voz baja: —Llama por teléfono al señor Cramer.

Me puse en comunicación con el estudio de Milton, pero Cramer no estaba allí. Entonces llamé a su despacho, en jefatura, donde conseguí encontrarlo.

Wolfe tomó el micrófono y dijo:

—¿El señor Cramer? Tengo algo interesante referente al caso Ludlow... No. Se trata de algo complicado... Desearía que enviase a uno de sus hombres a recoger a *Madame Zorka* y a la señorita Tormic y conducir a ambas a mi despacho lo antes posible... Sí, quiero colaborar con usted, pero no hay otro remedio que actuar en la forma que le propongo... No, no he resuelto el caso todavía... Ésta es una derivación que le interesará... ¿Vendrá usted mismo...? Estupendo...

Colgó y se rascó la nariz con el índice.

Yo estallé.

—¡Cuando vayan a buscar a esa mujer contará todo cuanto sabe antes de que la traigan aquí!

—¡Déjame en paz, Archie! Saca ese maldito chisme del bizcocho y vuelve a metértelo en el bolsillo, exactamente igual que estaba antes.

# CAPÍTULO VII

Neya Tormic fue la primera en llegar. Era medianoche cuando acudí a la llamada del timbre de la puerta, ahorrando a Fritz la molestia de ponerse las zapatillas y contento de tener ocasión de estirar un poco las piernas.

—¡Hola! —dije sorprendido.

Fueron tres personas las que cruzaron el umbral y yo conocía a las tres. La primera que entró fue Neya Tormic, luego Carla Lovchen, y en retaguardia el sargento Purley Stebbins.

Purley y yo habíamos sido alternativamente amigos y enemigos un par de veces. Mientras le ayudaba a desembarazarse del abrigo me dijo:

—Esta otra muchacha se empeñó en venir y habría tenido que emplear la fuerza para separarla de su amiga. Si no es necesaria su presencia las separaremos aquí...

—Cramer se encargará de eso —respondí—. No tardará en llegar. Vaya a la cocina y Fritz le dará un buen trozo de lomo de cerdo... Ya sabe usted el camino, ¿eh?

—Sí, pero... no quisiera perder de vista a...

—Vamos, amigo... Se trata de una

conferencia y ya sabe que puede confiar en el señor Wolfe y en mí... ¿O es que no le atrae la idea de atracarse de lomo de cerdo y de café?

Sin contestar, se encaminó hacia la cocina. Yo conduje a las dos muchachas al despacho.

Temía que Wolfe se aturrullara al verse ante dos montenegrinas al mismo tiempo, pero le vi levantarse y saludarlas como un hombre. Luego se sentó, después de haberlas invitado a hacerlo, y examinó atentamente el rostro de Neya Tormic.

Ésta dijo de repente:

—¿Mandó usted a un policía a buscarme?

—No lo mandé yo. Ha sido el inspector Cramer.

—Pero usted debe haberlo permitido o sugerido.

—Acertó usted, señorita Tormic. Tuve necesidad de hacerlo, dadas las circunstancias. Tenía que impedir que arrestaran al señor Goodwin, que es mi secretario particular y ya comprenderá usted que no podría continuar en su puesto, después de haber estado en la cárcel... Aunque tal vez se trate de una mentira, después de todo... Quiero que se ponga en claro la acusación que pesa sobre usted en presencia del inspector Cramer.

—¿Le ha dicho usted que soy su hija

adoptiva?

Wolfe enarcó las cejas y se volvió a mí.

—¿Está en la cocina el agente que las trajo aquí?

—Sí, señor. Es Stebbins... ¿Lo recuerda usted?

—Sí... Sin embargo, señorita Tormic, creo preferible que dejemos esa discusión para más tarde. No he dicho a la policía que es usted mi hija adoptiva. Por ahora es conveniente que no sospechen la existencia de un perjuicio tan íntimo... ¿No le parece?

Antes de que la interpelada pudiera contestar sonó el timbre de la puerta y yo exclamé involuntariamente:

—¡Debe ser *Madame Zorka*!

—¿Zorka? —repitió Carla Lovchen, muy sorprendida.

Pero no era Zorka, sino Cramer, quien entró, acompañado de Fritz. El inspector recorrió la habitación con la mirada, nos saludó colectivamente, y viendo que su asiento habitual había sido ocupado por Neya Tormic, se sentó junto a Carla Lovchen.

—¿Dónde está esa Zorka? —preguntó.

—Todavía no ha llegado —contesté.

—¿Y Stebbins?

—En la cocina.

—Pues usted dirá, señor Wolfe...

—Esperemos la llegada de *Madame*

Zorka... Entretanto dígame lo que ha sabido el comisario por mediación del cónsul general.

Cramer lo miró estupefacto.

—¡Vamos! No exagere la discreción... Si alguna de estas muchachas mato a Ludlow es porque sabía quién era... Y si no lo mataron, ¿qué importa que lo sepan?

Cramer gruñó.

—Tiene usted razón. Mañana lo publicarán probablemente todos los periódicos... Ludlow era agente secreto al servicio del gobierno británico.

—¿De veras...? ¿Y qué buscaba en el estudio de Milton?

—El cónsul no lo sabe. Ludlow

comunicaba directamente con Londres. Ahora están intentado ponerse en comunicación con alguien de allí. Ya le dije antes que esto parece...

Se interrumpió para permitirme responder al teléfono. Lo llamaban a él y me levanté para cederle mi asiento.

Después de haber escuchado un momento, el inspector faltó una vez mas a las disposiciones sobre la blasfemia.

Cortó luego la comunicación, volvió a su asiento y dijo mirando a los ojos de Wolfe:

—¿A qué se debía la idea de traer a Zorka aquí? ¡Hable!

—Espero a que venga... ¿Ha sido ella la que llamó...? ¿No va a venir?

—¿Qué diablos va a venir! ¡Se las ha pirado!

—¿Cómo?

—¿Que se ha largado! ¡Que se ha marchado! ¡Que se ha ido...! ¡Ah, Wolfe, le he dicho muchas veces que no juegue conmigo, porque...!

—Conténgase, señor Cramer... No me gusta la broma cuando se trata de un asesinato. No pude imaginarme que *Madame Zorka* pensara fugarse. Ella telefoneó aquí a... ¿Qué hora era, Archie?

Consulté mi cuaderno de notas y respondí:

—A las veintitrés y veintiuno.

—Gracias. Como le iba diciendo,

señor Cramer, llamó a esa hora para decirnos algo. Archie le respondió que iría a verla acompañado de la señorita Tormic...

—No pierda tiempo, Wolfe. ¿Qué es lo que dijo *Madame Zorka* a su ayudante?

—Bien. Puesto que, según me dice usted, *Madame Zorka* se ha fugado, obraremos sin ella. Aunque yo creía que la tenía usted sometida a vigilancia.

—¿Cree que dispongo de un millón de hombres para vigilar a todos los sospechosos de asesinatos? Envié a un hombre a que la trajera y le dijeron que había salido con una maleta y un bolso diez minutos antes de que el agente

llegara.

Wolfe se arrellanó en su butaca y entornó los ojos. Neya Tormic no podía sospechar que en aquel momento la estaba vigilando como el halcón que avizora su presa.

—*Madame Zorka* aseguró que poco después de cometer el asesinato vio a la señorita Tormic meter algo en el bolsillo del abrigo del señor Goodwin, que estaba colgado en la percha de la oficina. Añadió que no había querido decir nada a la policía, pero que su conciencia no la dejaba descansar, por lo que había decidido telefonar al señor Goodwin antes de informar a la policía...

Cramer se inclinó sobre Neya y gruñó:

—¿Qué metió usted en el bolsillo de Goodwin?

Ella mantuvo los ojos clavados en los de Wolfe y no respondió.

Wolfe dijo con acento autoritario:

—Un momento, inspector. Yo he sido el que ha concertado esta entrevista y quiero dirigirla. Archie dijo a *Madame Zorka* que buscaría a la señorita Tormic y luego irían los dos juntos a visitarla. Claro que esto lo hizo para ganar tiempo. Fue al vestíbulo a investigar y vio algo en el bolsillo de su abrigo que él no había puesto allí. No lo sacó, sino que decidimos telefonarle

para que en presencia de Zorka y de la señorita Tormic... ¡Archie! Trae el abrigo.

Fui al vestíbulo, recogí el abrigo y volví al despacho, colocándolo encima de la mesa de Wolfe con el bolsillo que contenía el bulto hacia arriba.

—Prefiero que sea usted el primero en ver de lo que se trata, señor Cramer —dijo Wolfe.

Diciendo esto, Wolfe no miró al inspector, sino que continuó con los ojos entornados mirando a Neya. Cramer dio un paso hacia adelante, metió la mano en el bolsillo y sacó el envoltorio. Lo contempló un instante, mientras que yo me colocaba a su lado, fingiendo

curiosidad y luego lo puso encima de la mesa y lo desenvolvió. Las machas habían adquirido ya el color de la caoba y cuando apareció a la luz el dispositivo de metal, me permití exhalar una exclamación de asombro.

Wolfe dijo:

—Lo que yo sospechaba. ¿No son éstos los dos objetos que buscaba, señor Cramer?

El inspector me dijo entre dientes:

—Por esto es por lo que tomó usted las de Villadiego...

Yo le miré fríamente.

—Se equivoca. Oyó las palabras del señor Wolfe...

Cramer se volvió a Neya y

poniéndole el *col de mort* debajo de las narices gruñó enfurecido:

—¿Metió usted esto en el bolsillo del abrigo de Goodwin?

—Sí.

Cramer se quedó con la boca abierta y yo también. En cuanto a ella, permaneció tan tranquila, sin hacer el menor gesto de desesperación ni de temor.

El inspector se dispuso a hablar, cerró la boca, la abrió otra vez y finalmente abrió la puerta y gritó:

—¡Stebbins! ¡Venga aquí!

Purley vino trotando, con una expresión de embarazo, porque quería masticar y tragar al mismo tiempo.

Cramer le señaló la silla que había estado ocupando y le dijo:

—Saque su cuaderno de notas.

—Espere un momento —intervino Wolfe—. ¿Va usted a acusar a la señorita Tormic?

—No. Voy a interrogarla. ¿Tiene alguna objeción que hacer? Si así es, me la llevaré a jefatura.

—Nada de eso. Prefiero que lo haga aquí. Somos cuatro contra dos.

—No me importaría, aunque fuesen cien los contrarios.

Cramer enseñó los dos objetos al sargento y añadió:

—Ponga que mostré este guantelete de cañamazo y este instrumento de acero

a Neya Tormic, que le pregunté si los había metido ella en el bolsillo del abrigo de Goodwin y que me respondió que sí...

Volvióse a la muchacha.

—¿Confiesa usted que puso estos dos objetos en el bolsillo del abrigo de Archie Goodwin, que estaba colgado en la percha del despacho de Milton, poco después de haber sido descubierto el cadáver de Percy Ludlow?

—Sí.

—¿Mató usted a Percy Ludlow?

La interpelada respondió con voz clara y armoniosa:

—Ya me lo preguntó usted antes y le dije que no.

Carla Lovchen intervino.

—Ella puede explicar satis...

—¡Cállese! ¿Se reitera en su negativa?

—Sí.

—¿Sacó usted este instrumento de acero del extremo de la espada que mató a Percy Ludlow?

—No.

—¿No lo sacó usted de la espada con el guante puesto y al ver que se lo había manchado de sangre decidió deshacerse de ambos objetos?

—No.

—¿Cuándo tomó el *col de mort* de la vitrina del despacho de Milton?

—No lo tomé yo.

—Pero sí lo puso en el bolsillo de Goodwin, así como su guante, ¿no es así?

—Ya he dicho que sí, pero el guante no es mío.

—Confiesa, que tenía ambas cosas en su poder, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde las encontró?

—En el bolsillo de mi bata verde, que acostumbro a ponerme encima de mi traje de esgrimir.

—¿Cuándo, cómo y por qué las encontró?

—Un momento, señor Cramer —dijo Wolfe—. La señorita Tormic es extranjera. O le aconsejo que no diga

nada hasta que le encuentre un abogado o le diré un par de cosas...

—¿Qué piensa decirle?

—Va a oírlo.,. Señorita Tormic, es imposible que la acusen de asesinato en tanto que subsista la coartada que le ha suministrado el señor Faber. Sin embargo, podrán detenerla como testigo material, únicamente para impedir que huya, siendo luego puesta en libertad mediante juramento de presentarse cuando las autoridades lo quieran. Se le pide que dé un informe circunstancial sobre su relación con el instrumento del crimen que usted confiesa que se hallaba en su posesión poco después de haberse cometido el asesinato. Sus palabras

serán registradas por un taquígrafo. Si da usted el informe que les interesa debe procurar ajustarse en todo a la verdad. Si rehúsa hacerlo, la detendrán como testigo material. Decida por sí misma. ¿Ha comprendido?

Neya sonrió.

—Claro que sí. No hay nada que me impida decir la verdad... Es lo único que puedo hacer... Me hallaba en el despacho del señor Miltan, junto con los demás, esperando la llegada de la policía, cuando, al meterme la mano en el bolsillo de la bata, noté que había en él algo extraño. Al tacto adiviné que se trataba de un guante de esgrima. Yo no lo había puesto en mi bolsillo... Me

asusté... Pensé que si me registraban y me encontraban el guante, sabiendo que había estado esgrimiendo con el señor Ludlow... Busqué un sitio para deshacerme del envoltorio y vi el abrigo del señor Goodwin. Sabía de quién era porque los demás se hallaban arriba, en los guardarropas. Me acerqué a la percha y, cuando creía que nadie me veía, saqué el guante de mi bolsillo y lo metí en el del abrigo...

—¿No sabe usted quién se lo metió en el bolsillo de la bata.

—No.

—¿Ni cuándo lo hicieron?

—Tampoco... He pensado mucho en eso... Dejé la bata en el guardarropa

sobre un banco cuando fui a dar la clase de esgrima a la habitación del fondo. Luego dejé allí al señor Ludlow y me encontré en el pasillo al señor Faber, que me acompañó hasta el guardarropa, donde dejé el peto, el guante y la careta, poniéndome la bata y dirigiéndome, en compañía del señor Faber, al gabinete. Quienquiera que fuese el que me puso estos objetos en el bolsillo de la bata debió hacerlo después, pues yo lo habría notado al ponérmela. Cuando el portero empezó a gritar acudimos todos, chocando unos con otros, asustados... Supongo que fue entonces cuando, aprovechándose de la confusión...

—¿Y usted no se dio cuenta?

—No me di cuenta hasta que llegué al despacho.

—Y entonces se asustó, a pesar de que era completamente inocente.

—Lo era y lo soy.

—Mas, no obstante su inocencia, no dijo una palabra a la policía, ni pensaba decirlo... No habría confesado nada, si *Madame Zorka* no hubiese informado a Goodwin que la había visto... Bien, bien... Faber le ha proporcionado una coartada... Pero, ¿quién nos dice que esa coartada no la fabricó para protegerse a sí mismo...? Tenga en cuenta, Wolfe, que se trata de una coartada de doble uso.

—Sí... Es posible... ¿Quiere un poco de cerveza?

—No.

—¿Y ustedes, señorita Tormic, señorita Lovchen?

—Tampoco. Muchas gracias.

Wolfe oprimió el botón y prosiguió diciendo:

—Esto es un verdadero enigma, señor Cramer. Tendré que encargarme yo mismo de averiguar quién asesinó al señor Ludlow. No permitiré que moleste usted más a mi cliente. Hablaré con ella cuando usted se marche y la aconsejaré que se aferré a la coartada suministrada por Faber, aunque haya sido forjada por él y para él. No dudo que protege a Faber, pero también le protege a ella. Cuando usted descubra la existencia de

un móvil que hubiese podido inducir a Faber a cometer el asesinato, venga a decírmelo y discutiremos la coartada.

—¿Sospecha usted que ella le haya mentido?

—Específicamente no. Cualquiera puede decir una mentira, por lo menos por aquiescencia, antes que dejar que le acusen de homicidio... En cuanto al señor Faber, se equivoca usted en sus sospechas de que no me era absolutamente desconocido. No le había visto ni había oído hablar de él jamás hasta hoy. ¿Es también, por casualidad, un agente secreto?

Cramer parpadeó.

—¿Cómo lo sabe si no lo conocía?

—No lo sé. Es mera conjetura. Si lo hubiese sabido no se lo habría preguntado. Pero no está al servicio de Inglaterra, ¿verdad?

—No.

—Ni a Archie ni a mí nos es simpático. Es lástima que la coartada de mi cliente dependa de él... Habría preferido establecer la inocencia de la muchacha sin su concurso... ¿Cree usted que el ataque a Ludlow fue el del águila contra el león?

—Fue el de un ser humano que asesinó a otro ser humano.

—Sí... Desde luego... Bien; ya es más de medianoche y quisiera hablar con la señorita Tormic... ¿Tiene algo

más que preguntarle?

—No, pero me gustaría tenerla segura... ¿me entiende?

—No huirá, por lo menos esta noche. Mañana arreglaremos lo de la fianza, si es que usted insiste. Cramer gruñó:

—Tenga en cuenta de que se trata de un testigo importantísimo. Tenía el arma homicida en su poder. Quisiera que viniese mañana a mi despacho a las nueve de la mañana para que la interrogara el teniente Rowcliff.

Wolfe frunció el entrecejo.

—Ese Rowcliff es el mismo que vino un día a registrar mi casa provisto de un mandamiento judicial, ¿eh?

—Sí... ¿No lo ha olvidado aún?

—No... Ni a usted tampoco. Entra,

Fritz.

—Un caballero pregunta por usted...

Es el señor Stahl, que ya estuvo esta tarde.

—Hazle pasar.

# CAPÍTULO VIII

El agente federal entró con el mismo traje y los mismos modales. El único cambio visible en él era que se había limpiado el calzado. Cramer le lanzó una mirada de disgusto, reprimió un gruñido y se apoyó sobre el borde de mi mesa de despacho.

Stahl se excusó diciendo con su voz educada:

—No sabía que estaba usted ocupado, señor Wolfe... Lamentaría interrumpirle...

—Todavía estaré ocupado durante largo rato. ¿Necesita usted verme a solas?

El agente federal frunció las cejas y recorrió con la mirada los rostros de los reunidos.

—Tal vez no sea necesario... Se trata únicamente de la disposición sobre la necesidad de inscripción de los agentes al servicio de empresas extranjeras.

—¿Qué hay de eso?

—Nada... Que quería convencerme de que ha comprendido usted todos los artículos.

—Yo creo que sí.

—No lo pongo en duda, señor. El párrafo quinto dice textualmente: «Todo

aquel que conscientemente deje de hacer cualquiera de las declaraciones estipuladas, en cumplimiento de estas disposiciones, hiciere una declaración falsa de un hecho material o conscientemente omitiera la declaración de un hecho material estipulado en la misma, será, convicto de su delito, penado con una multa no mayor de mil dólares o con prisión no mayor de dos años, o ambos castigos a la vez.»

—Lo he comprendido perfectamente.

—Otra sección de la disposición define como agente de una empresa extranjera a todo individuo, compañía, asociación o corporación que obra o actúa como agente representante de una

empresa extranjera, y la empresa extranjera es definida como el gobierno de un país extranjero, persona domiciliada en el extranjero, o cualquier casa extranjera, sea compañía, asociación, corporación u organización política.

—Tenga la bondad de repetirlo.

El agente lo hizo así.

Wolfe movió la cabeza negativamente.

—Creo que no tengo necesidad de hacer declaración ni inscripción alguna. En este momento estoy actuando al servicio de una joven llamada Neya Tormic, que es extranjera, pero no es casa, compañía, asociación, corporación

ni organización política, ni está actualmente domiciliada en el extranjero.

—¿Dónde está?

—Sentada ahí.

El agente federal miró a Neya, la examinó atentamente; luego se volvió a Wolfe y repitió el examen. Finalmente movió la cabeza y dijo:

—Yo tampoco lo sé. Ésta es una situación con la que no me he enfrentado nunca. Tendré que consultar al fiscal general. Ya le notificaré la contestación que logre.

Inclinóse con perfecto aplomo, giró sobre sus talones y se marchó.

Cramer levantó las manos y se

dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se volvió para decir:

—No creo una palabra de todo cuanto me ha dicho, Wolfe. Vamos, Sttebins. Tráigase el guante y lo otro. Y usted, señorita Tormic, esté preparada para mañana a las ocho y media. Uno de mis hombres irá a buscarla a su piso para conducirla a mi despacho. ¿Estará usted allí?

—Sí.

—Buenas noches.

Y Cramer salió con Sttebins pegado a los talones.

Wolfe bebió un largo trago de cerveza mientras yo reprimía un bostezo.

Neya Tormic preguntó, arrugando la

frente:

—¿Ha sido un error por mi parte hacer esa confesión? Creí que era lo único que podía hacer.

—¿Es ésa la verdad? —preguntó Wolfe.

—Sí.

—¿Se ha dado cuenta de que con su declaración ha confirmado la coartada de Faber?

—Sí.

—¿Y de que sin esa coartada a estas horas estaría usted detenida acusada de homicidio?

—Sí.

—¿Sabía usted que Ludlow era un agente del gobierno británico?

—Sí.

—¿Y que Faber es un agente del gobierno alemán?

—Sí.

—¿Es usted agente de algún gobierno?

—No.

—¿Y la señorita Lovchen?

—Tampoco.

Wolfe se volvió un poco en su asiento.

—¿Mató usted a Rudolph Ludlow, señorita Lovchen?

—No, señor.

—¿Ni tiene la menor idea de quién pudiera ser el asesino?

—No, señor.

Wolfe suspiró.

—Veamos los otros. ¿Sabe usted si Nikola o Jeanne Miltan, Driscoll, Gill, Barret, la señorita Reade o Zorka estaban relacionados con Ludlow política o personalmente?

Neya clavó los ojos en Carla y luego los posó en Wolfe. Abrió la boca, la cerró y finalmente dijo:

—No sé hasta qué punto llegarían sus relaciones. Todos ellos se conocían entre sí. No hace mucho que nosotras estamos empleadas allí.

—¿Conocieron a Ludlow y a Faber en casa de Miltan?

—Sí.

—¿Cómo se enteró usted de que eran

agentes de gobiernos distintos?

—Pues, porque... me lo dijeron ellos mismos.

—¡Caramba! ¿Se lo dijeron para iniciar la conversación?

—Verá usted... El caso es que me lo dijeron... Supongo que no ignorará que en ciertas condiciones un hombre es capaz de decir muchas tonterías a una mujer...

—¿Era usted amiga íntima del señor Ludlow? ¿Lo es del señor Faber?

—¡Oh, no!

—Sin embargo, ambos le confesaron que eran agentes secretos... Dice usted que no es agente de ningún gobierno... ¿Y agente político? ¿No habrá venido

usted a este país con una comisión política?

—No.

—¿Y usted, señorita Lovchen?

—Tampoco.

—Mienten las dos.

Ambas lo miraron de hito en hito. Neya alzó la barbilla. Los ojos de Carla se redujeron, quedando empero lo suficientemente grandes para satisfacer sus necesidades ordinarias.

Wolfe continuó diciendo:

—Como intrigante, señorita Lovchen, es usted increíblemente descuidada. Dos veces, desde que entró en esta habitación, ha mirado hacia el lugar del armario-biblioteca en que se

halla el volumen «Yugoslavia Unida». Sé que usted puso cierto documento en ese libro, pero yo mismo lo quité de allí y lo guardé en otro sitio.

Neya continuó mirándole con fijeza, pero Carla dio un salto hacia él con el rostro palidísimo y gritó:

—Yo no quería... más que...

—Usted sólo quería tenerlo ahí guardado. Está más seguro donde lo he puesto yo. La razón de que mencione ese documento...

—¿Dónde está?

Los ojos de Neya Tormic eran dos puñales envenenados. Levantóse y se acercó a la mesa de Wolfe con un movimiento que me recordó la estocada

de Milton a un enemigo imaginario para demostrarme cómo se hacía el ataque en cuarta.

—¿Dónde está? —repitió.

Pero se volvió al notar que Carla, que también se había levantado, la había asido por un brazo. Debatióse para soltarse, pero Carla se aferró con fuerza y dijo:

—¡Neya! ¡Neya! ¡Siéntate...! ¿No te das cuenta de...?

Neya le dirigió un torrente de palabras para las cuales carecía de símbolos yo, así es que no habría podido anotarlas aunque hubiese tenido delante el cuaderno de taquigrafía. Carla le contestó, aunque no en torrente, sino

fría, serena y dueña de sí misma.

Wolfe las interrumpió al decir:

—Les advierto que comprendo el serbiocroata.

—¡Oh! —exclamaron ambas al unísono.

Hubo un largo silencio que interrumpió al fin Carla Lovchen para decir:

—Tenga la bondad de devolverme el documento, señor Wolfe. Lo necesito.

Wolfe respondió serenamente:

—Ya sé que lo necesita, señorita Lovchen, pero no accedo ni siquiera a discutir este asunto si no se sientan ustedes y se conducen como dos muchachas bien educadas.

Sentáronse las dos.

—Así... He mencionado lo del documento únicamente para demostrarles que sé que han mentido al afirmar que no se hallaban en nuestro país con una misión política... Supongo que también mentirían a la policía, ¿eh? Claro que sí... ¿De dónde sacó usted el documento a que nos referimos, señorita Lovchen?

Carla tardó un momento en contestar. Al fin dijo:

—Lo robé.

Neya rugió:

—¡No lo robaste tú! ¡Fui yo!

Wolfe se encogió de hombros.

—Divídanse los laureles... ¿A quién

se lo robaron?

—A la persona que lo tenía.

—¿A la princesa Vlandanka Donevitch?

—No se lo diremos.

—Perfectamente. Eso es preferible a que intenten engañarme. ¿Está la princesa en Nueva York ahora?

—No le diremos nada ni sobre ella ni sobre ese documento.

—Mire, señorita Tormic. Está usted en peligro... en peligro de muerte. La insostenible coartada de Faber es lo único que se opone en este instante a que la acusen de asesinato. ¿Quiere usted que la ayude a eludir ese peligro?

—Sí. —Por un instante pareció que

Neya iba a sonreírle, pero no sonrió—  
Sí —repitió.

—¿Podrá usted pagarme los honorarios que acostumbro a cobrar en estos casos? Tenga en cuenta que ascenderán a varios millares de dólares.

—¡Oh, Dios mío...! ¡No podría!

Miró a Carla y añadió:

—Pero procuraría...

—Cuando usted envió aquí a la señorita Lovchen, esperaba que la ayudara por el único hecho de ser mi hija adoptiva, ¿no es así?

Ella asintió:

—Sí... Yo creía que sus sentimientos...

—La grasa me impide tener

sentimientos. Si me hubiese conservado delgado y hubiera continuado llevando la vida de antes, ya hace mucho tiempo que estaría muerto. Tenga en cuenta que no posee prueba alguna de que sea mi hija. Usted se limitó a enviarme a Carla con un documento firmado por mí, pero ese documento, como el otro, pudo robarlo cualquiera de ustedes...

Carla exhaló una exclamación de indignación. Neya se levantó con fulgurante mirada.

—Si de veras me cree capaz de eso no vale la pena que continuemos...

—No creo que lo haya hecho, pero pudo hacerlo. Tenga la bondad de sentarse otra vez, señorita Tormic.

Gracias... En otro tiempo, yo era estúpidamente romántico... Creo que lo soy todavía, pero sé contenerme... Creí romántico, cuando era un niño, hace veinticinco años, ser agente secreto del gobierno austríaco... Mi progreso hacia la madurez fue interrumpido por la guerra mundial y al mismo tiempo mi experiencia. La guerra no hace madurar a los hombres, sino que los sume en el proceloso mar del terror y del desprecio a la vida... Después de la guerra yo estaba todavía delgado, muy delgado... En Montenegro asumí la responsabilidad de subvenir al sustento y a la educación mental y física de una huerfanita de tres años al adoptarla... Hice otras cosas que

precipitaron mi madurez... Lo otro que hice en Montenegro me obligó a salir de allí, dejando a la muchacha, según creí, en buenas manos y regresando a América.

Wolfe se arrellanó en su asiento, entornó los párpados y murmuró:

—Prosiga usted.

Neya dijo:

—Me dejó usted en Zagreb con Pedro Brovnik y su esposa.

—Eso es verdad. ¿Cómo se llama usted?

—Ana. Cuando acababa de cumplir los ocho años, el matrimonio a quien usted me confió fue arrestado, siendo fusilados ambos como revolucionarios

al día siguiente... No lo recuerdo muy bien, pero creo que...

—Sí —murmuró Wolfe ceñudo—. Durante tres años el dinero que yo continué enviando se lo estuvo apropiando alguien en nombre de Pedro Brovnik, y cuando entré en sospechas y me dirigí allá, aunque ya no estaba delgado, no pude encontrar a nadie. Ni hallé a la muchacha ni me dieron noticia alguna de su paradero ni del destino que se había dado a mi dinero. Me metieron en la cárcel y el cónsul americano logró sacarme de allí, dándome las autoridades diez horas de plazo para abandonar el país. Desde entonces no he vuelto a Europa ni a la cárcel... ¿Dónde

estuvo usted?

—No puedo decírselo.

—O me lo dice o se va de aquí para no volver... Y recuerde que tengo en mi poder el otro documento que robó una de ustedes dos y que su amiga dejó guardado en un libro mío para mayor seguridad...

Carla intervino:

—Díselo, Neya.

—¡Carla! Entonces se enterará...

—Díselo.

—Y no me mienta —la aconsejó Wolfe—, porque no tardaré en saber toda la verdad cuando reciba contestación al cable que he dirigido a Europa.

Neya se encogió de hombros y dijo:

—Cuando arrestaron a los Brovnik yo fui enviada a una institución. Un año más tarde fui sacada de allí por una señora apellidada Campbell.

—¿Quién era esa señora?

—La secretaria inglesa del príncipe Pedro Donevitch.

—¿Y para qué la quería tener consigo?

—Porque visitó la institución y le fui simpática. Quiso adoptarme, pero no pudo hacerlo legalmente por causa suya.

—¿Y por qué no se puso en comunicación conmigo?

—Pues, a causa de sus relaciones con... individuos como los Brovnik, así

como por su situación en casa del príncipe Donevitch... No le habría gustado tener rencillas con un americano.

—Claro... No se puede fusilar a un hijo del Tío Sam así como así... Entonces, fue ella la que se apropió el dinero que yo estuve enviando —durante tres años... ¿En?

—Lo ignoro.

—¿Dónde está la señora Campbell ahora?

—Murió hace cuatro años.

—¿Dónde se fue a vivir cuando ella murió?

—Continué donde estaba.

—¿En casa de Donevitch?

—Sí.

—¿Vivía allí también el joven príncipe Stéfano?

—Sí... Él y... sus hermanas.

—¿Y su esposa?

—Cuando se casó, también...

Contrajo matrimonio hace dos años.

—¿La trataban a usted como si fuese de la familia?

—No.

La muchacha titubeó y luego añadió enfáticamente:

—No, ni mucho menos.

Wolfe se volvió de repente a Carla Lovchen y le preguntó a quemarropa para cogerla de sorpresa:

—¿Es usted la esposa de Stéfano?

¿La princesa Vladanka?

—¿Yo? —exclamó—. *Boga ti!* ¡No!

—Sin embargo, se hallaba usted en posesión del documento que puso en mi libro.

Neya intervino:

—Le dije antes, señor Wolfe, que ese documento lo robé yo y no siempre miento.

—¿Dónde lo robó, en Zagreb o en Nueva York?

—No puedo decírselo. Haga usted lo que quiera.

Wolfe gruñó:

—Su maldita misión política la obliga a guardar silencio. Morir antes que hablar. Yo también era aficionado a

esos papeles estúpidos en otro tiempo... Bien, supongo que, puesto que vivió usted en la misma casa de la princesa Vladanka, debe conocerla perfectamente. ¿Es usted amiga de ella?

—No.

—¿Cómo es la princesa?

—Inteligente, bella, egoísta y traicionera.

—¿De veras? Descríbame.

—Es alta... Mueve sus brazos como si fueran serpientes... Su rostro forma un óvalo perfecto y sus ojos son tan negros como los míos, a veces más...

—¿Está en Zagreb ahora?

—Estaba cuando yo me vine... Se decía que pensaba ir a París a ver al

anciano príncipe Pedro y luego a América.

—Miente usted.

Neya miró a Wolfe a los ojos.

—A veces es necesario mentir — dijo lentamente—. Hay muchas cosas de las que no puedo hablar.

—¡Ja, ja...! ¡Sobre su cadáver! ¡Lleva usted grabado en su corazón los tatuajes de un viejo bandido...! ¿Cuándo terminará su misión política?

—Yo espero que... mañana...

—Ya es más de medianoche... ¿Quiere usted decir hoy?

—Sí. Pero me hace falta ese documento. No tiene usted ningún derecho a quedarse con él. Cuando

aquel imbécil de Driscoll armó el escándalo por el supuesto robo de sus diamantes, temí que la policía registrara hasta el piso donde yo vivo y entonces pensé en usted, en el americano que me adoptó cuando yo era una niña. Había traído conmigo el certificado de adopción cuando salí de Zagreb. La señora Campbell me lo dio antes de morir... Carla y yo pensamos que el documento estaría más seguro en su casa que en cualquier otro lugar y creímos haber encontrado el modo de guardarlo aquí sin que usted se enterara, de forma que pudiéramos recobrarlo fácilmente en cuanto pasara el peligro... ¡Devuélvame!

—¿Espera usted realmente dar cima hoy mismo a su misión?

—Sí.

—¿Se da usted cuenta de que la policía no le permitirá que salga de Nueva York hasta que se resuelva este caso de homicidio?

—Pero... ¿no ha dicho usted que mi coartada...?

—Su coartada no esclarece el caso. No haga tonterías. Cuando termine su misión no vaya a intentar embarcarse disfrazada de Nereida... ¿Quién es *Madame Zorka*?

Las dos muchachas miraron a Wolfe sorprendidas.

—¿No la conocen?

Carla lanzó una carcajada. Neya declaró:

—Zorka es... poco más que nadie...

Una modista...

—Eso tengo entendido... Pero ¿de dónde sacó ese nombre que es el de la hija del rey Nikita de Montenegro?

—La reina Zorka murió...

—Lo sé... ¿De dónde sacó la modista ese nombre?

Carla rió otra vez.

—Supongo que lo leería en algún libro.

—Bueno... Ya es hora de que se marchen. Mañana tendrá usted que comparecer ante Rowcliff y le conviene descansar... Mañana, a las once, le

entregaré el documento... Buenas noches, señorita Tormic... Buenas noches, señorita Lovchen.

Las acompañé hasta la puerta de la calle y luego eché el cerrojo.

—*Hvala Bogu!* —exclamé cuando volví al despacho—. Me gustan las montenegrinas, pero ya es hora de irse a la cama... Y no obstante tendré que ir todavía a la calle Cuarenta y Ocho a recoger el coche... Señor Wolfe, tengo el presentimiento de que este caso llegue a tener un desenlace romántico... Cuando llegue la luna llena le pediré formalmente en esta habitación la mano de su bellísima hija... Pero tendrá que ayudarme a quitarle el feo vicio de

mentir...

—¡Cállate!

—¿Voy a recoger el coche?

—No tienes más remedio que hacerlo... ¿A qué hora vendrá Saúl?

—A las nueve de la mañana.

—Llámale por teléfono y dile que traiga el sobre.

—¿Se lo va a devolver de verdad?

—Claro que sí. Quiero saber lo que piensa hacer con ese documento, ¿Vendrán también Fred y Orrie a las nueve?

—Sí... ¿Hay que seguir a alguien?

—Seguir... No... Es para proteger...

No olvides que el señor Faber quiere apoderarse de ese papel.

—El fenómeno sin mentón sabía dónde estaba... Y, puesto que fue Carla quien lo puso allí, es de presumir que fue ella la que se lo dijo... ¿O sería algún miembro de su familia, señor Wolfe?

—No tengo familia.

—Una hija se considera comúnmente como un miembro de nuestra familia. En este caso no es exagerado decir que una hija es una familia... Cuando me case con ella tendré inevitablemente que llamarle a usted papá...

—¡Archie, te juro...!

—Y seré su heredero cuando usted muera... Seré el beneficiario de su seguro de vida... Pero jugaremos al golf

como padre e hijo. Luego, le permitiré que tome al niño en brazos... ¿Qué diablos será eso?

El timbre de la puerta acababa de sonar en aquel instante.

# CAPÍTULO IX

—¡Soy Donald Barret! —respondió el visitante nocturno cuando le pregunté por el resquicio de la puerta.

Abrí y le hice pasar, conduciéndole seguidamente al despacho.

—Señor Wolfe —dije—, este caballero es Donald Barret, que desea hablar con usted.

—Tenga la bondad de sentarse, señor Barret, y decirme a qué debo el honor

—Quería preguntarle si el individuo

que envió usted a casa de Milton representaba realmente a la señorita Tormic.

—¿Qué individuo?

—Su ayudante —movió la cabeza en mi dirección y añadió —: Goodwin.

—Señor Barret, no soy obtuso, pero me gusta que designen a las personas por sus nombres. El señor Goodwin actuaba, efectivamente, en nombre de la señorita Tormic.

—Eso es lo que él dijo.

—Y ella lo confirmaría, ¿eh?

—Sí. No obstante, aquello se refería únicamente al asunto de los diamantes de Driscoll... ¿La representa usted todavía...? Me refiero a este caso de

homicidio.

—¿Hace usted esa pregunta como amigo curioso?

—Como amigo, sí... Pero no es mera curiosidad.

—Pues bien, sí... Continúo representando a la señorita Tormic... ¿Qué puede inducirle, además de la curiosidad, a hacer esta pregunta?

—Verá usted... Conocí a la señorita Tormic y a la señorita Lovchen hace un par de meses y les proporcioné el empleo que tienen actualmente en casa de Miltan... Como quiera que son extranjeras, me siento responsable en cierto modo de lo que pudiera ocurrirles y quería convencerme de que su

consejero en este caso es una persona capacitada y digna...

—¿Y se ha convencido?

—Sí.

—Le agradezco mucho su buena opinión sobre mí, señor Barret.

—Hay algo más, señor Wolfe... Quisiera que procurara que no mezclen su nombre en este escándalo... Se murmura que la señorita Tormic puso algo en el bolsillo del abrigo de ese indivi... del señor Goodwin... Si la policía se enterara, Dios sabe lo que ocurriría... Yo, sinceramente, no creo que ni la señorita Tormic ni nadie hiciera tal cosa... ¿Encontró usted algo en el bolsillo de su abrigo, Goodwin?

—Claro que sí —respondí—. ¡Los diamantes de Driscoll!

—No le tolero...

—Perdóneme, señor Barret — interrumpióle Wolfe—. Si conocemos detalles que creemos deben permanecer secretos en interés de la señorita Tormic, no los revelaremos ciertamente ni a la policía ni a nadie, incluyendo a usted... Si ha venido aquí buscando información de esa clase va a llevar una decepción.

—Soy amigo de la señorita Tormic.

—Entonces le satisfará comprobar que dispone de discretos consejeros.

—Desde luego que sí... Pero no ignoro que colaboran ustedes a veces

con la policía y si malo es que ella, la señorita Tormic, fue la última que vio a Ludlow vivo, después de haber estado esgrimiendo con él, ese rumor de que puso algo en el bolsillo de... Goodwin empeoraría mucho su situación... Si la policía llega a saberlo la interrogarán empleando sus habituales métodos de persuasión... Por eso quiero hacerles observar que...

—Mire, señor Barret; tal vez carezcamos de innata sutileza, pero la experiencia nos ha enseñado muchas cosas, por ejemplo, a no desperdiciar municiones lanzándolas a tontas y a locas sobre el enemigo, sino distribuyéndolas para defendernos o

trocándolas por algo mejor... Y a propósito, ¿no se ha encontrado usted con la señorita Tormic cuando venía hacia acá?

—No... ¿Acaso estuvo ella aquí?

—Sí... Vino acompañada de su amiga, la señorita Lovchen, y estuvimos hablando un buen rato... Se marcharon poco antes de llegar usted... Por eso le he preguntado si la vio.

—No.

—¿Tuvo usted oportunidad de hablar con ella detalladamente de todo esto?

—No. La policía me interrogó a mí en primer lugar y me dejaron salir alrededor de las ocho... Ella se quedó allí... Ignoro hasta cuándo...

—¿De veras...? Es extraño que siendo usted tan amigo suyo como asegura, la dejara allí...

—¿Qué otra cosa podía hacer...? La casa estaba llena de agentes y yo no sabía el tiempo que la señorita Tormic tardaría en salir... Además, lo que yo haya hecho o dejado de hacer no es asunto suyo...

—Tiene usted mucha razón, señor Barret.

El tono de Wolfe, como de costumbre, no se alteró cuando dijo, después de trazar un circulito con el pulgar en la pulida caoba del brazo de su sillón:

—...Pero esto sí es asunto mío...

¿Dónde ha escondido usted a *Madame*  
Zorka?

# CAPÍTULO X

Abriéronse la boca y los ojos de Barret, detúvose su aliento. Las dos primeras cosas pudieron ser consecuencia de inocente sorpresa, la tercera no. Pero no tardó en recobrar el dominio sobre sí mismo. Miró con fijeza a Wolfe y plegando sus cejas suaves y bien diseñadas, preguntó:

—¿Dónde he escondido a quién?

—A *Madame Zorka*.

Movió la cabeza.

—Si es un chiste, tendrá usted que

explicármelo. No lo comprendo.

Wolfe dijo pacientemente:

—Se lo explicaré. *Madame Zorka* telefoneó aquí esta tarde y dijo que había visto cómo la señorita Tormic ponía algo en el bolsillo del abrigo del señor Goodwin y añadió que se disponía a informar inmediatamente a la policía.

—¡Qué diablos...!

—Le ruego que no me interrumpa... El señor Goodwin la convenció para que demorara su llamada hasta que llevara a la señorita Tormic al piso de *Madame Zorka* y discutieran sobre el hecho. Cuando unos minutos más tarde llegaron ambos allá, encontraron el piso

vacío y se enteraron de que *Madame Zorka* se había marchado un cuarto de hora antes, llevándose consigo una maleta y un bolso... Entonces el señor Goodwin trajo aquí a la señorita Tormic y a su amiga, la señorita Lovchen...

—Bueno, ¿y qué...?

—Las dos muchachas estuvieron hablando conmigo unos minutos y se marcharon... Poco después llegó usted... De sus manifestaciones, señor Barret, se desprenden las tres consecuencias siguientes: *a)* Que alguien le ha dicho que vio a la señorita Tormic metiendo algo en el bolsillo del abrigo del señor Goodwin; *b)* Que esa información, según declaración de la misma persona

no ha llegado todavía al conocimiento de la policía...; y c) Que sí ha llegado al mío... Las dos primeras pudo conocerlas usted por infinidad de medios, pero no así la tercera. No es posible que supiera usted que esa información había llegado a mí a menos que *Madame Zorka* se lo comunicara telefónicamente después de hacerlo con nosotros.

Barret se levantó, pensando indudablemente que había llegado la hora de marcharse.

—Si ésas son las deducciones...

Wolfe le interrumpió:

—Mire, no quiero perder tiempo metiéndole en la cabeza cómo he llegado a saber lo que sé. Tengo la plena

seguridad de que *Madame Zorka* le dijo a usted todo cuanto me reveló a mí....

—¿Y qué?

—¿Confiesa que fue así?

—Sí.

—¿Se lo dijo por teléfono?

—Sí.

—Y usted, como amigo de la señorita Tormic, se dio cuenta que el único modo de impedir que lo que Zorka sabía llegara a oídos de la policía era encerrarla en cualquier sitio... y logró persuadirla para que le acompañara. Luego pensó usted en la posibilidad de que yo me fuera de la lengua y vino aquí para tapar ese agujero... ¿Dónde está *Madame Zorka*, señor Barret?

—Lo ignoro. Supongo que estuvo en su casa hasta que la vieron salir con la maleta y el bolso, como, según usted, le dijeron a Goodwin... No me gusta el modo como conduce usted este asunto y voy a aconsejar, a la señorita Tormic que se ponga en manos de un buen abogado.... ¿Cuánto pide usted por no revelar a la policía que alguien vio a la señorita Tormic poner algo en el bolsillo del abrigo de Goodwin?

Me levanté y di un paso hacia él.

—No, Archie —dijo Wolfe—. Déjame...

—Perdóneme —gruñí—. Hay veces que usted pierde la cabeza y hay veces que la pierdo yo. Haré una concesión.

Iba a pegar y a hablar después, pero hablaré primero.

Puse mi rostro a dos palmos del de Barret y añadí:

—Me estoy conteniendo a duras penas... Ha dado usted a entender que esta oficina tiene un departamento sucio... ¿Qué prueba tiene usted de eso? Hable como un hombre, aunque no lo sea... Le advierto que estoy fuera de mí... ¿Tiene alguna prueba?

—No... No he querido decir...

—¿Se retracta de lo que ha dicho?

—Sí.

—Sinceramente... Preferiría que dijera que no... ¿Se retracta de lo que ha dicho?

—Sí.

—¡Espantajo! —exclamé. Yo volví a mi silla.

Wolfe tomó entonces la palabra:

—Tendrás que aprender a reprimir esos impulsos, Archie. La violencia física, a menos que se lleve a un extremo intolerable, es un arma miserable. — Señaló con un dedo a Barret y añadió—: No es que tenga objeción alguna que hacer a la violencia, cuando se hace necesaria, como en este caso... No me importa conocer lo que indujo a *Madame Zorka* a decirle por teléfono que había estado hablando conmigo; tampoco me importa la modalidad persuasiva que utilizara usted con ella.

Pero es obvio que, la escondiera usted o no, por lo menos, sabe dónde se halla en este instante, puesto que fue usted quien le hizo recoger sus cosas y marcharse...

Barret emprendió la marcha hacia la puerta.

—¡No se vaya, señor Barret! —gritó Wolfe—. A menos que quiera que todo el mundo se entere de lo que se refiere a las concesiones de los bosques bosnios y de los créditos yugoslavos...

He de confesar que la violencia de Wolfe fue mucho más efectiva que la mía... Yo acababa de hacerle tragar un poco de bilis, pero las palabras de Wolfe le helaron la sangre. A tres pasos de la puerta se detuvo, quedando con el

cuerpo rígido y las mejillas del color de la cera virgen. Volvióse lentamente, miró con fijeza a Wolfe y yo tomé asiento en mi silla para gozar del espectáculo.

Le vi humedecerse los labios con la lengua un par de veces. Luego avanzó hacia la mesa de Wolfe y le oí decir con voz quebrada:

—¿Qué ha dicho? ¿Sabe usted lo que ha dicho?

—Claro que sí... Me he referido a un caso de bandidaje... El eufemismo utilizado para evitar la pronunciación de esta fea palabra es «finanza internacional», representada en este caso por la firma Barret & De Russy...

—¿Qué quiere decir?

—No quiero añadir más detalles, señor Barret. Usted los conoce mejor que yo, sobre todo lo referente a la cuantía de los créditos en poder de su firma y la extensión de las relaciones con la banda de Donevitch. No quiero suministrarle más detalles con el objeto de hacerle víctima de un chantaje, que es el móvil que me guía en este asunto. Deseo ver a *Madame Zorka* y tengo la seguridad de que usted me ayudará en vez de consentir que este despojo de Yugoslavia sea expuesto a la curiosidad pública.

Barret, inmóvil y silencioso, continuó mirándole. Al suroeste de su

oreja, sobre el borde de su cuello almidonado, pude ver cómo se hinchaban los tendones de su aristocrático pescuezo. Finalmente dijo:

—¿A quién está sirviendo usted?

—A la señorita Tormic.

—Le he preguntado, ¿a quién está sirviendo...? ¿A Roma?

—Ya le contesté que a la señorita Tormic... Actúo en un caso de asesinato y sólo obro en interés de mi cliente...

—¿Cree que soy tonto...? ¿Qué es lo que quiere venderme y a qué precio?

Lo dejé pasar. Si pensaba continuar insultándonos era preferible esperar a que terminara y cancelarlo todo de una vez.

Wolfe se arrellanó en su poltrona y suspiró:

—¿Quiere usted tener la bondad de sentarse, señor?

—Estoy mejor de pie.

—Entonces haga el favor de hacerse más allá. Estoy incómodo con la cabeza levantada... Y ahora, escuche... Se equivoca al suponer que represento a alguien con intereses amistosos u hostiles hacia usted en su empresa sobre los Balcanes... ¿Le extraña que esté enterado de eso...? Lo comprendo... Pero, no obstante, debe creerme al decirle que no tengo el propósito de exigirle una parte del botín... Por increíble, por inmoral que pueda

parecer eso a un hombre de su instinto y educación, señor Barret, no le pido nada más que conduzca al señor Goodwin al lugar en que tiene secuestrada a *Madame Zorka* para que me la traiga aquí... Si no lo hace enviaré un informe a tres sitios distintos, advirtiéndolo a varios personajes del proyecto raid de su razón sobre la propiedad del pueblo yugoslavo... Usted sabe mejor que yo el escándalo que tal noticia produciría... No complique las cosas suponiéndome capaz de una codicia y de una corrupción muy superiores a los límites que me he figurado... Sufre usted la enfermedad de todo el que se halla siempre ocupado... Cuando un financiero

internacional se ve frente a un hombre armado de una pistola, no solamente se apresura a entregarle el dinero y las alhajas que lleva encima, sino también los pantalones y la camisa, porque no se le ocurre pensar que el que le amenaza puede ir buscando otra cosa... Yo quiero que me entregue a *Madame Zorka* y nada más. Cuando la haya visto y hablado cesaré de representar una amenaza para usted... a menos que haya sido usted el asesino de Percy Ludlow. ¡Archie! Ve con el señor Barrett a recoger el coche. Él te acompañará hasta el lugar donde tiene a *Madame Zorka*... ¿Está muy lejos de aquí, señor Barret?

El «financiero», inmóvil, parecía

querer coordinar sus pensamientos. Movía silenciosamente los labios y continuaba mirando a Wolfe.

—Si se atreviera a contar lo que sabe a alguien... —masculló finalmente.

Wolfe respondió secamente:

—No me amenace porque será peor.

¿Dónde está *Madame Zorka*?

—No lejos de aquí.

—¿En la ciudad?

—Sí.

—Bien. No intente hacer ninguna jugarreta al señor Goodwin. Tiene muy mal genio y sería capaz de darle un disgusto serio.

—Volveré aquí con ellos. Quisiera hablar con usted antes...

—No. Esta noche, no. Mañana... ¡No le dejes venir con vosotros, Archie!

—Está bien... ¡Vámonos, Barret...!, tengo unos deseos horribles de terminar todo esto para acostarme. Crea que me rinde el sueño.

\* \* \*

No era muy moderna la casa frente a la que nos detuvimos, sino un viejo edificio cuyos días de gloria pertenecían a un remoto pretérito. El entresuelo estaba oscuro como boca de lobo. Barret sacó una llave, abrió una puerta y nos adentramos en un pequeño pasillo al final del cual encontramos un diminuto

ascensor. Ascendimos cinco pisos y luego tuvimos que subir un tramo de escaleras. El lugar no era precisamente mísero, pero tampoco tenía nada de fastuoso.

Desde el final de la escalera, Barret me precedió a través de una especie de vestíbulo y utilizó otra llave para abrir una puerta de sólida apariencia. Le seguí, cerró la puerta y se volvió para gritar:

—¡Uuuuuuu!

Una voz femenina contestó:

—¡Aquí, pichoncito!

Olía a perfumes. La temperatura del *foyer* era superior a los noventa grados. Imité su ejemplo, cuando se quitó el

sombrero y el abrigo, pero él se volvió a mí y me dijo:

—Espere aquí un momento.

No le hice caso y le seguí a una habitación grande y extraña llena de calor, de olores sintéticos, de gruesas alfombras, divanes, cojines, mesitas con chucherías y... un par de damiselas. Las dos estaban tendidas, una sobre un diván, la otra en una *chaise-longue*.

Zorka, con un kimono rojo desabrochado movió una mano en un gesto de bienvenida a Barret y al advertir mi presencia, se quedó con la mano en el aire.

Belinda Reade, en traje de Eva, exclamó:

—¿Cómo está mi pi...?

Se interrumpió de repente, lanzando un ¡oh! de sorpresa y se apresuró a cubrirse con una bata azul pálido que había en el respaldo del diván.

# CAPÍTULO XI

Barret se volvió a mí y gruñó:

—¿No le dije que esperara allí fuera?

—¿Qué importa...? Cuando tengo la mente ocupada en asuntos profesionales ni veo ni oigo ni...

—¡Mira! —exclamó Belinda con inocente delicia—. ¡Si es el detective...: ¿Quiere beber algo?

Dispúsose a mezclarme un *whisky and soda*. Zorka tenía un vaso lleno en la mano, habíase incorporado un poco

en la *chaise-longue* apoyándose en un codo y me miraba estúpidamente, sin aparente intención de decir nada.

—¡Cállate, Bel! —gruñó Barret—. Este individuo ha venido...

Volvióse a Zorka.

—...ha venido por usted...

—Bebe —insistió la señorita Reade—. Nunca he bebido con un detective, especialmente con uno tan guapo como tú... Ven, siéntate a mi lado y bébete esto...

Zorka murmuró:

—Quiere darle celos, Donald... Está celosa de Neya...

—¿Cómo te llamas? —preguntóme Belinda.

—Llámeme Archie... ¡Beba usted también, Barret! Le vendrá bien...

Me enfrenté con Zorka y dije:

—Cuando me telefoneó usted al despacho de Nero Wolfe y me dijo...

—¿Qué...? ¿Qué habla usted?

—He dicho que cuando me telefoneó usted para decirme que había visto a la señorita Tormic poner algo en el bolsillo de mi abrigo...

—¡Yo no le telefoneé...! ¡Belinda, no le dejes beber más...! ¡Dice que yo le telefoneé! .

—¿Y qué tiene de particular...? ¡Telefoneas a tantos hombres, querida...! No me extraña que lo hicieras... Es encantador.

—Lo será para ti... No le telefoneé...

—No te acordarás...

Belinda clavó en mí sus ojos azules y murmuró:

—Bebe un trago a mi salud, Percy.

—Me llamo Archie, preciosa...

Percy es el nombre del que asesinaron en casa de Milton.

—¡Oh! —exclamó la muchacha enarcando las cejas—. ¡Es verdad...! Por eso estuvimos bebiendo... Para olvidar... ¡Y te he llamado Percy...! ¡Qué gracioso! ¿No crees que es gracioso, pichoncito?

—No —respondió secamente Barret—. Este individuo ha venido en busca de Zorka... Sostiene que ella lo llamó

por teléfono y quiere que lo acompañe a...

—Quiero que me acompañe simplemente a su casa... Está amaneciendo y no es hora de que esté aquí... *Madame*, tome su maleta y su bolso, cálcese, vístase y vamonos... Y usted, Barret, ayúdeme a convencerla para que me siga.

—Si ella no quiere marcharse, yo no puedo...

—¿No?

Me abalancé a un aparato telefónico de metal pintado de rosa que acababa de ver en una mesita, marqué un número y cuando oí la voz de Nero Wolfe, dije en voz alta:

—¿Es la Jefatura de Policía...? Quiero hablar con el inspector Cramer... ¿No está...? ¿Quién es usted...? Es igual, sargento. Dígale en cuanto llegue que hay una mujer que pretende haber visto a la señorita Tormic metiéndome en el bolsillo del abrigo...

—¡Basta ya de estupideces!

Barret, después de arrebatarme el micrófono de la mano, cortó la comunicación, se volvió a Zorka y dijo:

—¡Vayase con él! No quiero más molestias por su causa. Póngase los zapatos. Tome su abrigo y largúese. No perdamos el tiempo.

—Pero... yo... no...

—¡Lárguese!

Uniendo la acción a la palabra, la hizo calzarse sus zapatos, le puso el abrigo y la empujó hacia la puerta. Me apresuré a cogerla del brazo al verla tambalearse y de este modo llegamos hasta la escalera, donde Barret hizo subir el ascensor. Entramos los tres en él, descendimos y alcanzamos la puerta de la calle.

—¿Quiere que le ayude a llevarla al coche? —me preguntó Barret.

—No es necesario... Buenas noches...

\* \* \*

En el camino empecé a hablar a

*madame* Zorka intentando persuadirla de que debía contestar sin ocultar la verdad a todas cuantas preguntas le hiciera Nero Wolfe, pero una mirada me advirtió de la inutilidad de mis esfuerzos.

Zorka estaba dormida como un tronco.

Cuando llegamos frente a la casa de Wolfe detuve el coche, la tomé en brazos y llamé al timbre, sosteniéndola como si fuese un saco de harina.

Fritz exclamó al verme con mi carga:

—¿Está muerta?

—No... Ni siquiera enferma... Cierra la puerta.

La de la oficina estaba abierta. Entré de lado para evitar que se diera un golpe en la cabeza y vi a Wolfe leyendo un libro, que cerró, después de hacer una señal en la página que leía, al verme entrar.

Deposité mi carga en el suelo, en el centro de la alfombra, y dije, señalándola con el dedo:

—*Madame Zorka.*

Wolfe se cruzó de brazos.

—¿Qué le ocurre? —preguntó.

—Nada.

—¿Tuviste necesidad de pegarle?

—No.

—¿Cómo es que está sin sentido entonces?

—No creo que lo esté... Apostaría a que finge estar amodorrada por el alcohol que ha ingerido, pero todo es pura comedia... La encontré en el nidito que Barret tiene a medias con Belinda Reade en la Avenida Madison. Barret suministra los fondos y Belinda el amor. Zorka negó que me hubiese llamado por teléfono y por este motivo tuve que fingir que advertía a la policía para presionarla. Tengo la seguridad de que en este momento no pierde palabra de lo que decimos. Hace demasiado calor aquí para dejarla con ese abrigo puesto.

Cuando le hube quitado el abrigo, Wolfe se levantó, dio la vuelta a su mesa y permaneció un momento mirándola.

—¿Qué es eso que lleva? ¿Una bata de noche?

—No. Yo creo que es una bata de beber.

—¿Y supones que esa inconsciencia es fingida?

—Sí.

—Ahora veremos. —Volvióse hacia la puerta y gritó—: ¡Fritz! ¡Trae una docena de trozos de hielo!

Cuando Fritz apareció con la bandeja en la que venían los trozos de hielo pedido, yo me arrodillé junto a la paciente, le tomé el pulso, le abrí los ojos para examinarle la córnea y anuncié que se hallaba en perfectas condiciones para soportar el experimento. Wolfe, a

mi lado, asintió gravemente y entonces pedí los trozos de hielo a Fritz, tomé uno y lo coloqué suavemente en la mejilla de Zorka, pero el hielo resbaló y cayó. Lo cogí y lo volví a poner, esta vez en la pequeña depresión donde empieza el hombro. Luego tomé otro trozo de hielo, le levanté el brazo y, tan honradamente como pude, estuve manipulando debajo del vestido hasta meter el otro trozo de hielo en la oquedad de su axila, dejándola entonces bajar el brazo.

La reacción fue tan repentina y violenta que me hizo tirar el resto de los trozos de hielo sobre la alfombra, estando yo también a punto de caer de bruces al hacer un esguince para evitar

el doble puntapié que me dirigió al estómago. Ella no se incorporó, sino que se puso en pie de un salto, al tiempo que Wolfe daba dos pasos atrás para hacerle sitio.

Zorka se estremeció espasmódicamente y el trozo de hielo se deslizó desde su axila al suelo. Nos miró frotándose los ojos, entonces vio una silla y se dejó caer en ella.

—¿Qué...? ¿Qué...? —tartamudeó.

—No lo hace bien —repuse—.

Debe decir: «¿Dónde estoy?»

Ella gimió y se puso las palmas de las manos en la frente. Wolfe espero a que Fritz hubiese recogido todos los trozos de hielo, volvió a su asiento, la

miró silenciosamente durante un largo minuto y entonces me dijo:

—¿Qué te parece que debo hacer con ella?

—Usted verá... ¿No me envió a buscarla?

—Pero en ese estado no.

—Mándela a casa en un taxi — propuse.

—No podemos mandarla a su casa. La policía la está buscando. Debe haber alguno en la puerta de su domicilio. Y quisiera hablar con ella antes.

—Háblele, pues.

—Desearía hacerle algunas preguntas. ¿La crees capaz de que me las conteste con coherencia?

—Capaz, sí. Pero dudo que quiera contestar a lo que le pregunte, con hielo o sin él... Inténtelo, no obstante.

—*Madame Zorka*. Soy Nero Wolfe... Quisiera discutir algo con usted... ¿Cuándo estuvo por última vez en Yugoslavia?

Con el rostro cubierto con ambas manos, ella movió la cabeza, gimió y murmuró algo no mucho más inteligible que el gruñido de un oso polar.

—*Madame* —dijo Wolfe pacientemente—, lamento que no se encuentre bien, pero se trata de una pregunta simplicísima.

Y le dirigió un par de frases de las que no entendí ni jota. Ella ni siquiera

movió la cabeza.

—¿No comprende el servio-croata?  
—preguntó Wolfe.

—No —murmuró ella—. Eso no  
comprendo...

Wolfe continuó insistiendo durante toda una hora. Cuando quería era tan paciente como gordo, y al parecer estaba dispuesto a excederse en esta ocasión. Tomé nota taquigráficamente de todo en mi cuaderno y jamás llené tantas páginas con menos información. Zorka no respondió a las preguntas que se le hicieron respecto a cuándo había estado en Yugoslavia, cómo y cuándo había adquirido el nombre que llevaba y si había nacido allá o no. Lo único que

pudo establecerse en principio fue que ella había residido en París, por lo menos una noche, que se había instalado como modista con ayuda de capital prestado, que su lengua materna no era el servio-croata y que no se hallaba en términos muy amistosos con Neya Tormic ni con Carla Lovchen, que había conocido superficialmente a Percy Ludlow y tomaba lecciones de esgrima para no engordar, pero que no era particularmente experta con la espada. Wolfe consiguió hacerle confesar que había llamado por teléfono a nuestra oficina, pero fue un triunfo pobre: no consiguió que recordara lo que había dicho.

A las cuatro y veinte minutos, Wolfe se levantó de su asiento, exhaló un suspiro y me dijo:

—Acuéstala en la habitación Sur, la que da sobre la mía, y cierra con llave.

Ella se levantó también, se apoyó en el borde de la mesa para sostenerse y declaró:

—Quiero irme a mi casa.

—Está rodeada de policías. Como le he dicho antes, están informados de lo que usted me dijo por teléfono. La llevarían a la Jefatura y allí utilizarían medios para hacerle declarar bastante más violentos que los que yo he empleado... ¿Qué decide?

—Dormiré aquí.

—Perfectamente. Buenas noches, *Madame*... Buenas noches, Archie.

Cuando llegamos a la habitación que Wolfe le había destinado, Zorka parecía ya casi dormida. Fritz había colocado encima de su mesilla de noche el jarrón de *cattleyas* de la mesa de despacho de Wolfe. Zorka no dispondría de camisa de dormir ni de zapatillas ni de cepillo de dientes, pero tendría orquídeas. Fritz destapó la cama y me ayudó a sentarla en el borde.

—¿Quiere que le ayude a desnudarse? —pregunté a mi víctima.

Ella movió la cabeza.

—¿Abro la ventana?

Otro gesto negativo.

Salimos. Cerré la puerta por fuera y me guardé la llave en el bolsillo. Eran las cinco menos diez de una noche de noviembre y estaba amaneciendo cuando me dejé caer sobre mi colchón.

A las ocho de la mañana, bañado y vestido, pero con ojeras y atontado, subí al piso superior con una taza de café. Cuando mi tercera y más enérgica llamada quedó, al igual que las otras, sin respuesta, di vuelta a la llave y entré.

Zorka no estaba allí. La cama continuaba igual que Fritz la había dejado, y la ventana de la izquierda, la que daba a la escalera de incendios, se hallaba abierta de par en par.

# CAPÍTULO XII

Descendí a toda velocidad a la habitación de Wolfe, tamborileé un instante en la puerta y entré. Lo encontré acostado, incorporado sobre las almohadas, dispuesto a atacar valerosamente la bandeja del desayuno, compuesto de jugo de naranjas, huevos *au beurre noir*, dos lonchas de jamón de Georgia, patatas cocidas, bollos calentitos y un tazón de cacao humeante.

Al verme me gritó:

—¡No he desayunado todavía!

—Ni yo tampoco —dije amargamente—. No estoy de mejor humor que usted. Así es que nos unen lazos comunes. Acabo de subir a nuestra invitada una taza de café...

—¿Cómo está?

—No lo sé.

—¿Duerme todavía?

—Lo ignoro.

—¿Qué diablos dices...?

—Me disponía a decirle lo sucedido y usted me ha interrumpido. Le ruego que me deje hablar. Zorka se ha marchado. Ni siquiera se acostó. Salió por la ventana que da a la escalera de incendios y es de presumir que llegó a la calle Treinta y Cuatro utilizando el

pasadizo que nosotros empleamos algunas veces. Ahora bien, pues que bajó por la escalera de incendios, tuvo que pasar ante esa ventana, frente a usted, y ya había empezado a amanecer...

—Estaría dormido ya.

—Eso parece. Pero yo esperaba que con una mujer en casa, una mujer que puede muy bien ser una criminal, procuraría usted vencer una debilidad que podía poner en peligro las vidas de...

—¡Cállate!

Tomó una buena porción de jugo de naranja, me miró ceñudo durante cerca de medio minuto y terminó con el jugo.

—Telefonea al señor Cramer —dijo

finalmente— y cuéntale todo lo sucedido.

—¿Incluyendo mi visita al nidito de los tórtolos?

Wolfe hizo una mueca.

—No emplees términos como éstos cuando tengo el estómago vacío. Puedes referirle todo, exceptuando lo que constituye mi amenaza al señor Barret.

—Lo de los bosques bosnios..., ¿eh?

—Sí... Hay que evitar que se enteren de eso hasta el momento oportuno. Si el inspector desea una transcripción de nuestra conversación con Zorka, proporciónasela. Él posee sobrados recursos para vigilar a esa gente y averiguar el paradero de la fugitiva. Si

quiere verme, cítale para las once.

—A esa hora vendrá su hija, señor Wolfe.

—Entonces cita a Cramer para las doce... Luego telefonea a «Seven Seas Radio» y pregunta si tienen algo para mí. En caso negativo, que me envíen lo que llegue inmediatamente, sin demora. Pide una conferencia con el señor Hitchcock, de Londres, para las nueve en punto.

—¿Haya que tomar nota de la conversación?

—No. ¿Quién hay abajo?

—Nadie aún. Pero no tardarán en llegar.

—Cuando venga Saúl, pon el sobre

en la caja de seguridad. Los veré tan pronto como termine de conferenciar con el señor Hitchcock. Mándame primero a Saúl, luego a Fred y finalmente a Orrie... ¿Has desayunado?

—Demasiado sabe que no.

—Pues ve a desayunar, muchacho.

Cuando llegaron Saúl, Fred y Orrie los conduje a la salita de espera. Llamé por teléfono al inspector Cramer y le relaté la triste historia. Él no había dormido mucho más que yo y se indignó al saber que habíamos tenido en nuestras manos a *Madame Zorka* durante dos horas sin advertírselo.

Me dijo que quería una información escrita, no solamente de lo que

habíamos hablado con Zorka, sino también de la conversación con Barret y de mi visita a la Avenida Madison.

Pero no pude escribir mucho, aunque me había propuesto hacerlo. A las nueve se celebró la conferencia con Londres, que no escuché, ya que Wolfe me había dicho que no quería que se tomara nota de ella. Luego envié a Saúl arriba a recibir instrucciones, después de haberle recogido el sobre y guardado en la caja fuerte. Las instrucciones para Saúl debieron ser bastante complicadas, pues pasaron quince minutos antes de que bajara, y cuando lo hizo me pidió tranquilamente cincuenta dólares para gastos. Dejé escapar un silbido y le

pregunté que a quién se proponía sobornar, respondiéndome él que al fiscal del distrito.

Wolfe me llamó por teléfono interior y me dijo que guardara a Fred por el presente y que hiciera subir a Orrie Cather. La misión de éste debió ser muy sencilla, pues volvió casi inmediatamente y me pidió tres mil dólares en billetes de tres.

—¿No quieres calderilla? —le pregunté.

—No... Y date prisa, porque tengo que pasar el día en las bibliotecas públicas...

Sin mirar el fajo de billetes que le entregué, se lo metió en el bolsillo y

salió apresuradamente.

Cuando me disponía a reanudar mi tecleto, llamaron al timbre de la puerta y salí a abrir.

Era Rudolph Faber.

Admito que aquélla era la casa de Wolfe, que yo era un empleado suyo y que la urbanidad es la urbanidad, pero el visitante se tuvo que quitar solo el abrigo y colgarlo por sí mismo en la percha. Entró luego delante de mí en la oficina, porque no quise que me siguiera, y no necesitó que le invitara a sentarse. En el vestíbulo le expliqué que el señor Wolfe jamás recibía por las mañanas, hasta las once dadas, pero me oyó como quien oye llover y yo tomé

asiento a mi mesa y llamé a Wolfe por el teléfono interior.

—El señor Faber acaba de llegar — le dije.

—¿Qué quiere?

—Verle. Dice que esperará.

—Dudo un poco que pueda atenderle antes del almuerzo.

—Ya se lo he dicho.

—Bien... Llama al señor Green.

Pero antes de hacerlo da al señor Faber un buen libro para que se entretenga, y veamos lo que sucede.

—Está bien.

Giré en mi asiento y dije a nuestro visitante:

—El señor Wolfe me necesita

arriba, pero me ha dicho que le dé un buen libro para que no se aburra.

Me levanté, abrí el armario-biblioteca, y cogí el volumen de «Yugoslavia Unida». Luego me volví hacia él para entregárselo.

—Creo que le gustará... Es uno de los dos libros más interesantes que...

Se irguió, tiró el libro al suelo y se dirigió hacia la salida.

Yo troté tras él y conseguí colocarme entre él y la puerta.

—¡Recoja el libro del suelo! —le grité.

Reconozco que era una chiquillada, pero ardía en deseos de alterar lo posible aquellos rasgos inmóviles y

orgullosos, y por otra parte estaba impresionado por los relatos de la Prensa sobre determinados actos de ciertas personas en algunas partes del mundo.

Ofrecíle una segunda oportunidad de salir incólume repitiendo:

—¡Recoja el libro del suelo!

Pero él quiso continuar la marcha hacia la puerta.

No apunté al mentón porque no lo tenía y no estaba dispuesto a sufragar los gastos que originara su estancia en el hospital. En vez de eso, dirigí un gancho de derecha a su ojo izquierdo, dejándome ir...

Abrióse la puerta de la salita de

espera y Fred Dudkin asomó la cabeza.

—¿Me necesitas, Archie? —  
preguntó.

—Ven —le contesté—. ¿Qué  
piensas de esto?

Acercóse y contempló un instante la  
inerte figura de Rudolph Faber.

—¿Cuántos le has propinado?

—Uno tan sólo.

—¡Dios mío! ¿Y te apellidas  
Goodwin...? Algunas veces me siento  
inclinado a pensar... ¿Estuvo tu madre  
alguna vez en Irlanda?

—Cualquier día te verás igual que  
este desgraciado. Quita de ahí, que se  
está despertando.

Faber se levantó poco a poco.

Primero sobre las manos, luego sobre manos y rodillas; finalmente consiguió ponerse en pie. Volvióse lentamente y me miró y yo desvié la mirada para no ver la expresión de sus ojos.

Había tenido la intención de obligarle a recoger el libro, pero no lo hice. Cuando echó a andar hacia la puerta di un paso a un lado y dejé que Fred lo acompañara a la calle. Luego recogí el libro, lo puse en su sitio, me froté los nudillos, abrí y cerré la mano derecha un par de veces y telefoneé a Wolfe. Su respuesta fue un gruñido ininteligible.

Quise proseguir mi obra mecanográfica, pero no me dieron

tiempo. Además de mi repugnancia natural a manchar papel para proporcionar materia legible a un policía antipático, tuve constantes interrupciones. Milton preguntó por teléfono si había alguna noticia, respondiéndole yo mismo que no. Luego, un individuo de San Luis quiso hablar con Wolfe sobre orquídeas, obteniendo una cita para el día siguiente. Orrie Cather, y algo más tarde Saúl Panzer, solicitaron que les pusiera en comunicación directa con Wolfe, por lo que no me enteré de lo que hablaban.

Hacia las once volvió a sonar el teléfono. Era una voz de mujer que preguntó por el señor Wolfe.

—¿Quién es? —pregunté.

—El señor Barret.

—Dígale que se ponga.

—Un momento.

Esperé y un instante después oí una voz de hombre.

—Quiero hablar con el señor Wolfe —aseguró.

—¿Es usted el señor Barret? —pregunté.

—No.

—¿Quién es el que quiere hablar con el señor Wolfe?

—El señor Barret.

—Comuníqueme con él.

—Un momento.

Tras una pausa algo larga, volví a

oír una voz de hombre mucho más agradable que la otra.

—Barret al habla... ¿Es usted el señor Wolfe?

—¿Es usted Donald Barret?

—No, no... Soy John P. Barret.

—¿El padre de Donald...? ¿El de Barret y De Russy?

—En efecto, señor Wolfe... ¿Podría usted...?

—Un momento... No soy el señor Wolfe, sino Archie Goodwin, su secretario particular... El señor Wolfe estará ocupado hasta las once... Si quiere decirme algo para él...

—Sí... Dígale que pase por mi despicho lo antes posible.

—Lo siento, señor; el señor Wolfe no hace nunca visitas.

—Es que se trata de algo importantísimo... Algo que puede proporcionarle beneficios insospechados.

—Lo siento, señor... No insista... El señor Wolfe solamente concede audiencias en su oficina... No cruzaría la calle ni para recibir las llaves del Banco de Inglaterra.

—Eso es ridículo.

—Tiene usted mucha razón, señor. Siempre he sido de su opinión; pero no vale la pena discutirlo, como no se considerándolo como un caso interesante de testarudez inconsciente.

Durante diez segundos no oí nada.

Luego la voz de Barret preguntó:

—¿Dónde está su oficina?

—Calle Treinta y Cinco, número quinientos seis, Oeste.

—Muchas gracias.

Cuando bajó Wolfe, unos minutos más tarde, le referí mi conversación con Barret, pero no pareció impresionarle mucho. Dio una ojeada a las tres páginas del informe que había logrado terminar y empezó a abrir el correo.

Poco después entró Fritz para anunciar la visita de la señorita Neya Tormic, haciéndola pasar en el acto.

Neya saludó apresuradamente a Wolfe, sin hacerme el menor caso y sin

sentarse siquiera preguntó:

—¿Y el documento? ¿Lo tiene?

Wolfe repuso:

—Sí... Está aquí... Tenga la bondad de sentarse...

—¿Déme el documento!

—Dáselo, Archie.

Abrí la caja fuerte. El documento estaba todavía dentro del sobre dirigido a Saúl Panzer, por lo que lo extraje y arrojé el sobre a la papelería, entregando el documento a la muchacha, que lo desdobló y lo examinó atentamente.

Wolfe extendió una mano y dijo:

—¿Me permite que lo vea?

Cuando ella, con visible mala gana, le entregó el documento, él le dio una

ojeada, lo plegó cuidadosamente y preguntó:

—¿Dónde está la señorita Lovchen?

—Supongo que estará en el estudio.

Por lo menos dijo que allá iba.

—No creo que haya hoy lecciones de esgrima.

—No lo sé. Ella dijo que iría.

—¿La ha visto usted esta mañana?

—Claro que sí... Vivimos juntas en un pisito de la calle Treinta y Ocho. Déme eso...

—Espere un momento... No sé por qué había presumido que la señorita Lovchen la acompañaría aquí esta mañana... Tal vez le parezca estúpido, pero así es... Además, como fue ella la

que dejó aquí este documento, quisiera devolvérselo a ella...

—Yo se lo llevaré.

—No, no... Archie, acompaña a la señorita Tormic a casa de Milton y entrega esto a la señorita Lovchen...

—¡Eso es absurdo! —protestó nuestra cliente—. ¿Qué diferencia hay entre Carla y yo?

—Ninguna, tal vez, por eso me satisface más. Me entregó el papel y miró gravemente.

—Supongo que se dará cuenta de lo que está haciendo... El señor Faber ha estado aquí dos veces con la idea de apoderarse de ese documento.

—¡Oh! —Neya se mordió los labios

— ¿De veras?

—Sí... La segunda y última vez fue hace una hora, y el señor Goodwin perdió los estribos y aun le dejó un recuerdo en un ojo... Así, pues, presumo que se darán cuenta ustedes de que la posesión de ese papel...

—Nos damos cuenta.

—Perfectamente... ¿Espera dar cima a su... misión hoy mismo?

—Sí.

—¿Dónde y cuándo?

Ella movió la cabeza.

Wolfe se encogió de hombros.

—¿Ha acudido a la cita con el señor Cramer?

—Sí, pero no vi al señor Cramer.

Fue un hombre a recogerme a casa y me condujo a la Jefatura, donde me interrogaron otros dos.

—¿Les habló usted de las cosas que encontró usted en su bolsillo y de todo lo demás? \

—Sí.

—¿No le preguntaron nada sobre su misión política o algo parecido?

—No... La policía no sabe una palabra de eso.

—¿La siguieron cuando vino aquí?

—No lo creo... Y no me haga perder más tiempo, señor Wolfe...

—Está bien... Ya sabes lo que te he dicho, Archie... Entrega ese documento a la señorita Lovchen en presencia de la

señorita Tormic.

Yo sugerí:

—Fred está en la salita de espera.

—No... esto lo harás tú mismo.

—Cramer vendrá dentro de media hora.

—Ya lo sé... Date prisa.

Acompañé a Neya a la puerta. El coche estaba todavía donde lo había dejado aquella madrugada. Subimos, y no tardamos en llegar frente a la casa de Milton.

Cuando entramos, un agente de paisano me preguntó:

—¿Qué buscan aquí?

—Se trata de un asunto privado, muchacho —le contesté sin detenerme

en la escalera.

Jeanne Miltan estaba rodeada de tres policías, uno de ellos provisto de cuaderno y lápiz. El individuo anotaba las respuestas que los otros dos obtenían a las preguntas que estaban haciendo a la esposa del campeón de espada.

Neya se dirigió a Jeanne y le preguntó:

—¿Está la señorita Lovchen arriba?

—No... Estuvo aquí un momento esta mañana, pero se marchó a casa hará cosa de media hora.

—¿Para qué la buscan? —me preguntó uno de los policías.

—Para venderle una papeleta de un pavo que íbamos a... Vamos, señorita

Tormic.

Llegamos junto al coche y ella me dijo:

—Es estúpido que me acompañe, señor Goodwin... ¿Por qué no me entrega ese documento y se marcha?

—Porque su papá me pondría de patitas en la calle si lo hiciera. ¿Cuál es su dirección, señorita?

—Calle Treinta y Ocho, cuatrocientos cuatro, Este.

—Estupendo... No tardaremos...

Me interrumpí al descubrir algo que me pareció extraordinariamente cómico.

—Suba al coche —le dije—y espéreme un instante... Vuelvo en seguida.

La dejé y me encaminé hacia un taxi que acababa de detenerse a diez pasos de mi automóvil. Había descubierto la identidad del ocupante del taxi. Cuando puse el pie en el estribo, el conductor me dijo:

—Ocupado.

—Ya lo sé. —Tendí el cuello para ver mejor a Fred Durkin, encogido en su asiento, y añadí—: He venido a ahorrarle una molestia. Vamos a la calle Treinta y Ocho, cuatrocientos cuatro, Este.

Volví al automóvil, lo puse en marcha y dije a Neya que acababa de reconocer a un noble ruso, íntimo amigo mío, que conducía un taxi por

prescripción facultativa, pero ella no me contestó. Al parecer estaba pensando en la historia de los Balcanes o en algo parecido.

El número 404 de la calle Treinta y Ocho, Este, era un antiguo edificio convertido en pisos baratos a costa de algunas reformas. Ocho escalones ante la puerta de entrada, luego una puerta que daba a un vestíbulo lleno de buzones y timbres, después una puerta que daba a un pasillo estrecho. No fue necesario que Neya utilizase llave alguna porque la puerta estaba abierta y no tuve más que empujarla para pasar.

La dejé entrar primero y me guió a través de dos tramos de escalera, con

luz apenas suficiente para no tener que andar a tientas, hasta una parte donde se detuvo para abrir su bolso y sacar una llave. Luego lo pensó mejor y pulsó el timbre.

Oí el repiqueteo, pero nadie salió a abrir. Neya volvió a llamar, con el mismo resultado negativo.

La muchacha murmuró:

—Jeanne nos dijo que había venido aquí.

—Sí... ¿Es que no tiene llave?

Neya abrió su bolso y esta vez extrajo la llave. La metió en la cerradura, la hizo girar y abrió la puerta. Dimos cuatro pasos nada más en la habitación. Neya se detuvo de repente,

exhaló un grito de espanto, y yo, por encima de su hombro, vi tendido en el suelo el cuerpo de un hombre en extraña actitud. El rostro era el mismo que mi puño había desfigurado dos horas antes.

Antes de que pudiera impedirselo, Neya echó atrás la cabeza y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Carla!

# CAPÍTULO XIII

—¿Quiere tener la bondad de cerrar el pico? —le dije cortésmente.

Ella no se movió. Miré su rostro y me pareció que no se disponía a continuar gritando, por lo que me aventuré a examinar rápidamente el cadáver. Permanecí de rodillas medio minuto, utilizando mi cerebro en toda su capacidad. Finalmente me levanté y dije:

—Lo peor de todo es que tengo ese maldito papel en el bolsillo.

Ella clavó sus ojos en los míos y repuso casi sin mover los labios:

—Démelo.

—Eso sería una solución magnífica —aseguré—, pero prefiero conservarlo.

Di la vuelta a una mesa para llegar a una de las ventanas, asomé la cabeza y vi lo que esperaba ver.

—¿Está tranquila? —dije volviendo junto a Neya.

—Sí.

—Entonces, asómese conmigo a la ventana.

Cuando lo hubo hecho, añadí:

—¿Ve aquel taxi gris y blanco, parado en medio de la calle?

—Sí.

—Baje y acérquese a él. Pregunte al pasajero que va dentro si se llama Fred Durkin, y si dice que sí, añada que quiero que suba inmediatamente, sin entrar en explicaciones porque podría oírla el conductor. Vuelva con él y utilice sus llaves. Yo estaré vigilando desde la ventana, y si se le ocurriera huir...

—No se me ocurrirá.

—Bien. Vaya, pues. Es usted una muchacha valiente.

Desde la ventana la vi salir a la calle, dirigirse al taxi, abrir la portezuela y hablar con su ocupante, regresando acto seguido con Fred. No muy seguro de lo que podía hacer una

montenegrina en un caso como aquél, permanecí en la ventana hasta que los dos entraron en el piso.

Fred se detuvo en seco al ver la yacente figura de Faber.

—¡Buena faena! —exclamó mirándome.

—No he sido yo —me apresuré a explicar—. Pero aquí tienes algo importante —añadí alargándole el documento—. Como quiera que he sido yo el que ha descubierto el cadáver, no tendré otro remedio que... ¡Traiga eso, diablo!

Neya se había tirado a fondo como un campeón con una espada, arrancó el documento de mi mano y dio un salto

atrás.

—¡Es usted tan rápida como un relámpago! —exclamé—. Pero no le valdrá de nada. Tiene que quedarse aquí conmigo, y cuando venga la policía la registrarán lo mismo que a mí... Si no quiere que se apoderen de ese papel, entregúeselo a Fred.

Fred tendió una mano.

—¡Démelo, muchacha!

—¿Qué hará con él? —preguntó

Neya.

—Pues, guardarlo.

En vista de que ella continuaba inmóvil, avancé un paso, le quité el documento y se lo di a Fred.

—Baja —dije— y despide al taxi.

Toma mi automóvil para ir a la oficina. Si Wolfe está solo, dale ese papel. Si no lo está, vete a la cocina y di a Fritz que avise a Wolfe de tu llegada y le das el papel en propia mano.

—¿Le digo...?

—No te molestes. Yo le telefonaré. Si te preguntaran, puedes referir todo cuanto has visto sin mencionar para nada el documento. Te envío al despacho porque sé que me tendrán aquí hasta Dios sabe cuándo, y estando yo ausente, Wolfe te necesitará. ¿Comprendes bien?

—Comprendo... Hasta la vista.

—Espera un momento.

Empecé a examinar la habitación. Miré detrás y debajo de un sofá, abrí la

puerta del baño para dirigir una mirada a su interior, y tenía la mano en la manivela de otra puerta que conducía a la parte posterior del piso, cuando Fred gruñó:

—¡Cuidado con las huellas digitales!

—¡Al diablo las huellas digitales! ¿Es que no tengo derecho a buscar a un asesino?

Continué examinándolo todo, en particular los lugares que podían ofrecer escondrijo a un hombre o a una mujer. No tardé mucho, porque el piso se componía de un cuartito de baño, una cocina minúscula y dos dormitorios. Volví entonces a la sala y dije a Fred:

—Ya puedes marcharte.

Neya estaba temblando, por lo que la invité a sentarse, pero ella meneó la cabeza.

—No... Me encuentro así bien.

¿Dónde estará Carla?

—¿Qué sé yo?

Di la vuelta a la mesa, levanté el micrófono del teléfono, marqué un número.

—¡Espere...! ¿Por qué no nos vamos? ¡Podríamos ir a bus... car... la!

—¡Espléndida idea! Todas las tuyas son geniales, como la de ayer al meterme aquellos objetos en el bolsillo... ¿Cómo quiere que nos marchemos cuando los muchachos que

había en casa de Milton saben que vinimos aquí, y el conductor del taxi de Fred...?

—Nero Wolfe al habla —oí decir en el auricular.

—Hola, jefe... ¿Está Cramer ahí?

—Sí.

—Bien... Responda cosas que no le dejen adivinar de lo que hablamos... Estuvimos en casa de Milton, y Carla había salido para dirigirse a su casa. Vinimos aquí, calle Treinta y Ocho, cuatrocientos cuatro, Este... ¿Recordará la dirección?

—Sí.

—Es una casa vieja, con escalinata en la entrada, dos tramos de escalera.

Encontramos a Rudolph muerto, con un agujero en el costado izquierdo, anegado en sangre. No hemos hallado arma ninguna... Neya está a mi lado... Telefono desde la habitación en que se ha cometido el crimen...

—Un momento... No puede usted figurarse, mi buena amiga...

—¿Puedo continuar?

—Hable, hable usted; pero crea que lamento...

—Fred nos estaba siguiendo. Envié a Neya a que la avisara, subió y le entregué el papel. En este momento se dirige al despacho de usted. La policía no tardará en averiguar que estuvo aquí... He observado que alguien ha

estado registrando la casa... Todos los cajones están abiertos, multitud de prendas y objetos aparecen diseminados por el suelo... El número de este teléfono es Hammond tres, cuatro, cinco, cero, cinco... ¿Quiere que siga hablando?

—No.

—¿Piensa reflexionar sobre lo que le he dicho...? ¿Quiere meditar tranquilamente y que le llame de nuevo dentro de tres minutos?

—No... No cortes la comunicación... El inspector Cramer está aquí y se lo voy a contar todo.

Al cabo de dos minutos percibí la voz ruda de Cramer:

—¡Goodwin!

—¡Dígame, señor.

—¡Quédese ahí! ¿Me oye?

—Sí, señor.

Eso fue todo. Colgué el receptor, me acerqué a Neya, la cogí del brazo y la hice que se sentara.

—Mire, señorita —empecé diciendo —, si intenta convencer a Cramer de que no sabe usted nada de Faber y que no puede imaginarse para qué vino aquí, perderá lastimosamente el tiempo y la saliva. Por otra parte, si le dice la verdad, se va a encontrar usted en el mayor apuro de su vida... Hay además el pequeño detalle de que quienquiera que haya asesinado a Faber le ha privado a

usted de su coartada en el asesinato de Ludlow. No quiero asustarla, pero sí que comprenda...

Me interrumpió el timbre del teléfono.

Acudí a la llamada, alcé el receptor y dije:

—Aquí es Hammond tres, cuatro, cinco...

—Archie, Cramer no tardará en llegar ahí.

—Muy bien.

—¿Cómo está la señorita Tormic?

—Asustada.

—Cuando la interroguen sobre lo que ha hecho a partir de las diez de la mañana, hora en que salió de aquí el

señor Faber, que se niegue a responder como no sea en presencia de su abogado, cosa que justifican ampliamente las circunstancias.

—Se lo diré.

—Procuraré que se encargue de aconsejarla el señor Parker... ¿Qué dice ella de la señorita Lovchen?

—No sabe una palabra. Lo primero que hizo cuando llegamos aquí y vio el cadáver fue llamar a gritos a su amiga y paisana...

—Bien, bien... ¡Oye! ¿Dónde pusiste los datos sobre la germinación de los híbridos de *oncidium*? ¡Quisiera examinarlos!

—¡Santo Dios! —exclamé

acerbadamente—. ¡Aquí está su hija a punto de sufrir una conmoción cerebral y yo con las manos empapadas en sangre de Faber, y a usted no se le ocurre más que...!

—¿Dónde pusiste los datos que te he pedido?

Se lo dije. Él me dio las gracias y cortó la comunicación.

Miré a Neya, con la barbilla hundida en el pecho y las manos contraídas.

—Me parece que en vez de papá adoptivo tiene usted un *lulu*, señorita... ¿Sabe usted lo que está haciendo...? Examinando los datos de germinación de unas semillas de orquídeas que plantó hace un año...! Incidentalmente me ha

dicho que no responda a las preguntas que le haga la policía sobre lo que haya hecho usted desde las diez de la mañana en adelante... Ha añadido que le va a buscar un abogado.

—¿Un abogado para mí?

—Sí.

A través de la ventana, que yo había dejado abierta, llegó a nuestros oídos la estridente voz de la sirena de la policía que llegaba a la casa.

# CAPÍTULO XIV

A las dos y cinco minutos, Wolfe bebió las últimas gotas del café de su almuerzo, puso la taza en el platillo y emitió dos sonidos orales distintos y espaciados. El primero era para expresar su satisfacción y placer por el pasado inmediato; la hora transcurrida en la mesa; el segundo fue un gruñido de resignada desesperación ante el futuro inmediato representado por la maciza figura del inspector Cramer, que había llegado al sonar las dos y estaba

esperando en el despacho.

Wolfe y yo entramos y nos sentamos. El extremo del apagado cigarro de Cramer describía un 8 casi perfecto.

—Lamento haberles obligado a comer de prisa —dijo sarcástico.

Wolfe eructó.

El inspector me dirigió sus sarcasmos.

—¿No tiene ninguna idea nueva sobre el propósito de su visita al domicilio de la señorita Tormic, en compañía de ésta?

—Como le he dicho antes, señor inspector, fuimos allá con la única intención de recoger a la señorita Lovchen.

—¿Para qué?

—Porque el señor Wolfe quería hablar con ella.

Wolfe cortó la disputa de raíz.

—Mire, señor Cramer... Es estúpido intentar que mi ayudante diga algo, si se le ha metido entre ceja y ceja no decir nada... Así es que le aconsejo que no malgaste su precioso tiempo.

Cramer permaneció un instante pensativo. Finalmente declaró:

—He estado pensando mientras ustedes comían y he llegado a la conclusión de que no tendré necesidad de salir de esta habitación para dilucidar este caso... No me sorprendería que supiera usted ya quién

mató a Ludlow y quién mató a Faber.

—Se equivoca, señor Cramer. No lo sé.

—No obstante, sabe usted muchas cosas sobre este asunto, que yo ignoro por completo. Refiriéndonos a la muchacha, por ejemplo... ¿Por qué es su cliente? ¿Puede ella pagar los honorarios que usted acostumbra a cobrar...? No. ¿Quién los pagara entonces...? Sé demasiado bien que usted no trabaja jamás por filantropía... Luego, tomemos a Fred... Es uno de sus empleados y Archie confiesa que lo llamó para que subiera a la habitación donde se había asesinado a Faber y que luego lo envió aquí. Apostaría a que se

trajo a Carla Lovchen consigo.

—No desbarre... Fred vino directamente desde aquella casa... solo.

—Lo creeré porque usted lo dice.

—Pregúntele a Fritz, que abrió la puerta.

—¿Qué adelantaré con preguntar a cualquiera de sus subordinados...? Pero le prometo que encontraremos a Carla Lovchen y a Zorka... Y a propósito de ésta... Usted la tuvo aquí, en sus manos...

—Estaba ebria.

—Todo lo ebria que usted quiera, pero no es menos cierto, según usted, que se escapó utilizando la escalera de incendios. ¿No se da cuenta de que podía hacerle detener por obstaculizar

la labor de la justicia?

—¿Por qué no lo intenta?

—Por una buena razón: porque el comisario de policía y el fiscal del distrito cojean del mismo pie. Son demasiado blandos.

—¿De veras?

—Como lo oye. Éste es un asunto que me va a volver loco. Yo soy policía. Me pagan por averiguar si el fallecimiento de una persona se debe a un crimen o por detener, en caso afirmativo, al autor del mismo para hacer caer sobre él todo el peso de la ley. De cien veces, noventa y nueve consigo colaboración oficial para el desempeño de mi misión, pero alguna

vez se encarga un grupo de políticos de atarme las manos y pies para que no pueda hacer nada.

—¿Y le han atado en esta ocasión?

—Sí... el cónsul británico telefoneó al comisario para expresarle su dolor por la violenta muerte de un súbdito británico y su esperanza de que tal y cual... El comisario fue a visitarle anoche a las once, y el cónsul le dijo que iba a comunicar con Londres lo antes posible... Esta mañana pregunté al comisario qué había de nuevo y me respondió que el cónsul le había dicho que no podía suministrar información alguna referente a Ludlow, pero que esperaba que se le hiciera justicia.

Exactamente igual que el que dice que esperemos que el invierno próximo nos sea más benigno que el actual... Algo más tarde, le sugerí que telefonara a la Embajada británica en Washington, pero él se negó en redondo, declarando que dudaba de que dieran resultados positivos las investigaciones dirigidas en aquel sentido... Estuve a punto de telefonar a Washington por mi cuenta.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque soy ya demasiado viejo para buscarme otro empleo. Además, casi tengo la certeza de que habría sido un paso infructuoso. Lo que hice esta mañana, cinco minutos después de visitar la casa de la calle Treinta y ocho

fue telefonar al cónsul general de Alemania para preguntarle qué sabía de Faber... ¿Y adivina lo que me contestó...? Que no tenía la menor noción de lo que Faber estaba haciendo en Nueva York... ¡Después de haberme dicho anoche que respondía de él, en absoluto, en lo referente al asesinato de Ludlow...! Telefoneé después a la Embajada alemana en Washington y obtuve idéntica o parecida respuesta... ¿Por qué enviarán esos países hombres de cuyas actividades les da vergüenza hablar...? Ni siquiera proporcionan datos, cuando esos desgraciados mueren asesinados...

Wolfé meneó la cabeza.

Cramer se le quedó mirando en silencio y, de repente, añadió:

—He enviado también un cable a cierto lugar de Yugoslavia llamado Zagreb.

Wolfe murmuró:

—¡No me diga!

—Zagreb es la ciudad de procedencia de esas dos muchachas, según reza en sus pasaportes. Aseguraron que vinieron aquí porque América es el país de las oportunidades, y al preguntarles por qué no desembarcaron con los inmigrantes en vez de obtener visados de turistas, respondieron que querían ver si respondían antes de establecerse.

—No creo que consiga nada, amigo mío. Si esas muchachas actúan en nombre o al servicio del gobierno yugoslavo, no le dirán una palabra... Y si están al de otra persona, recuerde que Zagreb es la capital de Croacia y que las autoridades no se mostrarán muy dispuestas a ayudarle... ¿Puedo preguntarle por qué ha elegido preferentemente a esas dos muchachas?

—No he elegido a nadie. Sospecho de todos... Pero ahora, con Faber apuñalado en el piso de ellas... ¿Es sorprendente que...? ¿Puedo preguntarle a mi vez si la señorita Tormic continúa siendo su cliente?

—Sí; lo es.

—Pues si es inocente, creo que hace usted mal en no dejarla hablar.

—Yo no lo creo así.

—Pues yo sí... Mire, si he de serle sincero, no creo que fuese ella la que asesinó a Faber... Me baso en dos razones: la primera es que continúa siendo su cliente. Confieso que es una razón de peso. La otra es que la muerte de Faber la despoja de su coartada en el asesinato de Ludlow... No la creo tan tonta que lo matara sabiendo eso... Sin embargo, salió de jefatura a las diez y cuarto, seguida por uno de mis hombres. Tomó un taxi, y al llegar a la calle del Canal, abandonó súbitamente el taxi y se metió en el Metro. Aquello fue tan

inesperado que mi agente la perdió de vista, ya que cuando llegó al andén ella había tomado ya un tren que acababa de salir. ¿Qué hizo, pues, su cliente en el lapso de tiempo transcurrido entre la hora de su desaparición y las once y diez, en que llegó a su despacho?

—¿Qué ha dicho ella?

—Declaró que había ordenado al conductor del taxi que la condujera directamente aquí, pero que de pronto pensó que tendría tiempo suficiente para ir a casa de Milton y ver a su amiga Carla si tomaba el Metro, y así lo hizo. Cuando bajó del tren se dio cuenta de que le faltaría tiempo. Se hallaba entonces en la rand Central... Entró en

una cabina, llamó por teléfono a la señorita Lovchen y luego tomó otro taxi para llegar hasta aquí.

—¿Y dónde estaba la señorita Lovchen cuando le telefoneó Neya? ¿En casa de Miltan?

—Sí... Interrogué a Miltan y me dijo que había respondido él mismo la llamada y que reconoció la voz de la señorita Tormic. Inmediatamente avisó a la señorita Lovchen para que se pusiera al aparato.

—¿Qué hora era entonces?

—Las once menos cuarto aproximadamente.

—¿Para qué dice la señorita Tormic que telefoneó a su amiga?

—Para algo que no me incumbe, según me respondió cuando se lo pregunté... Pero, no obstante, no creo que fuera ella la que mató a Faber...

—¿Quién cree que fue? ¿La señorita Lovchen?

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa...? ¿No le he dicho ya cien veces que no entiendo una palabra de todo esto...? No he logrado situar a nadie en aquel piso entre las diez, hora en que Faber salió de aquí por sus propios pies, y la hora en que Goodwin y la señorita Tormic se presentaron allí y encontraron su cadáver. No hemos podido encontrar a nadie que viera a alguien entrar o salir del edificio a

aquella hora... ¡Y no tardará en acelerarse la encuesta judicial y siempre se acostumbra a suministrar al juez algún dato para la localización del asesino! ¡Estoy tentado a decir que lo hizo Goodwin con su cuchillo de caza!

Protesté:

—No he llevado jamás cuchillo de caza. Uso cortaplumas.

—Tal vez su campo de investigación es demasiado angosto —sugirió Wolfe—. ¿Ha considerado usted...?

—No tengo campo alguno... Hemos interrogado a todos cuantos estuvieron en casa de Miltan la noche pasada. El joven Gill se hallaba en su despacho. Uno que queda fuera. Miltan y su esposa

estuvieron en su casa. Tres descartados; lo que nos deja seis sospechosos. Driscoll salió a pasear a las diez y media y llegó a su oficina a las once y treinta. Donald Barret asegura que estaba en su despacho de la casa Barret and De Russy, pero todavía no se ha comprobado. La señorita Lovchen y Zorka han desaparecido. Belinda Reade salió de su piso poco después de las diez para hacer algunas compras y todavía no ha sido localizada.

—¿Y el arma del crimen?

—No ha sido hallada. Faber fue apuñalado por delante; en la parte izquierda del tórax. La hoja del arma le atravesó el corazón y su asesino se la

sacó de la mortal herida algunos minutos después de inferirla, a juzgar por la cantidad de sangre que brotó de aquella... Tuve ocasión de comprobar, asimismo, que antes de ser apuñalado, Faber recibió un golpe tremendo en el ojo izquierdo con un objeto contundente, duro y pesado. Es improbable que recibiera el golpe citado al caer, porque entonces no habría presentado la tumefacción que aparecía en su ojo... Eso indica que hubo lucha... ¿A qué viene eso?

Esta pregunta obedecía a que yo había doblado mi puño derecho y lo sostuve fijo por debajo de su nariz.

—Contundente, duro y pesado —

declaré.

—¿Qué?

—Sí, señor inspector; fui yo. Se mostró un poco grosero aquí y tuve que darle una lección de urbanidad. Se lo digo por si se encontrara con alguien que lo viera salir de aquí y se le ocurriera acusarme de ocultar pruebas...

—¡Usted no es capaz de apuñalar a nadie! —exclamó Cramer, interrumpiéndome.

—Desde luego que no.

—Sin embargo, cuando llegaron allá usted y la señorita Tormic pudieron sorprenderlo registrando el piso. Usted perdió la cabeza y lo atontó de un puñetazo, y la señorita Tormic,

enloquecida de rabia, le hundió un cuchillo. Luego llamó usted a Fred Durkin y le entregó el arma para que la hiciera desaparecer. Inmediatamente después telefoneó usted aquí, donde me encontraba yo...

—Magnífico proceso deductivo, pero ha de enfrentarse con la cuestión del móvil. ¿Qué cosa podía enfurecer a la señorita Tormic hasta el punto de inducirla a matar...? Otra cosa que se opone a la estupenda deducción es que Fred se hallaba aquí cuando le estropeé el físico a Faber... ¡Ah, señor Cramer, su maravillosa teoría está llena de lagunas...! Bórreme de la lista de sospechosos, se lo suplico...

El teléfono me interrumpió. Llamaban a Cramer, que estuvo emitiendo sonidos vocales durante diez minutos, desde el gruñido inarticulado a las más detalladas instrucciones. Cuando terminó volvió a su asiento.

Miróme fijamente y dijo:

—Óigame, hijo mío, posee usted un par de buenas cualidades que me lo hacen parecer simpático a veces, aunque otras sería capaz de ver cómo le arrancaban la piel a tiras sin verter una lágrima. Tiene usted una serenidad en la que sólo Nero Wolfe puede igualarle... Neya Tormic está en jefatura, acompañada del abogado que usted, Wolfe, le ha proporcionado. Se niega a

contestar a las preguntas de mis subordinados... He pensado telefonar a Rowcliff para que le diga que usted, Goodwin, ha confesado que Faber estaba vivo cuando usted y ella llegaron allí y que mientras usted le propinaba un directo al ojo izquierdo que lo atontó...

—¡Adelante! —le insté—. ¡Será interesante ver el resultado de su argucia! Ahora bien, en lo que se refiere a mi serenidad, jamás la he tenido, ni la tengo, ni la tendré, para afrontar el riesgo de que me hagan sentar en la silla eléctrica.

—Ayer tarde huyó usted del teatro del crimen con el arma utilizada para cometerlo.

—Pero no huí a sabiendas de que la llevaba. Además, no huí; salí de allí, simplemente... No complique las cosas.

Cramer se arrellanó en su asiento, suspiró y se frotó la nariz pensativamente. Abrióse la puerta en aquel momento y Fritz entró para anunciar:

—El señor Cather.

Entró Orrie con el abrigo puesto y el sombrero en la mano.

—¿Algo nuevo? —preguntóle Wolfe.

—Nada, señor.

Wolfe hizo una mueca.

—¿Encontró lo que le dije?

—Sí, señor... Se citaba su nombre en varios artículos y a veces en los

encabezamientos... Pero como no entendía lo que decían...

—¿No había fotografías?

—No, señor.

—¿Ha estado en la Segunda Avenida?

—Todavía no.

—Pues vaya allí. Es posible que lo encuentre... ¡Ah, es probable que el señor Cramer haya ordenado que sigan a todos cuantos salgan de esta casa! Si viera que alguien iba detrás de usted, procure eludir la persecución. No quiero que la policía se entrometa en mis asuntos particulares.

—Será un placer para mí, señor...  
Hasta luego.

Cramer exclamó, disgustado:

—¡Son unos pájaros de cuenta!

Sonó el teléfono en aquel instante.

Cramer se puso al aparato y después de corta conversación volvió a su asiento con una mueca de satisfacción.

—Bien... bien... Ya han cogido a Zorka... La traerán dentro de un momento.

—¿De veras? —preguntó Wolfe—. ¿Dónde la han encontrado?

—En una habitación del hotel Brissenden. Se había inscrito con nombre supuesto. Llegó allí esta mañana a las cinco y diez.

—Espero —murmuró Wolfe— que llevaría encima algo más que aquello

rojo que llevaba puesto anoche.

—¿Qué? —inquirió Cramer  
extrañado.

—Nada... Es un soliloquio... ¿Qué  
hay, Fritz?

Fritz traía la bandeja de las tarjetas  
de visita. Wolfe tomó la cartulina, la  
leyó y frunció las cejas.

—¡Diablo! —exclamó—. ¿Dónde  
está?

—En el vestíbulo, señor.

—Pues condúcele a la salita, cierra  
por fuera y vuelve aquí.

Cuando Fritz volvió, Wolfe se  
dirigió al inspector:

—¿No tiene ahora nada que hacer  
por ahí, señor Cramer?

—No. Me gusta estar aquí dentro. Si saliera, tengo la seguridad de que no me permitiría volver a entrar a menos que viniese con un mandamiento judicial.

—Me lo temía... Bien, Fritz, ¿quieres acompañar al señor Cramer arriba, utilizando el ascensor, y decirle a Teodoro que le enseñe las orquídeas?

Sonrió al inspector y añadió:

—Ya hace mucho tiempo que no ha estado usted arriba... Estoy seguro que le gustará.

—¿Cómo gustarme? ¡Me enloquecerá! —respondió Cramer.

Y siguió dócilmente a Fritz.

Wolfe me tendió la tarjeta y leí:

*JOHN P. BARRET*  
*de Barret & De Russy*  
*Nueva York*

Oyóse el ruido del ascensor al subir. Poco después volvía a percibirse. Abrióse la puerta y apareció Fritz.

—Haz pasar al señor Barret — ordenó Wolfe.

# CAPÍTULO XV

La figura del padre del «pichoncito» correspondía exactamente a la voz que yo había oído por teléfono.

Era la clase de hombre que se acostumbra a designar con el calificativo de distinguido y que yo llamo «ideal de camarero jefe». Tendría unos cincuenta años, iba pulcramente afeitado y poseía un par de ojos grises que no necesitaban mirar más que una vez para darse cuenta de todo. Además, llevaba encima ropas por valor de

cuatrocientos ochenta y cinco dólares, tasadas a ojo de buen cubero.

Estrechó ambas manos a Wolfe, recreándose en ese gesto, como si no tuviera prisa alguna.

—Desde su puente ve usted pasar el río a sus pies —observó genialmente a tiempo que se sentaba.

Wolfe asintió con la cabeza y repuso:

—Sí... Adquirí esta casa hace algunos años y no me gusta salir de ella. Perdóneme, señor Barret, si me veo obligado a decirle que no dispongo de mucho tiempo. Le he recibido por tratarse de usted, pero tenía un visitante que ha accedido bondadosamente a

contemplar mis plantas durante nuestra entrevista... El señor Cramer, de la jefatura de policía.

—¿Cramer?

—Sí, señor. El inspector Cramer, jefe de la brigada criminal.

Barret exclamó, negligente:

—¡Oh!

Pero en sus ojos se advirtió cierta expresión de intranquilidad.

—Seré breve —declaró—. He venido a verle a causa de algunas observaciones que hizo usted anoche a mi hijo concernientes a bosques bosnios, créditos sustentados por mi casa y la banda de Donevitch... Creo que fueron estas sus palabras, ¿no?

Wolfe respondió:

—Creo que sí... ¿Le ha parecido mal?

—¡Oh, no...! ¡Nada de eso...! ¿Me permite que fume?

Recibida la aquiescencia del dueño de la casa, Barret sacó un cigarrillo de una pitillera que hizo subir mi evaluación de carga a ochocientos dólares por lo menos. Encendió el pitillo, lanzó una bocanada de humo y me dio cortésmente las gracias por el cenicero que me apresuré a colocar a su alcance.

—Este hijo mío —empezó diciendo en un tono de contenida exasperación— está todavía demasiado verde. Es

inevitable que la juventud divida a las personas en determinadas categorías a primera vista para eludir la confusión; pero mi retoño es demasiado torpe para estas cosas. Sobreestima a unos y menosprecia a otros... Tal vez tenga yo buena parte de culpa por haberle dado demasiadas alas... La presunción de un padre puede conducir a veces a un verdadero desastre.

Quitó la ceniza a su cigarrillo con un gesto elegante y preguntó de repente:

—¿Qué es lo que quiere usted, pues, señor Wolfe?

Wolfe meneó la cabeza.

—Ahora, nada. Quería simplemente ver a *madame* Zorka, y su hijo me

facilitó amablemente una entrevista con ella.

—Sí... Ya me habló de eso... Pero, ¿qué más quiere usted?

—Ahora, nada.

Barret sonrió.

—Bien... Tengo entendido que en su calidad de investigador particular acomete cuantas empresas le someten que puedan proporcionarle un ingreso adecuado a sus extraordinarias dotes.

—En efecto, señor. Pero he de hacer una pequeña salvedad y es que sólo acepto aquellas empresas que no están en pugna con mis prejuicios.

Barret rió bondadosamente.

—¡Es natural...! No podemos

permitir que nadie defienda nuestros prejuicios por nosotros...

Volvió a quitar la ceniza del cigarrillo y añadió:

—Mi hijo me ha dicho también que usted está actuando en interés de una muchacha llamada Neya Tormic, amiga suya por cierto, o, por lo menos, conocida, en conexión con el asesinato de ese Ludlow...

Wolfe asintió:

—En efecto. Al principio fueron solicitados mis servicios por parte de la señorita Tormic para poner en claro su inocencia en relación con el robo de unos diamantes a cierto caballero llamado Driscoll; luego, asesinaron al

señor Ludlow, y la señorita Tormic necesitaba ayuda por haber resultado envuelta en el crimen por las circunstancias...

—¿Y ha sido de la señorita Tormic de quien usted ha recibido los informes que le han permitido ejercer cierta presión sobre mi hijo? Porque usted le obligó a que hiciese algo en contra de su voluntad... ¿Es eso así?

—Sí.

—Amenazándole con revelar ciertos datos... ¿Obtuvo esos datos de la señorita Tormic?

Wolfe apuntó a su interlocutor con un dedo y repuso:

—Mi querido señor... No le creo lo

bastante fatuo para esperar que yo responda a su pregunta.

Barret sonrió.

Wolfe prosiguió:

—Siempre he sido remiso en suministrar informaciones gratis, así como usted habrá sido toda su vida reacio a regalar dinero. Usted es banquero y su negocio consiste en vender dinero; yo soy detective y el mío estriba en vender informaciones... Pero no quiero pecar de avaro... En lo que respecta a las actividades de que hablábamos, no represento más intereses que los de la señorita Tormic.

—Y, además, los suyos propios.

—Eso siempre.

Barret oprimió el cigarrillo contra el fondo del cenicero.

—Bien... Me atrevo a creer que eso nos allanará el camino... No me considere fatuo. He hecho algunas indagaciones y he descubierto que goza usted de reputación envidiable de hombre de buena fe. Quisiera hacerle una proposición referente al proyecto en que está interesada mi Compañía... Precisamente del... asunto que usted mencionó a mi hijo... Tenemos necesidad de sus servicios... No es nada oneroso, ni, desde luego, nada que ofenda sus prejuicios...

Sacó una cartera de cuero del bolsillo interior de la americana y

añadió:

—Empezaré por darle un cheque en calidad de anticipo... ¿Qué le parecen diez mil dólares?

Hice una mueca, pensando que el «pichoncito» había heredado de su progenitor su afición al soborno, y miré a Wolfe. Tenía la boca contraída, lo que demostraba que estaba sufriendo un acerbo dolor.

Aquella era una situación que se había visto obligado a afrontar numerosas veces en todo el curso de su vida de detective, y su tortura estaba en razón directa con el número de cifras de la cantidad ofrecida.

Diez mil dólares constituían una

fortuna suficiente para mantener a un buen agente, Ray Brochers, por ejemplo, en América Central, durante todo un año, dedicado a la caza de orquídeas raras, con la posibilidad de encontrar alguna absolutamente nueva... O cinco mil cajas de cerveza... O seiscientas libras de caviar...

Pero Wolfe dijo valientemente, aunque con un poco más de esfuerzo del necesario para pronunciar una palabra tan simple:

—No.

—¿No?

—No.

—¿Y si le aseguro que no tendrá que hacer nada que se oponga a los intereses

de la persona que usted representa?

—No hay nada que hacer.

—Piénselo bien. En caso de que la seguridad que le doy no le satisfaga, queda usted autorizado para rescindir su compromiso y devolverme los diez mil dólares...

Contrajéronse de nuevo los labios de Wolfe y yo volví la cabeza. Pero su voz demostró que había triunfado rotundamente sobre los poderosos incentivos de la tentación.

—No, señor. Devolver esa cantidad de dinero perturbaría mi digestión durante una semana por lo menos; eso si me decidía a hacerlo, cosa que dudo... Abandone esa idea, señor... No acepto

comisión ni depósito alguno...

—¿Definitivamente?

—Irrevocablemente.

Un pliegue vertical se dibujó en la frente de Barret, que volvió a meterse en el bolsillo interior de la americana la cartera de cuero y luego se quedó mirando a Wolfe de hito en hito.

Finalmente, sin el menor signo de afabilidad en su tono, dijo:

—El único recurso que me queda es sacar mis propias conclusiones.

—Sí así lo cree, hágalo.

—Pero confieso que estoy asombrado. No es frecuente en mí, se lo aseguro; pero en esta ocasión lo estoy y en grado superlativo. No soy lo

suficientemente crédulo para admitir que su interés se limita exclusivamente a lo que me ha declarado. Tengo muy buenas razones para no creerlo, además del hecho de que en ese caso no existiría explicación para que rehuse mi proposición... Mi hijo cree que usted obra al servicio de Londres o Roma, pero hay dos objeciones a esa hipótesis: primera, que no se nos ha informado de sus relaciones con ninguno de los gobiernos interesados, y segunda, que, en caso de que fuese verdad, ¿se habría expuesto usted como lo hizo anoche...? ¿Comprende por qué llegué a pensar que sus palabras significaban simplemente una invitación a hacer un convenio?

—Lamento que las haya interpretado mal, señor.

—¿No me dirá para quién trabaja?

—Le he dicho ya que no tengo más cliente que la señorita Tormic, señor Barret.

—¿Está decidido a no tratar con nosotros?

Wolfe movió negativamente la cabeza, si no con entusiasmo, por lo menos con decisión.

John P. Barret se levantó. En su rostro se dibujaba una vaga especie de vejación, como la del hombre que se da cuenta de que ha salido dejándose algo olvidado sin saber lo que era, ni dónde lo dejó.

—Quiera Dios —dijo con tono levísimo de amenaza— que, por su propia seguridad no se interponga inconscientemente en nuestro camino. Sabemos perfectamente quiénes son nuestros contrincantes, y no ignoramos el modo de tratarlos. Si se ha metido en esto por gusto y pretende...

Wolfe le interrumpió con un gesto brusco.

—No diga tonterías... Soy detective y estoy actuando como tal... No soy de los que se interponen en los caminos de los demás por el mero placer de perjudicarlos... No obstante, cabe la posibilidad de que para llevar a buen fin el caso que estoy investigando tenga

necesidad de enfrentarme con usted... Si eso ocurriera, se lo haré conocer de antemano.

Desvaneci6se otra ilusi6n. Jam6s habr6a supuesto que un hombre del aspecto y la educaci6n de Barret, y especialmente con el traje que 6l llevaba, pudiera hacer o decir nada grosero y vulgar. Pero la expresi6n de sus ojos y hasta el tono de su voz no pod6an ser m6s groseramente vulgares cuando exclam6:

—¡No lo intente, se6or Wolfe! ¡Que no se le ocurra interponerse en mi camino!

Gir6 sobre sus talones dispuesto a marcharse.

Afortunadamente yo había oído el rumor de los pasos de Fritz que se dirigía al vestíbulo, y haciendo señal a Wolfe para que retuviera un momento a Barret, salí precipitadamente, cerrando la puerta de la oficina detrás de mí, aunque no en las narices de Barret, porque éste se volvió para atender a una observación de Wolfe.

Cuando descendía al trote hacia el vestíbulo, Fritz acababa de abrir la puerta de la calle para dejar entrar a tres personas que irrumpieron en forma de sandwich: un policía, Zorka y otro policía.

Sin ceremonias ni excusas los hice entrar en la salita de espera y los cerré

por fuera. Luego me lancé a todo galope hacia el despacho, estando a punto de tirar a Barret de bruces al suelo al abrir violentamente la puerta.

—Perdóneme, señor... No lo he hecho adrede —dije fingiendo compunción.

El me dirigió una mirada fría y salió. Yo permanecí en el umbral hasta que vi a Fritz acompañarlo a la calle con el ritual de costumbre y entonces grité a Wolfe que había venido Zorka acompañada de sus aprehensores, preguntándole si él creía que Cramer preferiría continuar contemplando sus maravillosas orquídeas.

—Telefonea a Hortsman y dile que

haga bajar al inspector.

Hícelo así e inmediatamente salí para buscar a Zorka. Los dos policías se levantaron en el acto, dispuestos a acompañarla.

—Quédense aquí... Llevo a *Madame* a presencia del inspector Cramer.

—Nosotros le ayudaremos — contestaron al unísono, como si fuesen gemelos, y se pegaron a Zorka aunque no tan de cerca que se les pudiera tachar de atrevidos.

Wolfe frunció el entrecejo al vernos entrar a los cuatro en procesión. Un momento más tarde éramos media docena cuando se nos reunió Cramer.

Cinco hombres derechos y derechos

contra una pobre modista.

Uno de los policías sacó un cuaderno de taquigrafía y yo me acomodé con el mío ante mi mesa de despacho.

Wolfe se arrellanó en su asiento con las manos cruzadas sobre su voluminoso depósito de provisiones, mirando a Zorka con los ojos entornados. Cramer la fusilaba con la vista.

Recordé en aquel momento el nombre de la mujer bíblica a quien se parecía la que tenía frente a mí... Dalila... Pero entonces parecía cansada, con sendos círculos violáceos en ambos ojos, asustada, nerviosa e intranquila.

Comprobé con satisfacción, a causa

del exagerado pudor de Wolfe, que Zorka había conseguido procurarse un jersey rojo oscuro, así como zapatos y medias, pero como era propio de Wolfe se aprovechó de ello para confundirla.

Naturalmente, lo hizo porque estaba furioso contra la modista por haberse fugado por la escalera de incendios... sin que él la viera.

Le oí gruñir de repente:

—¿De dónde ha sacado esas ropas?

Ella se miró el jersey como si no se hubiese dado cuenta de que lo llevaba puesto.

—¿Esto? —inquirió.

—Me refiero a eso, a los zapatos y a las medias... Cuando se fugó de aquí

esta mañana, no llevaba más que una cosa roja debajo del abrigo... Esas cosas que completan su atuendo estaban en la maleta que llevó usted al piso de la señorita Reade... ¿No es así?

—Cuando usted lo dice...

—¿Me equivoco acaso...? ¿Quién se las llevó al hotel Brissenden...? ¿El señor Barret?

Ella se encogió de hombros.

Cramer aulló:

—Podemos probar eso... Y no es eso todo lo que podemos probar... Después de haber recibido usted esas ropas esta mañana, se las puso y salió del hotel, siendo seguida por uno de mis hombres.

—¡Eso no es verdad! —exclamó

ella.

A renglón seguido se mordió los labios y prosiguió:

—Por una razón muy sencilla... Si así hubiese sucedido, habría sabido dónde estaba yo y no habría esperado tanto tiempo para hacerme detener. Además, no salí del hotel hasta que estos hombres llegaron y...

—¿Me permite que la interroque yo, señor Cramer? —preguntó amablemente Wolfe.

—Si cree que va a conseguir algo, hágalo —repuso el inspector.

Wolfe tosió para aclararse la garganta y se volvió a Zorka.

—¿Se llama usted Zorka?

—Naturalmente que sí.

—Sé que es el nombre que aparece en los membretes de sus cartas y en el listín telefónico; pero ¿es el suyo? ¿Le pusieron el nombre de Zorka cuando la bautizaron?

—Sí.

—¿Cuál es su apellido?

Ella movió una mano nerviosamente y contestó:

—No tengo apellido.

—Mire, señora... Anoche parecía usted un poco ebria, pero hoy no lo está. ¿Quiere decirnos su apellido o no?

La mujer titubeó un instante. Luego dijo con repentina determinación:

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Porque sería peligroso.

—¿Peligroso? ¿Para quién? ¿Para usted?

—No tanto para mí como para otros...

Exhaló un profundo suspiro y añadió:

—Estoy refugiada aquí... Me escapé...

—¿De dónde?

Ella movió la cabeza con signo negativo.

Wolfe dijo con cierta brusquedad:

—¡Vamos, vamos...! No diga el lugar, o la ciudad, o el pueblo, si no lo cree conveniente, pero díganos el país...

¿Alemania...?      ¿Rusia...?      ¿Italia...?  
¿Yugoslavia...?

—Lo diré, pues... Fue Yugoslavia.

—¿Aja...!      ¿De Croacia...      ¿De  
Serbia...?      ¿De Montenegro...?

—He dicho de Yugoslavia.

Wolfe se encogió de hombros.

—Está bien... ¿Cuánto tiempo hace  
que se escapó?

—Hace un año.

—¿Y vino a América  
directamente...? ¿A Nueva York?

—No... Primero fui a París, donde  
estuve algún tiempo... Luego vine a  
América...

—¿Trajo mucho dinero consigo?

—¡Oh, no!

Zorka elevó sus manos al cielo para rechazar aquel absurdo y añadió:

—Una refugiada no puede tener dinero, como usted sabe, señor.

—Sin embargo, según tengo entendido, posee usted un establecimiento en Nueva York, cuya instalación debe haberle costado un disparate.

Zorka sonrió.

—Sabía que me preguntaría eso... El dinero me lo prestó un amigo generoso...

—¿Donal Barret, por casualidad?

Ella permaneció pensativa un momento y finalmente declaró:

—Si... Fue Donald Barret... No me serviría de nada negarlo porque ustedes

no tardarían en descubrirlo... El señor Barret es lo que se llama un socio privado...

—¿Está usted en deuda entonces con el señor Donald Barret?

—¿En deuda...? ¡Ah, sí...! Le debo mucho.

Wolfe movió la cabeza.

—La compadezco entonces, *madame*... Yo también he tenido deudas... Hay personas a quienes las deudas no les preocupan en absoluto... Desgraciadamente yo no soy de ésas... Y a propósito... Esas personas de Yugoslavia que peligrarían si usted confesara su apellido, ¿son parientes suyos?

—Sí.

—¿Es usted judía?

—¡Oh, no...! Pertenezco a una antiquísima familia yugoslava...

—¿Noble?

Ella se encogió de hombros.

—Bien... No la obligaré a que me lo diga. El peligro para sus parientes, ¿les vendría a causa de sus actividades en Nueva York?

—Yo no tengo más actividades que mi tienda...

—No comprendo entonces cómo la revelación de su apellido había de poner en peligro a sus familiares.

—Porque se harían sospechosos...

—¿Sospechosos de qué?

Zorka movió la cabeza.

Cramer gruñó:

—Esta mujer no es normal... Debí habérselo dicho... Cuando fuimos a registrar su piso esta mañana...

Zorka se volvió al inspector y dio rienda suelta a su indignación.

—¿Cómo se atrevieron a registrar mi piso?

Cramer repuso tranquilamente:

—No nos hemos limitado simplemente a eso, *madame*... Hemos hecho lo propio con su establecimiento... Tiene usted suerte de no estar en este momento en jefatura telefoneando a su generoso amigo para que pague la fianza, pero todo llegará...

Volvióse a Wolfe y añadió con rencor:

—No encontramos nada en absoluto, ni en su casa ni en su despacho... Nada que se refiera a una época anterior a hace un año, fecha en que vino a Nueva York... Por eso es por lo que le he dicho que no es una persona normal.

—¿Encontró usted su pasaporte, inspector?

—No.

—¿Dónde está su pasaporte, *madame*?

Ella se humedeció los labios con la lengua y respondió:

—Estoy legalmente en este país.

—Entonces debe tener pasaporte...

¿Dónde está?

Zorka extendió las manos con gesto significativo.

—Lo he perdido —murmuró.

—El asunto se va complicando cada vez más —comentó Wolfe—. Pasemos ahora a lo de anoche, *madame* Zorka... ¿Por qué telefoneó para decir que había visto a la señorita Tormic cuando ponía algo en el bolsillo del abrigo del señor Goodwin?

—Porque ésa es la verdad.

—¿Y por qué no se lo dijo a la policía?

—Por temor al escándalo... Cuando telefoneé al señor Goodwin pensaba contárselo inmediatamente después a la

policía; pero luego recapacité y decidí decírselo antes al señor Barret, ya que él es amigo de la señorita Tormic... Le telefoneé... Él, desde luego, sabe que soy una refugiada, cómo escapé, mi temor a poner en peligro a mis familiares...

—¿Dónde conoció usted por primera vez al señor Barret?

—En París.

—Refiéranos lo que le dijo al señor Barret, cuando lo llamó usted por teléfono para contarle lo de la señorita Tormic.

—Me dijo que la policía es extremadamente curiosa. Que me interrogarían hasta obligarme a revelar

todo cuanto a mí se refiere y que pondría en peligro la libertad y hasta la vida de los míos.

—¿Qué más?

—Luego me aconsejó que fuese a hacer una visita a la señorita Reade... Entonces hice mis maletas...

Hubo una llamada a la puerta y entró Fritz, que dio tres pasos al frente y dijo por encima del hombro de uno de los agentes:

—El señor Panzer, señor.

—Dile que estoy ocupado con *madame Zorka* y con el señor Cramer.

—Ya lo he hecho, señor; pero insiste en verle inmediatamente.

—Hazle pasar, pues.

Cramer gruñó:

—¿Fue entonces Barret el que la indujo a «pirárselas»...?

Wolfe le interrumpió diciendo:

—No emplee vocablos tan vulgares, inspector, y tenga paciencia, que creo que tenemos refuerzos.

Nadie que viese por primera vez a Saúl Panzer habría pensado que pudiese constituir un refuerzo para nada, pero quien tal hubiese opinado, se habría equivocado de medio a medio. Era mucha la gente que lo había apreciado mal y que luego se había arrepentido.

Al entrar, Panzer había dejado el sombrero castaño y el abrigo del mismo color en la percha del pasillo, y ahora,

mientras permanecía inmóvil, examinando de una sola ojeada hasta los más mínimos detalles de su descomunal nariz, parecía insignificante.

Wolfe le preguntó:

—¿Resultados, Saúl?

—Sí, señor.

—¿Definidos?

—Sí, señor.

—Bien, hable.

—Iba a traer su partida de nacimiento, pero me di cuenta de que podía provocar un escándalo y decidí sacar una copia...

Dio un paso atrás, porque Zorka se había puesto repentinamente en pie y, enfrentándose a él, le gritó enfurecida:

—¡No es posible que haya usted hecho eso...! ¡No es po...!

La interrumpió un policía que la cogió poco amablemente de un brazo con una de sus manazas, mientras le ponía otra sin la menor suavidad sobre los labios.

Cramer gruñó:

—¡Siéntese!

Saúl continuó diciendo:

—No tuve necesidad de hacer dispendios de los que usted sospechaba, pero sí tuve que gastarme tres dólares y noventa centavos en una conferencia telefónica, porque la juzgué imprescindible.

—No lo dudo. Prosigue.

Saúl dio un paso atrás.

—Lo primero que hice fue trasladarme al piso de *madame* Zorka. Había cuatro detectives de la ciudad practicando un registro. La doncella, sentada en el dormitorio, lloraba sin cesar... Yo ya había decidido lo que debía hacer en un caso semejante, por lo que entré...

Se interrumpió para pasear su mirada por el rostro de Cramer y los de sus acólitos.

—No te preocupes por ellos —díjole Wolfe—. Continúa. Si te estropean un *modus operandi*, ya encontrarás otro mejor para la vez próxima.

—Gracias, señor... Estuve un minuto solamente, hablando en términos amistosos con los agentes y haciendo que la doncella se fijara en mí. Luego me dirigí a la tienda de modas que tiene instalada *madame* Zorka en la calle Cincuenta y Cuatro. Allí había más detectives y el asunto se presentaba poco prometedor, por lo que decidí dejar aquel lugar como último recurso.

»Logré enterarme, no obstante, de las direcciones de varios amigos de la dueña y empleé cuatro horas haciendo infructuosas investigaciones.

»Finalmente, a las dos y cuarto, volví al piso. Por el portero me enteré de que dos de los detectives

permanecían en la casa, por lo cual esperé hasta que se marcharon, o sea, hasta las dos y treinta y cinco minutos, y entonces subí.

»Por la impresión que logré producirle por la mañana, la doncella dio por sentado que yo pertenecía a la policía, aunque yo no lo dije. Pero en cuanto entré empecé a practicar un registro...

Cramer gruñó:

—¡Eso ya es demasiado! ¿Cómo se atrevió a usurpar las funciones de un agente de policía?

Saúl pareció estupefacto.

—¿Cómo es eso, inspector? Jamás me habría atrevido a usurpar funciones

de nadie. Sospecho que la muchacha me confundió con uno de sus agentes porque no hizo objeción alguna cuando empecé a registrar las habitaciones. Pensé entonces que si ella me había creído un agente de policía, me tildaría de embustero si intentaba convencerla de lo contrario, por cuyo motivo me callé... Y si no lo considera impertinencia, añadiré que nunca he visto un registro tan perfecto como el que llevaron a cabo sus hombres. Nadie habría podido decir que había estado allí la policía. Todo, absolutamente todo, estaba en su lugar correspondiente, y, sin embargo, tengo la seguridad de que no dejaron nada por registrar... Por eso prescindí de buscar

en los sitios donde había podido efectuarse una búsqueda minuciosa y me dediqué a hurgar en las cosas personales... Así es como hallé un doble fondo en una sombrerera de cuero. Allí encontré la partida de nacimiento de *madame* Zorka, unas cuantas cartas y algunas otras cosas... Salí de allí después de sacar copia del documento, entré en una sucursal de la central telefónica y sostuve una conferencia con Ottumwa, Iowa... con la madre de la interesada... Lo hice únicamente para convencerme de la veracidad del documento hallado...

Zorka gritó exasperada:

—¿Se atrevió a telefonar a mi

madre?

—Sí, señora... Pero no se preocupe... No le dije nada que pudiera asustarla... Ya sabía por la partida de nacimiento que usted se llama Pansy Bupp y además leí una carta.

Wolfe le interrumpió.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Pansy Bupp.

Saúl sacó una hoja de papel del bolsillo y leyó:

—Pansy, P.A.N.S.Y. Bupp, B.U.P.P., hija de William O. Bupp, tendero de ultramarinos... Ella nació en Ottumwa el nueve de abril de mil novecientos doce...

—Dame ese papel.

Panzer se lo entregó y Wolfe, después de leerlo detenidamente, clavó sus ojos en *madame Zorka* y rugió por primera vez desde que lo conozco:

—¿Para qué inventó esa farsa ridícula? ¡Esa imbécil historia del peligro de sus parientes y el suyo propio...!

Ella lo miró con la misma expresión que si estuviese a punto de hundirle un cuchillo en las costillas.

—¿Qué cree usted que le sucedería a una *couturière* de la Quinta Avenida si llegara a saberse que se llama Pansy Bupp...? Responda usted a eso. ¿Qué cree que le sucedería?

Wolfe, loco de furor, tendió una

mano hacia ella y gritó:

—¡Contésteme...! ¿Se llama usted realmente Pansy Bupp?

—Sí.

—¿Nació en Ottumwa, Iowa?

—Sí.

—¿Cuándo salió de allí?

—Verá usted... Las vacaciones acostumbraba a pasarlas en Denver...

—No hablo de vacaciones en Denver... ¿Cuándo salió definitivamente de allí?

—Hará un par de años... Mi papá me dio dinero para pasar las vacaciones en París... Pero allí conseguí un empleo y aprendí a diseñar... Luego conocí a Donald Barret y él me sugirió...

—¿De dónde sacó usted el nombre de Zorka?

—Lo vi escrito no recuerdo dónde y me gustó...

—¿Ha estado alguna vez en Yugoslavia?

—No.

—¿Ni en ningún otro lugar de Europa, exceptuando París?

—No.

—¿Es verdad lo que dijo anoche sobre el motivo que la impulsó a telefonar aquí y luego huir al piso de la señorita Reade?

—Sí, sí... Fui una imbécil... Me dejé convencer por mi propia conciencia porque se trataba de un asesinato...

¡Oh...! ¡Si no lo hubiese hecho, nada de esto me sucedería...! ¡Parece imposible...! ¡Qué idio...!

—¡Señorita Bupp —tronó Wolfe—, que no se le ocurra...! ¡Archie, échala de aquí!

—Con el mayor *placer* —respondí con toda sinceridad.

# CAPÍTULO XVI

—Si quiere echarme de aquí —dijo Cramer al ver a Wolfe mirar el reloj —, tendrá que llamar a la policía. Tengo el presentimiento de que ha logrado usted averiguar algo y no me marcharé sin saberlo... El teniente Rowcliff me ha telefoneado para decirme que el señor Barret estuvo aquí a la misma hora que usted me envió a contemplar sus plantas; es decir, a las dos y cincuenta y cinco minutos...

—¿Hizo usted seguir al señor

Barret?

—No.

—¡Ah...! Comprendo... Tiene un regimiento vigilando la casa...

—Tanto como un regimiento no; pero estoy muy interesado por saber lo que pasa aquí... Ah, otra cosa que me dijo Rowcliff es que han encontrado a Belinda Reade... Está en una matinée del teatro Lincoln... ¿Quiere que la hagamos venir?

—No.

—Entonces los muchachos se encargarán de ella... ¿Es para mí? —  
Repicaba el teléfono.

Hice una señal de asentimiento y me levanté de mi asiento para que lo

ocupara el inspector. La conferencia fue relativamente corta. Cramer emitió unos cuantos gruñidos, hizo algunas observaciones ingeniosas, colgó y volvió a su butaca.

Apenas había ocupado yo la mía cuando el teléfono interior repiqueteó. Al tomar el micrófono oí a Wolfe que preguntaba a Cramer si había algo nuevo, a lo que el inspector respondió que no era nada importante.

En el auricular oí la voz de Fred Durkin que decía:

—¿Es Archie?

—Sí.

—¡Sube!

Respondí irritado:

—¡No me molestes, Fred...! ¿Acaso no sabes que estoy muy ocupado?

Esperé un momento y añadí:

—Está bien... Está bien... Voy en seguida.

Me levanté y subí al pasillo, cerrando cuidadosamente la puerta del despacho. Silenciosamente ascendí un tramo de escaleras y llegué a la habitación de Nero Wolfe.

Fred Durkin estaba allí, sentado en una silla junto a la cama, al alcance del teléfono, donde se le había ordenado que permaneciera dos horas antes.

Al entrar yo empezó a gruñir:

—¡Qué empleíto el mío!

—No te quejes, muchacho... A cada

uno le dan una ocupación con arreglo a sus dotes y capacidad... ¿De qué se trata...? ¿De la señorita Lovchen?

Asintió con la cabeza.

—No te llamé cuando recibí el informe sobre Zorka porque oí decir que la traerían, pero...

—¿Qué hay sobre Carla?

—El hombre que la sigue telefoneó a Jefatura... Fred consultó una hoja de papel y añadió:

—La vieron entrar en casa de Miltan esta mañana... Salió de allí a las diez y cincuenta y tres minutos y regresó a la calle Treinta y Ocho, al número cuatrocientos cuatro, Este...

—¡Diablo...! ¿Iba alguien con ella?

—No... Fue sola... Permaneció allí diez minutos... A las once y cuarto salió, dirigiéndose a la Segunda Avenida y tomando un taxi, que la condujo al *Maidstone Building*, en la calle Cuarenta y Dos. Sus seguidores iban pegados a sus talones cuando ella entró en el edificio, pero Carla se metió en un ascensor en el momento en que iban a cerrar la puerta y... se les perdió...

—¿Y no la encontraron?

—No... Interrogaron al encargado del ascensor, pero éste no pudo informarles sobre ella en absoluto... Ni siquiera recordaba el piso en que la había dejado... No obstante, están completamente seguros de que la

muchacha no ha salido del edificio y han pedido que vayan a relevarlos porque tienen que estar en Jefatura a las cinco.

—¿Nada más?

—Nada más.

Hice una mueca y añadí:

—¡Y el cerdo de Cramer que decía que no había nada de importante...! Ahora subirá con Wolfe... Cuando oigas subir el ascensor, baja al despacho y quédate allí... Recibe todas las llamadas... Si viniese alguien avisa a Wolfe por el teléfono interior... Escribe un informe sobre lo que acabas de decirme y añade que he ido al *Maidstone Building*... Envíaselo a Wolfe por medio de Fritz... Si te

telefonara y hubiese alguien en el despacho, utiliza la clave secreta... ¿Comprendido?

—Comprendido... Pero, ¿por qué no me dejas que vaya yo...?

—Porque esto es cosa de maestros.

Lo dejé en su puesto, descendí la escalera todo lo de prisa que pude sin hacer el menor ruido, entré en la cocina y dije a Fritz: .

—Ve al despacho y di a Wolfe que todavía no han traído el pato, por lo que me has enviado al Mercado de Washington a comprarlo. Dile asimismo que he protestado y lamentado acerbamente por el lenguaje empleado... Esto va por el inspector Cramer... Fred

está de vigilancia... ¿Comprendes...?

—Sí —siseó Fritz.

Salí por la puerta delantera, recogiendo en el vestíbulo mi sombrero y mi abrigo. En la calle no se veía regimiento alguno, pero sí un policía en la acera, cerca de la esquina, y otro en la acera de enfrente. Un taxi se hallaba parado a unas cincuenta yardas al Este. El coche de Cramer estaba junto al mío. Subí a mi coche, puse el motor en marcha y grité al chofer de Cramer:

—¡Sígame al teatro del crimen!

Salí a todo gas, pero no fui muy lejos. Después de recorrer dos manzanas de la Quinta Avenida, detuve el coche en una curva, corté la ignición, salté a

tierra y paré el primer taxi que me eché a la cara.

Esperé un minuto para ver si el coche de la policía o el taxi volvían la esquina de la calle Treinta y Cinco, pero, al parecer, mi invitación había sido declinada.

—Lléveme al cruce de las calles Cuarenta y Dos y Lexington —dije a mi conductor.

Cuando entré en el vestíbulo de mármol del *Maidstone Building*, rascacielos de cincuenta y dos pisos, me sentí humildemente pequeño.

Fui porque Wolfe me había instruido para que si Fred lograba interceptar alguna comunicación sobre Carla

Lovchen la siguiera y el único modo de hacerlo era ir allí, pero al observar la extensión y complicaciones del vestíbulo, los cuatro ascensores, incesantemente en movimiento, y la enorme cantidad de gente que entraba y salía, no pude contener un estremecimiento de desánimo.

En el taxi me había forjado un plan para iniciar mis pesquisas y lo puse inmediatamente en práctica. Los nombres de los habitantes del edificio se hallaban expuestos en dos secciones a ambos lados del vestíbulo. En una, reseñados por orden alfabético, los nombres desde la A a la L y en la otra desde la M a la Z.

Leí cuidadosamente los nombres de la primera sección, esperando una corazonada, pero todos me eran completamente desconocidos. Trasládeme entonces al otro lado del vestíbulo y en la segunda sección vi, ya casi al final, una dirección que hizo brincar mi corazón de esperanza.

«Wheeler y Driscoll —estuve a punto de leer en alta voz—, habitación número 3259.»

Inmediatamente me dirigí al empleado de información y le pregunté:

—¿Tendría la bondad de contestar a una pregunta, señor...? Busco a uno de los inquilinos de este inmenso inmueble y no conozco su razón social. Él se

llama Nat Driscoll; o mejor dicho, Nathaniel Driscoll...

Sin responder una palabra, el empleado abrió un libro con gesto cansino, miró una de sus páginas con sus ojos cansados y dijo con voz quejumbrosa:

—Driscoll, Nathaniel, tres mil doscientos cincuenta y nueve, piso treinta y dos, ascensores en...

No esperé al final de la información. Lleno de satisfacción al ver el feliz resultado de mi stratagema, me lancé como un loco al primer ascensor que vi abierto, me hice conducir al piso treinta y dos y allí, después de recorrer cerca de media milla dando vueltas y vueltas,

logré dar con el número 3259.

En la puerta, en un cartelito con letras doradas, se leía:

***WHEELER & DRISCOLL***  
***IMPORTADORES Y CORREDORES***  
***DE COMERCIO***

Abrí la puerta y entré, encontrándome ya en la antesala, en los umbrales de la opulencia, a juzgar por las alfombras, muebles y la empleada que apareció ante mis ojos expertos. Era de esas que dan la impresión de que deben su empleo a que han sido educadas navegando en yates y cazando

zorros a caballo.

—¿Qué desea, caballero? —me preguntó con voz dulce y educada.

—Soy Archie Goodwin, señorita, y he venido a ver al señor Driscoll.

—¿Le ha citado él?

—No, pero... ¿Ha oído usted hablar de sus diamantes...? Me refiero a los que creyó que le habían robado...

—¡Oh, sí! —exclamó, contrayendo los labios en una sonrisa aristocrática—. ¡Claro que he oído hablar de ellos!

—Pues bien, dígame que vengo a visitarle en nombre de la señorita Tormic.

—Lo siento, caballero; pero el señor Driscoll está ausente en este momento.

—¿Se ha marchado a casa?

—No ha estado aquí en toda la tarde.

No se necesitaban dotes especiales para darse cuenta de que aquella muchacha estaba mintiendo, por lo que eché mano a mi libro de apuntes, arranqué una hoja y escribí en ella.

*«Si no quiere que la policía registre su casa dentro de dos minutos buscando a su profesora de esgrima, concédame una entrevista.*

*»No permita de ningún modo que ella asome la cabeza al pasillo.*

*A.G.»*

Sonreí a la muchacha para demostrarle que no le guardaba rencor y le dije:

—¿Tendría la bondad de proporcionarme un sobre?

Me lo dio; metí en él la nota que acababa de escribir, lo cerré y se lo devolví, diciendo amablemente:

—Tome, sea buena y haga llegar esto a las manos del señor Driscoll... ¿Tengo yo cara de ser un hombre de los que vienen a buscar a alguien sin estar seguros de que está el que buscan?

Sin decir una palabra, ella oprimió un botoncito.

Abrióse una puerta a la izquierda y

apareció un botones.

La muchacha le entregó el sobre y le ordenó:

—Entrega esto al señor Driscoll.

—En propia mano —añadí yo.

En cuanto desapareció el botones, me dirigí a la puerta de entrada, la abrí y permanecí un instante mirando el pasillo en ambas direcciones.

Unos tres minutos duraba mi examen ya cuando descubrí, a unos veinte metros más abajo, la parte superior de una cabeza y luego un par de ojos escrutadores que asomaban por el resquicio de una puerta entreabierta.

Inmediatamente grité con voz autoritaria:

—¡Eh, venga aquí!

Desapareció la cabeza y no había vuelto a aparecer cuando oí la voz de la empleada de Driscoll que pronunciaba mi nombre.

Me volví. El botones mantenía la puerta abierta y me dijo:

—Por aquí, señor.

Le seguí por un pasillo interior a través de tres puertas hasta que llegamos a la del fondo.

La habitación en que entré ahora era tres veces más grande que la antesala y otras tantas más lujosa. Dime cuenta de todo esto de una sola ojeada. A renglón seguido me encaré con Driscoll, que estaba erguido en un rincón junto a una

elegantísima mesa de despacho y le dije:

—Si deja que ella se marche mientras yo estoy aquí con usted, la policía la detendrá antes de un minuto.

Apoyando su mano sobre la mesa con tal fuerza que vi los nudillos palidecer por la presión, Driscoll murmuró:

—¡Hum!

Parecía tan aterrorizado como un tío de provincias a quien se ha convencido para que haga un primer viaje en el «Ziparoo», del parque de atracciones de Coney Island.

Miré a mi alrededor y pregunté:

—¿Dónde está ella?

Él contestó elocuentemente:

—¡Hum!

Había dos puertas en la habitación, además de la que yo había franqueado para entrar. Abrí una y vi un lujoso lavabo, con una pila de baño deslumbrante y un tocador immaculado. La cerré y fui a abrir la otra, lo que me permitió contemplar una estupenda mesa secretaire y varios ficheros de acero.

La secretaria se me quedó mirando de hito en hito con sus grandes ojos azules. En un rincón, no menos boquiabierta que la secretaria, vi a Carla Lovchen.

Ésta no dijo nada; se limitó a tragar saliva, mientras que yo me volví al notar una tremenda opresión en mi brazo

derecho, comprobando agradablemente que el dueño de aquellos dedos que parecían tenazas era Nat Driscoll.

Tiré de él y cuando los dos estuvimos dentro de la habitación de la secretaria, cerré la puerta.

—¿Qué pensaba hacer? —le pregunté—. ¿Tenerla encerrada aquí hasta después de los funerales?

Carla preguntó en voz baja y tensa, sin dejar de mirarme de hito en hito.

—¿Dónde está Neya?

—Está bien por ahora, pero a usted la siguieron.

—¿Quién?

—La policía. En este momento hay una docena de agentes abajo vigilando

los ascensores y las salidas...

Driscoll se dejó caer en una butaca y lanzó un gemido, mientras que la secretaria de ojos azules me preguntaba con acento fríamente comercial:

—¿Es usted Archie Goodwin, de la agencia de Nero Wolfe?

—Sí, señorita... Encantado de conocerla...

Clavé mis ojos en los de Carla y pregunté a mi vez:

—¿Mató usted a Rudolph Faber?

—No.

La vi estremecerse, pero se contuvo y permaneció rígida.

Driscoll murmuró:

—Habrá querido decir Ludlow...

Percy Ludlow...

—He querido decir lo que he dicho  
—repuse bruscamente.

Luego me encaré con la secretaria y le pregunté:

—¿A qué hora llegó el señor Driscoll esta mañana?

—Pregúnteselo a él.

—Mire, señorita... Es posible que no sea el más querido y mejor de sus amigos, pero soy casi un hermano para todos ustedes comparado con los individuos que esperan abajo y a los que he mencionado antes. De no ser así, les habría hecho subir conmigo... Pero puedo hacerlo en cualquier momento... ¿A qué hora llegó el señor Driscoll?

—Á las doce y media aproximadamente.

—¿A qué hora salió?

—A ninguna. Se hizo traer el almuerzo a causa de la señorita Lovchen.

—Ella llegó a las once y veinte.

—Sí... ¿Cómo lo sabe...? ¿Cómo ha averiguado que estaba aquí?

—Por intuición...

Me volví a Driscoll y le pregunté a quemarropa:

—¿Mató usted a Faber?

Él tartamudeó:

—Querrá decir a Ludlow...

—Quiero decir a Rudolph Faber...

Poco antes de mediodía fue encontrado

en el departamento que ocupaban Neya Tormic y Carla Lovchen, muerto de una puñalada... La señorita Tormic fue conmigo a buscar a Carla y descubrimos el cadáver.

La secretaria pareció impresionarse. Los ojos y la boca de Driscoll se abrieron descompasadamente.

Me dirigí a Carla:

—Él estaba allí cuando usted llegó...

Vivo o muerto... o vivo y luego muerto...

—¡Yo no fui...! ¡No estuve allí!

—No diga tonterías... La siguieron desde la casa de Miltan y la vieron entrar en su domicilio a las once y cinco y salir a las once y cuarto... Faber estaba allí entonces.

Carla se estremeció de nuevo.

—Yo no lo maté.

—Pero ¿estaba él allí cuando usted fue?

Carla movió la cabeza y dijo jadeando:

—No le di... ré na... da. Me voy le... jos de a... quí. Le... jos de A... mé... ri... ca... ¡Por fa... vor...! ¡A... yú... de... me!

Driscoll preguntó con voz dura:

—¿Dice usted que Faber estaba en la habitación de esta muchacha... muerto?

—Sí.

—¿De una puñalada?

—Sí.

—¿Y esta señorita había estado allí

poco antes?

—Apenas media hora antes de que se hallara el cadáver.

—¡Dios mío!

Jefe y secretaria se quedaron contemplando a la muchacha con ojos desorbitados.

Yo me apresuré a decir:

—Ella asegura que no lo hizo... Yo no lo sé, pero Nero Wolfe quiere verla antes que la atrape la policía... ¿Qué pensaba usted hacer...? ¿Ayudarla a escapar?

Driscoll asintió con la cabeza. Luego se retorció las manos y añadió:

—Pero ella no me había dicho nada de Faber...

—Es igual... Hay que ayudarla a que salga de aquí sin caer en manos de la policía... Pero no para abandonar América, como es su propósito, sino para conducirla a presencia de Nero Wolfe...

—¿Cree que podrá hacerlo?

—Naturalmente... ¿Me permite que use su teléfono...? Gracias.

Cuando la telefonista me hubo puesto en comunicación con el número que pedí, empecé a hablar:

—¡Oiga...! ¿Es el Hotel Alexander...? Desearía hablar con Ernie Flint... Sí, el detective de la casa... ¡Hola...! ¿Eres tú, Ernie...? Soy Archie Goodwin... ¿Cómo te va? Me alegro...

Psss... No me puedo quejar... Estoy haciendo prácticas de detective... Oh, no... Voy a decírtelo... Pienso dar una broma a un amigo y quisiera que me hicieras un favor... Envía un botones de uniforme al *Maidstone Building*, habitación tres mil doscientos cincuenta y nueve, piso treinta y dos. Oye bien esto... Quiero que el botones sea pequeño, alrededor de un metro cincuenta y cinco, delgado y moreno... Que lleve gorro y en la mano un paquete con todos sus vestidos de diario, incluyendo el sombrero... No, no tardará mucho en volver... Dentro de una hora lo tendrás ahí de nuevo... Claro que sin uniforme... Sí, ya te digo que se trata de

un bromazo... Te lo contaré todo la próxima vez que nos veamos... ¡Date prisa, Ernie...! Adiós y gracias...

Colgué, saqué del bolsillo el fajo de billetes destinados a gastos, extraje uno de diez dólares y se lo tendí a la secretaria.

—Tome, vaya al establecimiento de calzado más próximo y compre un par de zapatos Oxford de poco tacón que vayan bien a la señorita Carla y que se parezcan a los que pueda llevar un botones...

Ella ojeó a Carla y le preguntó:

—¿El treinta y cinco?

Carla asintió con la cabeza.

Ya se disponía a marcharse la

secretaria, cuando la llamó Driscoll y le dijo:

—Devuelva esos dineros a Goodwin. Tome veinte dólares y cómprele los mejores zapatos que haya en la tienda.

Cuando la secretaria de ojos azules se hubo marchado, después de devolverme mis diez dólares, Carla exclamó:

—No quiero ver al señor Wolfe... Quiero irme de América...

—Tiene que optar por ver al señor Nero Wolfe o entendérselas con la policía...

Driscoll tomó la palabra para decir:

—Mire, señorita Lovchen... Que no

quiera usted hablar a la policía me parece muy bien... Hacen sus interrogatorios sin la menor noción de respeto ni buenos modales... Sin embargo, por lo que he oído hablar de Nero Wolfe...

El gordinflón hablaba todavía cuando sonó el teléfono interior, para anunciarnos la llegada del botones.

Metí a Driscoll y a Carla en el despacho de aquél e hice que me trajeran al muchacho.

Éste era tal vez dos centímetros más alto que Carla, pero era delgado y elegante. Entró sonriente, habiéndosele puesto, sin duda, en antecedentes de que se trataba de una broma. Abrí el paquete

que traía mientras que él se quitaba su uniforme, le di un par de dólares y le dije:

—Esto es por las molestias que te ocasiono... Además, toma otros cinco para que cierres la boca sobre esta broma y no le digas una palabra a nadie... Ahora vístete con tu ropa y siéntate junto a esa ventana... Hay unas vistas excelentes desde ahí... Dentro de veinte minutos te avisará una muchacha de ojos azules para que te marches... Volverás al hotel y pedirás que te den otro uniforme para continuar tu trabajo... ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Recogí el uniforme y el gorro, así

como el papel en que venía envuelto su traje de paisano y volví a la otra habitación, dejándolo encerrado.

Carla, sentada en el filo de una butaca, y la secretaria, arrodillada a sus pies en la alfombra, se afanaban porque la primera se cambiara de zapatos, mientras que Driscoll, con las manos en los bolsillos y los labios apretados, vigilaba la operación.

Carla se levantó al fin, dio media docena de pasos y aseguró que el calzado le estaba muy bien.

Yo le entregué el uniforme de botones para que lo trocara por su traje. Mientras se cambiaba, Driscoll y yo nos volvimos de espaldas. Se iba haciendo

oscuro en la calle y las luces estaban encendidas en la habitación, por lo que los vidrios de las ventanas hacían las veces de espejos. Es posible que le hiciera una injusticia al furibundo Driscoll, pero me pareció que contemplaba con demasiada fijeza algo que no había en el vacío a través del cristal de la ventana.

Cuando Carla se hubo cambiado envolví sus ropas en el papel, incluyendo el abrigo y el sombrero, e hice un paquete con todo.

—Ande un poco para que la vea, señorita Lovchen —dije a Carla.

Obedeció y moví la cabeza con gesto de disgusto.

—Esas caderas están muy mal... Bueno, están muy bien, pero... Ya me comprende usted... Póngase el gorro y procure que le cubra todo el pelo... Inclíneselo un poquitín sobre la oreja izquierda... Así... Bueno, creo que nos saldrá bien la cosa... ¿Qué le parece a usted?

La secretaria dijo con frialdad:

—Yo no opino nada... Ha sido idea suya.

Driscoll murmuró:

—A mí me parece mal... Yo la conocería desde la acera de enfrente...

—¡Oh! —exclamé sarcásticamente—. Tenga en cuenta que no tratamos de engañarle a usted, señor Driscoll... A

través del vestíbulo de este edificio entran y salen sin cesar cientos de personas... No creo que los policías vayan a fijarse en un simple botones. Vamos a intentarlo...

Tomé el paquete con los vestidos de Carla debajo del brazo y dije a la muchacha:

—En este piso no tenemos nada que temer. Bajaremos en el mismo ascensor. Cuando lleguemos abajo salga usted antes que yo. Diríjase a la entrada de la Avenida Lexington y no mire atrás... Yo la seguiré. Cuando termine la avenida vuelva a la derecha y cruce la calle Cuarenta y Tres... Entre ésta y la Cuarenta y Dos hay una parada de taxis.

Tome uno y diga al conductor que la lleve al cruce de la calle Treinta y Siete y la Décima Avenida.

La secretaria preguntó:

—¿No irá usted con ella?

—Yo iré detrás en otro taxi... Es probable que alguno de los policías de abajo me conozca y no quisiera que me vieran en compañía de un botones con tan desarrolladas caderas... Bien, señorita Lovchen... Quedamos en que me esperará entre la calle Treinta y Siete y la Décima Avenida... ¿Entendido? No se olvide de mis indicaciones.

—Conforme.

—Perfectamente. Esperará dentro del taxi hasta que yo llegue, que será

probablemente detrás de usted... Que no se le ocurra hacerme una jugarreta porque lo pasaría mal... Tenga en cuenta que casi toda la policía de Nueva York va buscando su pista...

—Sí, pero... yo quisiera...

—Usted quisiera algo distinto. Exactamente igual les sucede a los que se caen de un aeroplano. ¿Irás a la esquina que le he dicho y me esperará dentro del taxi?

—Sí.

—Muy bien. Hasta la vista, buena gente... Dentro de diez minutos, no antes, dejen salir al botones... Ya cruzaremos la espada algún día, Driscoll...

Salimos y entramos en el ascensor.

Los otros ocupantes del mismo apenas concedieron la menor atención a mi compañera. Al llegar abajo ella salió antes que yo y empezó a atravesar el vestíbulo mezclada con la multitud.

De repente me quedé helado al oír una voz conocida que me llamaba:

—¡Hola, Goodwin!

# CAPÍTULO

## XVII

Era el sargento Purley Stebbins, que venía hacia mí.

El peligro lo constituía Carla, pero, por una vez, la muchacha obró como si estuviera provista de sentido común.

Indudablemente oyó que me llamaban, pero ni gritó ni se volvió ni apresuró el paso. Continuó andando hacia la entrada y la vi salir con el rabillo del ojo, mientras hacía a Purley

una mueca de cordialidad.

—¡Bien, bien, bien!

—¿Qué hace aquí? —gruñó.

Miré a mi alrededor para convencerme de que nadie podría oírme, acerqué mis labios a sus orejas, grandes y rojas, y susurré:

—No le importa.

Stebbins murmuró:

—Es una coincidencia.

—¿Qué?

—Que esté usted en este edificio.

Le di un manotazo en el pecho y exclamé:

—¡Eso sí que es gracioso!

—¿Qué es gracioso?

—El que haya usted dicho: «Es una

coincidencia». Es gracioso porque es exactamente lo que yo iba a decir. Y si no le molesta, lo diré... Es una coincidencia.

—¡Vayase al diablo!

—Lo mismo le deseo. ¿Puedo preguntarle qué hacen en este edificio usted y sus compañeros de juego?

—¿Qué lleva en ese paquete?

—Cosas horribles, espeluznantes, diabólicas... Llevo revólveres, dagas, narcóticos, alhajas robadas y una botella con sangre... ¿Quiere echarles una miradita?

—¡Vayase al diablo!

Me encogí de hombros cortésmente, le dije que ya nos veríamos en la

esquina de Diré y Brimstone, y me marché.

A la misma puerta del edificio tomé un taxi, diciendo al conductor que me llevara a la Décima Avenida, esquina a la calle Treinta y Siete. Con el alma pendiente de un hilo, pues no las tenía todas conmigo, llegué al lugar de la cita exhalando un suspiro de alivio al comprobar que ella había cumplido su palabra.

Despedí mi taxi, me acerqué al suyo y la hice apearse después de pagar al conductor, esperando a que hubiera desaparecido de la vista para guiar a mi compañera al lugar donde había dejado mi roadster. La invité a subir entonces y

le entregué el paquete.

En tres minutos atravesamos la Novena Avenida, descendimos por la calle Treinta y Cuatro y al llegar a la mitad detuve el coche lejos de un farol, paré el motor, apagué las luces y le dije:

—Frente a la casa de Wolfe hay gran número de policías; entraremos por la parte de atrás. Sígame y no pronuncie una palabra hasta que estemos dentro.

—Espere un momento —me dijo con un hilo de voz—. ¿Está Neya ahí?

—Lo ignoro... Cuando yo salí no estaba.

—¿Dónde la dejó?

—En la Jefatura de Policía... Pero no en calidad de detenida. La estaban

interrogando, pero ella imitaba perfectamente a las mudas... Es posible que la hayan llevado a casa de Wolfe, aunque también es probable que no lo hayan hecho... Ah, el inspector Cramer está aquí con Wolfe.

—Pero usted me dijo que no tendría que hablar más que con el señor Wolfe.

—Sí... Desde luego... Vamos adentro.

La conduje al pasadizo entre un almacén y un garaje y lo recorrimos en la más completa oscuridad hasta llegar a la puerta del patio. Era la misma que Zorka había usado cuando se escapó por la escalera de incendios con la diferencia de que para abrir esta puerta

ella no tuvo más que levantar el pestillo interior, mientras que esta vez yo me vi obligado a hacer uso de mi llave.

Atravesamos el patio y ascendimos los escalones del pequeño porche. Saqué otra llave del bolsillo, abrí la puerta y entré en la cocina seguido de Carla. En la cocina no había nadie más que Fritz.

Éste me miró sobresaltado y exclamó:

—Caramba, Archie, debías haber...

—Se me ha olvidado, pero no es motivo para asustarse... Ten cuidado de la señorita Lovchen hasta que yo vuelva, que será pronto.

—¿La señorita Lovchen? —exclamó

mirando al botones con expresión de asombro.

—Sí... Métela en la despensa.

Puse el paquete encima de una silla, volví sobre mis pasos, subí al *roadster*, lo puse en marcha y doblé la manzana hasta llegar a la calle Treinta y Cuatro, deteniéndome frente a la casa. Junto al coche de la policía había otro y el taxi continuaba detenido en el mismo lugar de antes. Su conductor hablaba con el chófer de Cramer cuando descendí de mi automóvil y fui hacia la puerta.

Al entrar en el despacho encontré la explicación del segundo coche de la policía.

En un rincón estaba sentado un

policía que parecía estar más aburrido que una ostra y en uno de los sillones de cuero amarillo se hallaba arrellanada Neya Tormic.

Al verme, me dirigió una mirada fulminante.

Aquella mirada era una pregunta, pero yo me hice el sueco y dije a Fred Durkin que estaba sentado a mi mesa:

—Levántate de mi silla, holgazán, y ven a ayudarme un momento.

Me obedeció. Salimos del despacho y cuando hube cerrado la puerta, le pregunté:

—¿Están arriba Wolfe y Cramer?

—Sí.

—¿Hay alguien en la sala?

—No.

—Pues quédate aquí y aguanta la manivela de esa puerta por si se le ocurriera al policía de dentro salir a estirar las piernas.

Me dirigí a la cocina, y Fritz, al verme, puso a un lado la sartén que tenía al fuego y murmuró:

—En la despensa.

Empujé la puerta. Carla estaba sentada en una silla que Fritz le había proporcionado. Tenía el paquete en las manos.

Tomé el paquete, le hice señas de que me siguiera y se mantuviera silenciosa, y salí. Fred continuaba aguantando la manivela de la puerta del

despacho. Le hice un guiño al pasar.

Subí, seguido de Carla, un tramo de escalera, dimos seis pasos por el pasillo, franqueamos una puerta, la cerré detrás de nosotros, encendí la luz, puse el paquete sobre una mesa y entonces corrí las cortinas de la ventana.

—*Hvala Bogu* —dije—. Éste es el dormitorio del señor Wolfe... Que no se le ocurra salir. Si intenta abrir una puerta o una ventana, empezarán a sonar timbres en toda la casa. Cambíese de traje. Ahí tiene el cuarto de baño.

Dejé a la muchacha, salí al pasillo y grité a Fred:

—Ya puedes ir a sentarte en una silla que no sea la mía.

Después de lo cual, continué subiendo escaleras hasta llegar al piso superior, encaminándome a las habitaciones destinadas a las orquídeas.

Wolfe, acompañado de Teodoro, examinaba unos brotes recientes con la ayuda de una lente de aumento, mientras que Cramer se hallaba sentado en un taburete con la espalda apoyada en la pared.

Yo tomé asiento en un banco y me entretuve en balancear las piernas hasta que, pasados unos minutos, Wolfe pareció despertar de un letargo y me preguntó:

—¿Compraste el pato?

—Sí, señor.

—Está bien.

Continuó examinando los brotes y yo proseguí balanceando las piernas. A poco sonó el teléfono. Teodoro atendió la llamada y vino al poco rato diciendo al inspector que lo requerían con urgencia.

Cramer estuvo gruñendo durante tres o cuatro minutos, colgando al cabo de este tiempo y regresando a su taburete. Me di cuenta de que me estaba mirando, pero yo continué viendo subir y bajar las puntas de mis deslumbrados zapatos.

—Goodwin —me dijo de pronto—, ¿cuándo han trasladado el mercado de Washington al *Maidstone Building*.

—Ha estado usted hablando con el

sargento Stebbins... ¿Qué le parece mi deducción?

—Estupenda.

Cramer tiró el cigarro al cesto de la basura, no acertó a echarlo dentro y se tuvo que levantar para conseguirlo; luego volvió al taburete.

—No crea que voy a estallar de indignación. Diez minutos después de haberse marchado usted dijo a Wolfe que Carla Lovchen había sido seguida hasta el *Maidstone Building* y que no tardaría en conducirla aquí... Pero eso fue después de haberse marchado usted. Voy a hacer una pregunta simplísima... ¿A qué diablos fue usted al *Maidstone Building*?

Hícele una mueca y respondí:

—La primera contestación que acude a mi mente es ésta: A mediodía hicieron aquí una llamada telefónica que se consiguió localizar como procedente de un teléfono público del *Maidstone Building*... ¿Le parece buena?

—No.

—Pues entonces, pregunte a Wolfe.

Continué contemplándome los pies, hasta que a las seis menos cinco Nero Wolfe guardó la lente en un cajón, dio a Teodoro algunas instrucciones concernientes a los brotes de orquídeas y anunció que había llegado la hora de bajar al despacho.

Considerando poco seguro el

ascensor, bajé por la escalera, seguido del inspector.

Llegamos cuando Nero Wolfe salía del ascensor y nos detuvimos junto a él.

—Voy a mi habitación a adecentarme un poco, Archie... ¿Quieres venir conmigo...? Iremos en seguida al despacho, señor Cramer. Allí encontrará usted a Neya Tormic.

Cramer titubeó, lo miró suspicazmente y, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia el despacho. Al punto que Cramer cerró la puerta, entramos en el dormitorio de Wolfe sin llamar.

Carla Lovchen estaba sentada en una silla de alto respaldo, junto a la pared.

Tenía los hombros hundidos, la cabeza baja y las manos apoyadas en as rodillas; pero se había cambiado de traje, es decir, llevaba el suyo. El de botones, cuidadosamente doblado, descansaba sobre la mesa.

Wolfe se detuvo frente a ella y dijo:

—¿Cómo está usted, señorita

Lovchen?

Ella levantó la cabeza un instante; luego, sin pronunciar palabra, la volvió a inclinar.

Wolfe añadió:

—No tengo tiempo que perder. Me esperan en el despacho. El señor Goodwin acaba de decirme que me ha traído un pato... Se ha equivocado de

sexo, pero nada más... Haya o no usted matado a Ludlow y a Faber, es usted de lo más imbécil que he conocido. Para que le sirva de consuelo le diré que hay mucha gente que se le parece. Si me muestro duro con usted es porque no me compadezco jamás de las personas que vienen a pedirme ayuda y no me cuentan más que mentiras. Por ahora, quédese en esta habitación. No tardaré en volver para interrogarla.

Carla levantó la cabeza, la movió de un lado a otro y declaró:

—No responderé a pregunta alguna, sea quien sea el que me interroge...

—¿No?

—No... No me importa lo que me

sucedan... Si no digo nada, ¿qué pueden probar si yo no confieso? Tal vez crea usted que carezco de energías para callar, pero las tengo...

—Puede que las tenga durante unos minutos... Inténtelo, si puede... Bien; ya volveré o mandaré a buscarla... Vámonos, Archie. —Con la mano en el pomo de la cerradura, añadió—: ¿Tiene apetito? ¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

Salimos.

El trío del despacho se había convertido en cuarteto y con nosotros se transformó en sexteto. El policía continuaba aburrido. Fred se había acomodado en mi silla contraviniendo

mis disposiciones, pero cuando me vio se apresuró a cambiar de lugar.

Cramer se había colocado junto al gran globo terráqueo, entreteniéndose en hacerlo girar, mientras que los ojos de Neya Tormic se clavaron en Wolfe cuando entró y lo siguieron hasta que dio la vuelta a su mesa y se acomodó en su sillón.

Me di cuenta de que Wolfe estaba de mal humor, porque pidió la cerveza sin invitar a nadie.

Neya Tormic dijo de repente:

—Quiero hablar con usted a solas...

He de preguntarle algo.

Wolfe respondió:

—Sé lo que usted quiere. Pero eso

tendrá que esperar. No pudo llevar a cabo su misión. ¿No es eso?

—Yo... —Neya se interrumpió y se humedeció los labios—. Usted me prometió...

—No, señorita Tormic... No le prometí nada. Sé que ha pasado una mala tarde, pero supongo que recordará por qué fue con el señor Goodwin a buscar a la señorita Lovchen... y no la encontraron.

—Se ha marchado.

—¿Cómo lo sabe?

—Este... El inspector Cramer acaba de decirme que no pueden encontrarla.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

Wolfe destapó una botella de cerveza y se llenó un vaso.

—De todos modos —declaró—, eso tendrá que esperar... ¡Maldito sea el diablo...! ¡Todo tiene que esperar...! —Vació el vaso de un trago y añadió—: Señor Cramer... Está usted en mi casa desde las dos de la tarde... Ha mostrado una paciencia y una resignación admirables, sobre todo en lo concerniente a la visita de Archie al *Maidstone Building*... Pero sé a lo que se debe... Usted espera encontrar aquí algo, que cree que no lograría hallar en otra parte. Yo le digo sinceramente que se equivoca. Supongo que después de esto no se decidirá a pasar la noche en

mi casa...

No oí el resto del discurso para obligar al inspector a que pasara la noche al raso, porque en aquel momento sonó el timbre de la puerta y salí a abrir.

Generalmente yo prestaba este servicio desde las seis a las ocho, hora en que Fritz se hallaba atareadísimo confeccionando la cena, pero en esta ocasión, teniendo en cuenta el pato que acababa de traer, tenía especial interés en impedir la intromisión de hordas invasoras.

Pero lo que encontré en el umbral de la puerta de entrada no era una horda, sino un muchacho con vistoso uniforme, portador de un paquete que dijo quería

entregar a Nero Wolfe.

Tendí una mano para recogerlo, pero él declaró formalmente que había recibido instrucciones precisas para ponerlo en manos de Nero Wolfe, se cuadró militarmente y preguntó con versallesca urbanidad:

—¿El señor Nero Wolfe?

—Sí, señor.

—Traigo este paquete de «Sevens Seas Radio...» ¿Tiene la bondad de firmar aquí...? La factura, señor... Veinte dólares...

Wolfe firmó y me ordenó que pagara los veinte dólares y añadiera otro de propina para el educadísimo mensajero.

Éste se guardó el dinero y el recibo

de entrega y salió delante de mí hacia el vestíbulo. Cuando hubo salido, eché el cerrojo a la puerta y volví al despacho.

Wolfe estaba deshaciendo el paquete, y Cramer, frente a él, apoyado en la mesa, no perdía de vista uno solo de sus movimientos.

Aquello era, ciertamente, una exhibición de mala educación. Wolfe dijo:

—Siéntese, señor Cramer; me está poniendo nervioso.

—Estoy muy bien así.

—Pero yo no... Tenga la bondad de tomar asiento.

Cramer gruñó algo entre dientes, ocupó la silla que yo le dispuse y se

quedó silencioso, pero con la vista fija en el paquete.

Wolfe desenrolló el papel y echó una ojeada a su contenido. Luego exhaló un suspiro de alivio, plegó el papel y me entregó el paquete, diciéndome:

—Mete eso en la caja fuerte, Archie.

Cuando lo hube hecho, Wolfe añadió:

—Es lo que estábamos esperando, señor Cramer.

—¿Lo que estábamos esperando?

—Sí... Hace un momento le he dicho que no estaba aquí lo que usted creía... Ahora sí está.

# CAPÍTULO

## XVIII

Lenta y cuidadosamente, como si estuviese sentado encima de un montón de huevos, Cramer se arrellanó en su silla y levanto el índice de la mano derecha para rascarse la nariz.

Wolfe había hecho lo mismo; tenía los ojos cerrado, y movía los labios como si hablara para él.

En aquel silencio, el policía del rincón tosió, ganándose una mirada de

indignación de mi parte.

—No tengo prisa —murmuró suavemente.

Al parecer, le cogieron la palabra, pues el silencio continuó durante tres minutos más, al final de los cuales Wolfe dijo sin abrir los ojos:

—Señor Cramer, dudo que hubiese usted podido conseguir lo que yo he logrado. Pero aun en el supuesto de que lo hubiese conseguido, dada la actitud de sus oficiales superiores, dudo que le hubiera podido servir de algo...

—No le discuto, Wolfe, y puesto que sabe que no ha de esperar mi gratitud...

—Ya sé... Su única virtud, señor Cramer, es la franqueza. Le

proporcionaré a usted lo que busca a condición de que me deje, sin reservas de ninguna clase, conducir hasta el fin este caso a mi propio modo...

—Eso es muy vago... ¿Qué es lo que yo busco?

—No diga tonterías... ¿Hace falta decir que quiere saber la identidad del asesino y el móvil del crimen...?

—¿Y usted lo sabe?

—Sí.

—¿Tiene pruebas?

—Las suficientes para satisfacer todas sus exigencias... Puedo añadir que algunas de ellas solamente aquí puede obtenerlas.

—¿Se trata de eso que acaba de

meter Archie en la caja fuerte?

—¡Oh, no...! Eso podría conseguirlo usted en veinticuatro horas... A mí me costó veinticinco... No tendré más que abrir un ojo para darle a conocer la prueba de lo que le he mencionado.

Cramer le miró un momento y dijo:

—Hable, pues.

—Cuento con que no habrá interferencia, reserva ni protestas de su parte, ¿eh?

—Aceptado. Hable.

Wolfe abrió un ojo y dijo:

—Archie... Llama por teléfono al señor Barret.

—¿A «pichoncito» o a su papá?

—A su papá.

Neya Tormic exclamó:

—¡No debe usted...!

Wolfe se esforzó en hacerla callar mientras yo probaba uno tras otro hasta tres números. Por fin di con el señor Barret en el club Thistle.

Neya quedó silenciosa cuando Wolfe se puso al aparato y empezó a decir:

—¿El señor Barret...? Nero Wolfe al habla... Le llamo para demostrarle que soy fiel cumplidor de mis promesas... Le dije que si alguna vez consideraba necesario inmiscuirme en sus asuntos se lo daría a conocer de antemano... Lamento tener que decirle que la notificación se la hago con antelación de pocos minutos sobre la pública

declaración... ¡Oh, por favor...! Con eso no conseguirá nada... Sí, en mi despacho... Bien, consiento en ello. ¡No...! Si está su hijo con usted, es preferible que se lo traiga... Sí... Les esperaremos durante un cuarto de hora.

Wolfe se puso en pie cuando cortó la comunicación y se dirigió hacia la puerta.

Neya Tormic imitó su movimiento y le asió de un brazo.

—¿Adonde va? —le dijo—. Yo salgo con usted...

—No, señorita Tormic... Volveré en seguida... ¡Archie!

Me levanté para desembarazar a Wolfe de Neya, pero antes de llegar a

ellos ya se había soltado la muchacha. Como quiera que no conocía sus intenciones, me aposté junto a la puerta, apoyando en ella la espalda, mientras que Neya, sin volver a su asiento, me clavaba los ojos... Es posible que lo que mirara fuese la puerta; mi modestia me obliga a confesarlo.

Llevaba en esta posición tres o cuatro minutos, cuando noté que la puerta me empujaba. Híceme a un lado y entró Wolfe, con un sobre en la mano en el que se leía en letras grandes: «PARA NEYA TORMIC».

Fuese en línea recta a su asiento, hizo una seña a Cramer indicándole el policía del rincón, y le preguntó:

—¿Cómo se llama su agente?

—Charlie Heath.

—Dígale que obedezca las instrucciones que voy a darle.

Cramer volvió la cabeza a su subordinado.

—Heath... Póngase a las órdenes del señor Wolfe.

—Gracias —dijo Wolfe, mirando al policía, que acababa de levantarse—. ¿Tiene usted coche, señor Heath?

—Sí, señor.

—Bien. Tome este sobre y guárdese en el bolsillo... No, en el bolsillo interior. Ahora, acompañe a la señorita Tormic a su coche y condúzcala a...

Neya gritó:

—¡No quiero irme!

—¡Ya lo creo que se irá...! ¡No se oponga a mis órdenes...! ¿Tiene usted dinero?

—¡Le he dicho que no quiero...!

—¡No sea estúpida! ¿Tiene dinero?

—Sí.

¿Cuánto?

—Unos cuantos dólares.

—¡Archie! Da a la señorita Tormic cien dólares.

Saqué el fajo de billetes destinado a gastos y extraje la cantidad fijada por Wolfe, entregándosela a Neya.

Wolfe continuó diciendo al policía:

—Lleve a la señorita Tormic a la

calle Treinta y Cinco, esquina a la Quinta Avenida, bájela allí, entréguele el sobre y vuelva aquí inmediatamente... No se detenga a mirar lo que hace ni adónde va. No hable con nadie ni a la ida ni al regreso.

Yo dije gravemente:

—¿Por qué no la acompañamos Fred o yo?

—¿Cree usted que será necesario, señor Cramer?

—No soy tonto del todo... Siga las instrucciones al pie de la letra, Heath.

—Sí, señor. La llevaré a la Quinta Avenida, la haré bajar, le entregaré el sobre y regresaré aquí inmediatamente.

Wolfe asintió.

—¿Lo hará así?

—Sí, señor.

—Bien.

Wolfe se volvió a la muchacha:

—*Au revoir*, señorita Tormic —dijo.

—¡Ah! —exclamó ella, clavando en él sus negros ojos—. ¿Lo cree así?

—Es una conjetura... No me sorprendería nada.

—¿Es usted tan tonto como gordo!

—Sí, soy gordo... Y todos tenemos alguna cosa de tontos...

—Lo siento, pero no estará usted aquí para ver el final de esto... Una victoria menguada y simple, pero es mía...

—¿Victoria?

—Sí.

Ella torció el gesto y se dirigió a la puerta, que yo me apresuré a abrir. Antes de llegar a ella, Neya se volvió y dijo a Wolfe:

—*Teega mee bornie roose.*

Si no fue eso exactamente, se le parecía bastante.

Neya Tormic salió entonces, con la cabeza orgullosamente erguida, seguida del policía. Yo acompañé a ambos hasta la calle y permanecí en la puerta de entrada viéndoles partir. Por lo que pude ver, el policía no hizo señal alguna a sus colegas y cuando desapareció calle abajo no le siguió ningún otro coche.

Continué en mi puesto hasta estar

absolutamente seguro de lo que acabo de exponer, sabiendo de lo que es capaz un policía en su amor apasionado a la Ley y al orden, y ya me disponía a regresar al despacho cuando vi detenerse a pocos pasos de donde yo estaba un enorme coche negro de paseo.

Un chófer uniformado saltó y se apresuró a abrir la portezuela de detrás, llevándose la mano respetuosamente a la gorra cuando uno de los dos hombres que se apearon le dijo algo que no oí.

Los recién llegados se dirigieron a la entrada de la casa de Wolfe y yo salí a su encuentro para saludar a dos generaciones de Barret. Les rogué que esperaran un instante en el vestíbulo y

fui a informar a Wolfe al despacho.

—Padre e hijo —dije lacónicamente.

—Hazles pasar.

—Así lo hice.

John P., que no se había cambiado de traje, se acomodó en la butaca que había ocupado Neya. Tenía el rostro muy serio y la mirada que dirigió a Wolfe y luego a Cramer no tenía nada de conciliadora.

Acerqué una butaca a Donald, que tenía una cara tan agresiva y fiera que estuve a punto de ir a la cocina y traerle un trozo de carne cruda. Ni visitantes ni visitados hicieron el menor gesto para cambiar apretones de manos, como hacen los caballeros bien educados...

Wolfe rompió el silencio para decir:  
—Fred, espera en la salita. Fred

salió.

—Archie —me dijo a mí—, saca el cuaderno de taquigrafía.

Obedecí.

John P. Barret preguntó entonces:

—¿Es usted el inspector de policía Cramer?

—Sí, señor... Del Departamento Criminal.

John P. se volvió a Wolfe:

—¡Esto es ridículo...! Se trata de un asunto absolutamente confidencial y usted ha dicho a su subordinado que tome nota de lo que vamos a hablar.

Wolfe se arrellanó en su asiento y

apretó las puntas de los cinco dedos de su mano derecha contra las de los correspondientes de la izquierda.

—No —respondió—. Yo no lo llamaría ridículo... La presencia del señor Cramer es, sin duda alguna, adecuada, ya que una de las cosas que usted querrá es que su hijo escape a una acusación de homicidio en primer grado.

Cramer alzó la cabeza, Donald reprimió una exclamación y al desaparecer el color de su rostro perdió buena parte de su fiereza. John P., por su parte, no pareció haber oído nada más provocativo que si acabaran de hacerle una observación sobre el tiempo. No obstante, repuso con voz tan seca como

el restallido de un látigo:

—Eso es peor que ridículo y... más peligroso... ¡Lo que acaba de decir es punible!

—Desde luego que sí... Mire, señor Barret, tengo que cenar dentro de una hora y no quiero perder el tiempo en discusiones que a nada conducen. Su convenio con la banda de Donevitch queda anulado desde este instante. Acepte su derrota. Y partiendo de esta base...

—Quisiera hablarle a solas —dijo John P. levantándose—; hágalos salir a todos o condúzcame a otra habitación.

—No... Siéntese.

—¿Para qué me voy a sentar...?

Acaba usted de decir que mi convenio con Donevitch ha dejado de existir... Sea verdad o no, no quiero hablar sobre este asunto... Vamos, Donald.

Dispúsose a ejecutar sus palabras, pero Wolfe se lo impidió.

—Dentro de una hora se firmará una orden de detención contra su hijo, por asesinato... Entonces será demasiado tarde para hablarme.

Donald se había levantado para seguir a su padre, pero éste se volvió de repente, se enfrentó con Cramer y rugió:

—Usted es un funcionario que representa a la Ley... Acaba de oír la amenaza de Nero Wolfe... ¿Sabe usted quién soy yo?

Cramer respondió sin titubear:

—¡Claro que lo sé...! Siéntese y déjele hablar... Es dueño de esta casa y de un millón de orquídeas... Ha sido usted muy afortunado al poder contar con mi testimonio en el caso de que decida proceder judicialmente contra él...

Wolfe gruñó, irritado:

—Salga, si quiere, señor Barret, y aténgase a las consecuencias... Está usted obrando como una colegiala a la que acaban de amonestar... ¿No se da cuenta de que tengo algo que decirle y que la mejor de sus alternativas es sentarse y escuchar...? ¿Cree que le he amenazado sin saber lo que yo me digo?

Donald gritó:

—¡Es un fanfarrón, papá...!

Pero una mirada del autor de sus días lo redujo al silencio, y un gruñido de la misma procedencia que la mirada le hizo volver a su asiento humildemente.

Cuando Donald se hubo sentado, John P. Barret hizo lo mismo al tiempo que decía a Wolfe lacónicamente:

—Hable.

Wolfe volvió a unir las puntas de los dedos y suspiró:

—Eso es mejor... Me expresaré con la mayor brevedad posible, ya que usted ya lo sabe todo y el señor Cramer no necesita más que un bosquejo de la

situación... —Volvióse al inspector y añadió—: Para empezar, voy a decirle el nombre del asesino, como le prometí... Es la princesa Vladanka Donevitch.

Cramer gruñó:

—No la conozco.

—Sí la conoce... Ya lo verá... Vive habitualmente en Zagreb, Croacia, Yugoslavia... Está casada con el joven Stéfano Donevitch y, como su marido, es partidaria de cierto gobierno no muy simpático a la mayoría de los croatas. En lo único que coinciden los Donevitch y otros de sus conciudadanos es en su odio común a Belgrado. Belgrado no se ha decidido aún a ser dominada, y

Alemania, Italia, Francia e Inglaterra están haciendo todo lo posible por apresurar el proceso. La actitud de los croatas es el mayor obstáculo para los germanos, por cuyo motivo intentan comprarlos valiéndose de la banda de Donevitch. Los otros países, por su parte, intentan con los medios a su alcance hacerle la competencia...

Cramer gruñó:

—Yo no soy más que un policía neoyorquino.

—Lo sé, pero la mayor parte del dinero del mundo se halla en Nueva York o se maneja desde aquí. Por esto es que vienen a diario personas de todas las procedencias con asuntos como

éste...

Wolfe se metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó un papel doblado que entregó a Cramer.

—Guarde eso... Es una de las pruebas... No podrá leerlo, pero está firmado por el príncipe Stéfano Donevitch y faculta a su esposa, la princesa Vladanka, para llevar a cabo, en su nombre, ciertas transacciones de...

Los labios de John P. se contrajeron.

—¿De dónde sacó eso? —preguntó secamente.

—¿Qué importa de dónde lo saqué, señor Barret? —Wolfe se volvió hacia Cramer y prosiguió diciendo—: Las transacciones a que me refiero son,

concretamente, concesiones en los bosques bosnios y la transferencia de créditos que obran en poder de ciertos banqueros internacionales, Barret y De Russy. La princesa vino a Nueva York de incógnito, con nombre supuesto, e inició negociaciones. Como el secreto era necesario a causa de las restricciones americanas en relación con la exportación de capitales en forma de préstamos (y yo sospecho la existencia de otros fraudes, además de la violación de las citadas restricciones), ella tuvo que resignarse a pasar por una emigrante y solicitar un empleo en una academia de esgrima. No creo que sean muy numerosas las personas que conocían su

verdadera identidad, pero estoy seguro de que tres por lo menos lo sabían. El señor Barret, su hijo y un individuo llamado Rudolph Faber, que asistía a las negociaciones como agente secreto del gobierno alemán. Como puede ver, Barret y De Russy sostienen relaciones financieras con los alemanes.

Donald empezó a decir explosivamente:

—Nosotros actuamos simplemente...

Pero una nueva mirada de su padre lo volvió a reducir al silencio. Wolfe movió la cabeza tristemente.

—El dinero y la moral están reñidos —murmuró sentenciosamente—. Bien. Un agente británico, llamado Ludlow,

logró enterarse de lo que ocurría y descubrió a la princesa, a la que amenazó con revelarlo todo al gobierno americano. Era en el preciso momento en que se habían ultimado todos los detalles y el asunto estaba listo para su ejecución. Por este motivo Vladanka asesinó a Ludlow. He de hacer resaltar que el asesinato lo planeó y llevó a cabo completamente sola. Una amiga suya, que vino con ella desde Zagreb, también con nombre supuesto, no tomó parte alguna en ninguno de los dos crímenes. ¿Comprende, señor Cramer?

El interpelado respondió:

—Continúe.

—Ya queda poco. Rudolph Faber se

enteró de lo que la princesa había hecho y se aprovechó. Hasta entonces había sido meramente un agente intermediario; a partir del asesinato de Ludlow se convirtió en el tirano de Vladanka, amenazándola con denunciarla si no decía dónde tenía el documento en que el príncipe Stéfano la autorizaba para obrar en su nombre. Supongo que el documento debía unirse al contrato que había de firmarse entre ustedes, ¿no es así, señor Barret?

John P. no se dignó responder.

Wolfe se encogió de hombros y prosiguió:

—Entonces ella mató a Faber. Lo citó en su propio piso y cuando él llegó

lo apuñaló... Dios sólo sabe lo que se proponía hacer después esa mujer. No hay modo de adivinar lo que se fragua en su cerebro. Me ha dado la impresión de que está rematadamente loca. Es posible que haya contado con la reserva de los gobiernos y de los financieros internacionales en lo que se relaciona con sus intrigas privadas; pero ¿por quién diablos me tomó a mí...? Una criatura como ésa está muy por encima de todo cálculo. No me habría sorprendido que intentara apuñalarme a mí también... ¿Habría sido usted capaz de tratar con ella sobre una base racional, señor Barret?

John P. repuso secamente:

—Estoy esperando a que termine de hablar.

—Ya he terminado.

—¡Bah...! Ha hecho usted un puñado de acusaciones sin valor, ya que carece de pruebas.

—Tenemos ese documento, por ejemplo...

—Que lo robó usted.

—No es verdad, pero aunque así fuese, esa circunstancia no disminuye su valor como prueba...

—¿Como prueba de dos asesinatos?

Wolfe le apuntó con el índice y a continuación dijo gravemente:

—Tenga en cuenta, señor Barret, que no amenazo jamás en vano... Dije que su

hijo estaba expuesto a una acusación de asesinato... Olvidé mencionar que no se le acusará de homicidio, sino de cómplice; pero el resultado viene a ser casi el mismo... Es indudable que él sabía que la princesa Vladanka asesinó a Ludlow... Probablemente lo sabía usted también, pero carezco de pruebas que lo demuestren, mientras que sí las poseo para acusar a su hijo, así como el testimonio de tres personas: Belinda Reade, *madame* Zorka y el señor Goodwin, mi ayudante.

—Eso no es más que...

John P. Barret dirigió estas cariñosas palabras a su retoño, sin quitar ni por un momento los ojos de

Wolfe.

—¿Qué más? —preguntó después.

—Nada que pueda aturdirle a usted, me temo... Mire, señor, le confieso sinceramente que no tengo ninguna bomba para hacerla estallar a sus pies. Pero al señor Cramer no le agradan los asesinatos. No le gusta que los perpetren con impunidad, cualesquiera que sean las circunstancias, pero en este caso se vio obstaculizado por un muro de reservas y vacilaciones que él solo no habría logrado franquear. Afortunadamente, yo he podido practicar un agujero en el muro y le he hecho pasar al Otro lado. Si usted conociera al inspector tanto como yo, sabría que ya

no puede haber nada que le impida hacer caer sobre el criminal todo el peso de la Ley. Posee el documento y arrestará a la princesa, con lo que su convenio quedará anulado, y tiene pruebas sobradas para detener a su hijo como cómplice o testigo material. Con ese papel podrá obtener una autorización de los tribunales competentes para examinar sus archivos y correspondencia. Claro que esto solamente lo hará si se ve obligado a ello; es decir, si persiste en...

Cesé de oír lo que continuó diciendo, porque tuve que atender a la puerta.

Era Charlie Heath, que se encaminó

al despacho como si fuera el propietario de la casa, pero yo se lo impedí y le pregunté:

—¿Por qué ha tardado tanto tiempo?

—Se lo diré al inspector.

—Está ocupado ahora. Tendrá que esperar aquí.

Lo conduje a la salita, donde Fred leía una revista.

Volví a la oficina y aproveché el momento en que Cramer, los Barret y Wolfe se miraban rencorosamente en silencio, para dar la noticia del regreso de Heath.

Todo lo que conseguí fue que Cramer me favoreciera con una mirada de cinco segundos, preñada de

amenazas. Wolfe no se molestó en mirarme. Al parecer buscaba, sin encontrarla, el modo de hacer estallar una bomba a los pies de John P.

—No —dijo de pronto—, no esperaba eso de usted, señor Barret, se lo confieso. Pero me parece que ha olvidado usted algo muy importante... ¿Ignora acaso que hay una persona que sabe de este asunto como la misma princesa...? Me refiero a la muchacha que vino con ella desde Zagreb.

—Tal vez lo ignore él; pero yo no —declaró el inspector—. Y usted la dejó marchar y hasta le dio dinero.

Wolfe repuso secamente:

—Eso no es verdad.

Cramer se le quedó mirando atónito.

—Archie —díjome Wolfe—, saca de la caja fuerte el paquete que enviaron de «Seven Seas Radio» y dáselo al señor Cramer.

Hice lo que me ordenaba, y cuando el inspector tuvo el paquete en su poder se apresuró a deshacerlo.

—Esa es la fotografía de la princesa Vladanka Donevitch —afirmó Wolfe—, radiada desde Londres. Si la hubiese tenido esta mañana...

Cramer dio un brinco y rugió:

—¡Es Neya Tormic!

—Cálmese, inspector —dijo Wolfe serenamente—. Tiene usted razón; es la señorita Tormic...

—Y ha hecho usted que uno de mis hombres la acompañe y la deje en libertad de...

—¿Qué otra cosa podía hacer, señor Cramer? Se hallaba aquí, en mi despacho, creyendo que era mi cliente, bajo mi protección... No accedí a aprehender al asesino y ponérselo en las manos; sino únicamente a revelar su identidad y el móvil del crimen. Si quiere aceptar mi consejo, el medio más simple para detenerla...

Pero Cramer no estaba dispuesto a aceptar consejo alguno. Casi me tiró de mi asiento al abalanzarse al teléfono. Padre e hijo continuaron sentados, muy rígidos.

Wolfe echó una mirada al reloj y exhaló un suspiro.

Cramer consiguió comunicar con el número marcado y empezó a dar órdenes a alguien. Recogí la radiofoto de la princesa, la puse sobre la mesa de Wolfe y eché el papel en que había estado envuelta al cesto.

Cramer terminó su comunicación, se irguió y dijo a Wolfe con feroz acento:

—Como no logre encontrarla...

—Recuerde que hicimos un convenio —interrumpióle Wolfe.

—¡Un diablo! —Empezó a andar hacia la puerta, pero de pronto se volvió para decir a los Barret—: Tengo que hablar con ustedes luego... Y no intenten

poner en juego su influencia, porque les advierto que estimo más mi amor propio que mi carrera...

Dicho esto, salió. Yo lo acompañé y mientras se ponía el abrigo y el sombrero, saqué a Heath de la salita, contento de desalojar la casa de policías.

Seguí a jefe y subordinado hasta la puerta de la calle, bajando con ellos la escalinata, después de dejar la puerta entornada, y entreteniéndome en ver cómo se movilizaba todo el regimiento que rodeaba la casa.

Cramer, cuando todos sus hombres estuvieron juntos, les dio órdenes tajantes. Luego vi cómo su coche daba

marcha atrás para poder arrancar sin tropezar con el parachoques posterior del lujoso automóvil de los Barret.

El taxi de la acera de enfrente fue el primero en romper la marcha, luego lo hizo el coche de Heath, y finalmente el de Cramer, que se detuvo un instante asomando la cabeza el inspector para decirme:

—¡Venga un momento, Goodwin!

Me acerqué al coche, y Cramer gruñó:

—Necesito esa foto, ¿sabe?

—Sí... A nosotros ya no nos sirve de nada... Cuando usted quiera, venga a recogerla.

El coche reanudó la marcha y yo me

quedé un instante viendo cómo desaparecía por la próxima esquina.

El instante fue demasiado largo.

Lo que sucedió fue muy rápido, pero no obstante yo habría podido alcanzarla si me hubiese vuelto dos segundos antes.

Neya Tormic salió del portaequipajes del coche de los Barret, cruzó la acera de un salto, subió la escalinata como un gato montés y franqueó la puerta que yo había dejado entornada.

La seguí, y aseguro que todavía no soy lo suficientemente viejo para estar incapacitado para hacer rápidos movimientos. Cuando ella atravesó la puerta, yo llegaba al primer peldaño de

la escalinata, y a la luz del vestíbulo vi brillar un objeto que Neya llevaba en la mano. Esto me sirvió de acicate para aumentar mi velocidad, pero es imposible alcanzar a un rayo.

Cuando llegué a la puerta del despacho ella había entrado y esgrimía la brillante hoja, mientras que Wolfe, sentado ante su mesa, parecía incapaz de evitar la horrible suerte que le esperaba.

Y yo no tenía arma alguna, por lo que no pude hacer otra cosa que gritar.

No sé cómo lo hizo Wolfe, ni lo sabré nunca, aunque él me lo ha explicado posteriormente una docena de veces. Asegura que cuando oyó pasos precipitados en el vestíbulo puso en

acción todos sus sentidos, y que al lanzarse ella sobre él, daga en mano, asió una botella de cerveza en cada mano y golpeó con una la que sostenía la daga y con la otra la cabeza de su agresora... No sé... El caso es que la princesa Vladanka cayó al suelo tan pronto como inició su ataque, con una muñeca rota y una violenta conmoción cerebral.

Al llegar junto a Wolfe vi que sostenía aún las botellas en sus manos y que la agresora, derrumbada tras el sillón de Nero, movía las piernas espasmódicamente.

Examiné a mi jefe para ver si estaba herido, pero no lo estaba. Fred Durkin

irrumpió de repente en el despacho, seguido de Fritz. Padre e hijo permanecieron donde estaban, pálidos y mudos.

—¿No está herido? —pregunté a Wolfe.

—No —me respondió.

Intentó levantarse, pero no pudo porque el cuerpo de Vladanka impedía que echara el sillón hacia atrás.

Me arrodillé junto a ella. Había cesado de patalear y no pude encontrarle el pulso. Di vuelta a la mesa para intentar sacarla por el otro lado y en aquel momento oí una voz que decía:

—Perdóneme por entrar sin llamar, señor Wolfe, pero la puerta estaba

abierta... He venido a decirle que esperamos una disposición del fiscal general referente al registro de agentes de servicio de empresas extranjeras cuando...

Me alcé lo suficiente para ver el rostro de Stahl, el agente federal, cortés y grave. Luego me dejé caer sobre los talones y prorrumpí en carcajadas.

# CAPÍTULO XIX

Wolfe dijo exasperado:

—Fritz acababa de anunciarme que no ha tocado usted lo que le ha servido...  
¿Por qué no come?

Carla meneó negativamente la cabeza y respondió:

—Lo siento, pero no puedo...

La había traído yo mismo al despacho. El reloj de la pared marcaba las once y veinte. Todos los asientos se hallaban en orden. Wolfe suspiró:

—Quisiera saber si usted se había

dado cuenta de que la princesa estaba loca.

—No lo estaba... —comenzó a decir Carla, pero se interrumpió—. Por lo menos yo no observé en ella nada extraño hasta que...

Agitó las manos y luego las volvió a dejar caer sobre su regazo.

—¿No era usted amiga suya?

—Amiga, no... Cuando murió la señora Campbell yo pasé a depender de la familia Donevitch. Luego el príncipe Stéfano se casó con ella, que no tardó en convertirse en la dueña absoluta de todo... A mí me trató mucho mejor de lo que yo podía suponer, dado que no era una Donevitch. En cuanto a mí, no me

disgustaba. Le tenía algo de miedo, igual que todos los demás, incluyendo al príncipe Stéfano. Más tarde, cuando ella decidió venir a América, me eligió a mí para que la acompañara... Supongo que el motivo de esta elección fue que estaba enterada de mi adopción por parte de usted y tenía el propósito de utilizar este conocimiento llegado el caso. La razón de esta suposición es que ella me rogó que trajera conmigo el documento que usted tiene...

—Sí... Perdóneme... Tráelo, Archie.....

Me dirigí a la caja fuerte, saqué el papel y lo entregué a Wolfe, quien después de darle una ojeada lo plegó

cuidadosamente en dos dobleces y lo tendió a Carla.

Ella lo miró un momento como si temiera que la mordiera. Finalmente alargó la mano y lo cogió.

—Vine con ella —prosiguió diciendo—, porque no tenía otro remedio, pero además porque me gustaba... Era una gran aventura venir a América... Yo sabía perfectamente el motivo de su viaje, ya que ella confiaba en mí... Sabía que tendría necesidad de hacer cosas peligrosas, pero jamás la creí capaz de matar... Cuando murió I.udlow, sospeché que yo era tonta. Esta mañana, cuando llegué a casa y vi el cadáver de Faber, comprendí que tanto

este asesinato como el otro habían sido cometidos por ella... El miedo no me permitió reflexionar... Yo no podía responder a las preguntas que sobre ella me hicieran; me había comprometido bajo juramento a no traicionarla, pero tampoco estaba dispuesta a seguir mintiendo por ella. Me propuse huir, pero me hallaba en un país extraño y... comprendo que he sido muy estúpida...

Wolfe murmuró:

—Si se ha dado cuenta de que ha sido estúpida es que no lo es tanto como yo creía.

Carla quedó silenciosa.

Wolfe preguntó:

—¿Qué piensa hacer ahora?

Ella movió la cabeza tristemente.

—No sé.

—Legalmente es usted mi hija adoptiva... Este hecho me hace responsable de su conducta.

Carla alzó la cabeza y le interrumpió:

—Yo no le he pedido...

—Ya lo sé... Pero hasta ahora siempre has vivido a expensas de alguien... ¿No es así, hijita?

—Sí... Desde luego...

—¿Piensas volver a Yugoslavia?

—No.

—¿Estás decidida?

—Sí.

—¿Qué harás entonces? ¿Quedarte

en América?

—Sí.

—¿Como espía de la banda de Donevitch?

Carla miró a Wolfe y respondió:

—¡No!

—¿Y dónde piensas dormir esta noche? ¿En el piso de la calle Treinta y Ocho?

La muchacha se estremeció.

—¡Oh, no...! No podría... No volveré más allí... Pero iré a otro sitio... Todavía dispongo de un poco de dinero...

Se levantó y añadió:

—Podría ir...

—No digas tonterías, muchacha —

interrumpióla Wolfe—. Estás sin comer y tu cerebro no funciona bien... Voy a llamar a Fritz para que te sirva algo nutritivo...

—No. No podría comer...

—Dormirás entonces y ya pedirás tú misma la comida cuando te despiertes por la mañana. De todos modos no estás ahora en condiciones de hacer un propósito razonable. Ya hablaremos mañana acerca de eso... Si te propones residir en América y no rompes ese documento, supongo que tu nombre será en lo sucesivo Carla Wolfe, en cuyo caso... ¿De qué te ríes, Archie? ¡Estúpido...! Acompaña a la señorita... a mi... acompáñala a la habitación que da

al mediodía y adviértele que si piensa utilizar la escalera de incendios, que procure no despertarme.

Me levanté.

—Venga conmigo, señorita... mi...

Carla.

Diez minutos más tarde regresé al despacho. No había oído el ascensor, por lo que sabía que lo encontraría todavía allí.

No me equivoqué. No solamente permanecía en el despacho, sino que acababa de recibir una nueva remesa de cerveza.

—Hay una cosa —dije— que me gustaría aclarar de una vez para siempre. Cometí una falta, lo confieso,

pero sólo una, cuando dejé la puerta entornada y acudí al llamamiento de Cramer... Pero aparte de eso, no pude evitar lo que sucedió... Vladanka estuvo hablando con el chófer de Barret y logró ocultarse en la parte posterior hasta que creyó llegado el momento de obrar... Cuando saltó de su escondite y se lanzó hacia la puerta, ni Paavo Nurmi, el gran campeón olímpico, habría podido alcanzarla...

Wolfe se encogió de hombros y dijo con insoportable entonación:

—Ya viste que no te necesité.

Apreté los dientes y cuando conseguí tragar mi resentimiento, bostecé y añadí:

—Otras dos preguntas... ¿Qué

contenía el sobre que entregó usted al policía para que él, a su vez, se lo diera a ella?

—Nada... Una nota en la que le advertía que no era mi cliente y que no lo había sido nunca, ya que impuse mis condiciones para aceptar su oferta de ayudarla.

—¿Y qué es lo que dijo aquella demonio cuando salió de aquí...? Aquello de *Teega mee bornis roose* o algo parecido...

—Una frase en su lengua nativa.

—¿Qué significa?

—*Sobre mi cadáver.*

—Podía estar loca, pero era una profetisa. Otra cosa que no comprendo

es por qué Ludlow dijo que la había enviado al guardarropa en busca de cigarrillos... ¿Cómo se atrevió él, un espía británico, a dar órdenes a una princesa...?

—Mintió... Ella fue al guardarropa a sustraerle algo del bolsillo. Probablemente se trataba del mismo documento que envió aquí a la mañana siguiente para esconderlo en lugar seguro y que él le había robado antes a ella. Con su aseveración quiso darle a entender que se había dado cuenta del despojo de que había sido víctima.

Wolfe lanzó un suspiro, empujó la butaca hacia atrás y se puso en pie.

—Voy a acostarme —dijo.

Pero antes de llegar a la puerta, mi jefe se volvió y añadió:

—¡Ah! Recuérdame mañana que pida al señor Cramer aquellos cien dólares que dimos a Vladanka... Quisiera poder curarme de una vez de esos estúpidos gestos románticos...

—Esos cien dólares —contesté acariciándome el bolsillo— los tengo aquí. Es lo primero que hice cuando ausculté a su agresora.

*FIN*